
Documento
técnico
del informe:

Una introducción

**Colección
Brechas sociales**

Jordi Sevilla
Belén Santa Cruz
Diana Ortega
Economistas

Septiembre 2021

observatoriosociallacaixa.org

ElObservatorioSocial

Créditos

El Observatorio Social de la Fundación "la Caixa"

**Fundación "la Caixa", 2021
Plaza de Weyler, 3
07001 Palma**

Diseño gráfico
y maquetación de portada:
César Jara

La Fundación "la Caixa"
no se identifica necesariamente
con la opinión de los autores
de esta publicación.

Sumario

02	Brechas sociales: Una introducción
07	El malestar social y con la democracia
12	La pandemia arrasa con (casi) todo. Temporalmente
21	Lo que une y lo que separa
25	Raíces de la actual discordia
30	Un breve paseo por la historia
32	Algo de teoría política
38	Dinero o reconocimiento
42	Libertad, Igualdad, Fraternidad y principio de la diferencia
48	La desigualdad social como terremoto
58	España: La democracia del insulto, un espectáculo entre el telediario y el tuit
79	Teoría política de la especie humana: la razón desvaída
105	Seis brechas que rompen la sociedad española:
107	1. Ricos - Pobres
107	2. Mujeres - Hombres
108	3. Jóvenes - Mayores
109	4. Mundo rural - Mundo urbano
109	5. Turbocapitalismo - Retrocapitalismo
110	6. Analógicos - Digitales
111	Bibliografía

Este número forma parte de la colección «Brechas sociales», integrada por las siguientes publicaciones:

- **Una introducción**
- **Brecha entre ricos y pobres**
- **Brecha entre mujeres y hombres**
- **Brecha entre jóvenes y mayores**
- **Brecha entre el mundo rural y el mundo urbano**
- **Brecha entre el turbocapitalismo y el retrocapitalismo**
- **Brecha entre analógicos y digitales**

Brechas sociales: una introducción

Contenido

1. Brechas sociales: Una introducción	2
2. El malestar social y con la democracia	7
3. La pandemia arrasa con (casi) todo. Temporalmente.....	12
4. Lo que une y lo que separa	21
5. Raíces de la actual discordia.....	25
6. Un breve paseo por la historia.....	30
7. Algo de teoría política	32
8. Dinero o reconocimiento	38
9. Libertad, Igualdad, Fraternidad y principio de la diferencia	42
10. La desigualdad social como terremoto	48
11. España: La democracia del insulto, un espectáculo entre el telediario y el tuit.....	58
12. Teoría política de la especie humana: la razón desvaída	79
13. Seis brechas que rompen la sociedad española	105
1. Ricos - Pobres	107
2. Mujeres - Hombres.....	107
3. Jóvenes – Mayores.....	108
4. Mundo rural – Mundo urbano	109
5. Turbocapitalismo - Retrocapitalismo	109
6. Analógicos - Digitales	110
Bibliografía	111

1. Brechas sociales: Una introducción

Vivimos una era de la confrontación. Una época en la que se imponen “los discursos de odio que intentan suscitar no la empatía, sino la antipatía; no la pertenencia, sino la división; no la continuidad, sino la ruptura. Una época “de caos y de choques que deja poco espacio para la deliberación democrática, los relatos colectivos e incluso, simplemente, la palabra”. Un momento histórico que hace “un uso estratégico de la mentira” y que impone un combate frontal que acaba con el terreno de la política y con la diversidad de la sociedad” (*Christian Salmon*).

En los últimos meses hemos visto cómo una oleada de furia ciudadana recorría el mundo. Y sigue. Movilizaciones sociales de cierta relevancia y gran impacto mediático en Francia, Hong Kong, Chile, Argelia, India, Cuba, Sudáfrica, Brasil... Hemos visto, incluso en directo, como una amalgama extraña de outsiders asaltaba por la fuerza el Capitolio de los EE.UU instigados por quien era, entonces, su Presidente. Sea por las restricciones derivadas de la pandemia, sea como protesta por los efectos de una globalización sin límites, sea por falta de libertad, sea por causas específicas del país, todas tienen dos elementos en común: responden a un malestar social evidente que, dos, proviene de un exagerado sentimiento de agravio tan fuerte, que nubla la razón.

Daríamos la impresión de que algo se está rompiendo en nuestro mundo, haciendo aflorar “la edad de la ira” (P. Mishra) en la cual, si no expresas tú cabreo, corres el riesgo de ser invisible para los demás, ya que los canales tradicionales que vertebran en una democracia la relación entre representantes y representados, se han roto. Y es verdad: las reglas del juego han cambiado de forma radical y, con ello, cambian las oportunidades, las posibilidades y la distribución de ganadores y perdedores. Y con ello, se rompe el espejo donde un relato edulcorado de las cosas reflejaba unos principios y valores del ordenamiento social, que ya no existen, e, incluso, empezamos a dudar de que hayan existido de verdad alguna vez.

La sociedad se divide hoy en privilegiados y ofendidos. Con el añadido de que depende de ti, de cómo te sientes en cada momento estar en una franja o en la otra, más que en datos externos objetivos, puede darse toda clase de combinaciones, incluyendo privilegiados que se sienten ofendidos y ofendidos que, en el fondo, se saben privilegiados comparados con otros.

El orden internacional que, más o menos a duras penas, ha imperado desde el fin de la II Guerra Mundial está saltando por los aires, después de haber quedado seriamente tocado tras la caída del comunismo (1989). La derrota de Occidente en Afganistan, es la prueba del nueve de como los valores de occidente están en retroceso en todo el mundo, incluyendo los propios países occidentales cada vez más atrapados por el populismo y los relatos mágicos que tanto daño están haciendo a nuestras democracias socio-liberales.

Además, la primavera árabe, los movimientos en protesta por la crisis mundial de 2008, como nuestro 11- M y el Occupy Wall Street o los más recientes Me-Too, Black lives matters, y aquellos en favor de adoptar medidas urgentes para combatir el cambio climático, o el shock que está suponiendo la pandemia del Covid a la hora de agravar las desigualdades en el mundo, radiografían esas rupturas de viejos consensos sociales y políticos que incluían un relato compartido sobre el nosotros y su futuro común.

Para la inmensa mayoría de ciudadanos, la crisis económica de 2008 empieza por culpa de una cosa apenas comprensible, como fueron las “hipotecas subprimes” en USA seguida de la posterior quiebra de Lehman Brothers, una entidad financiera desconocida por la inmensa mayoría que había abusado sin límite de algo llamado “derivados”. A partir de ahí, muchos ciudadanos se vieron golpeados, de sopetón, por una crisis y una recesión económica imprevista que, en algunos países, como el nuestro, nos encontró en uno de los mejores momentos aparentes del ciclo económico.

Las heridas de esa crisis y de las políticas puestas en marcha para hacerle frente fueron rápidas y profundas pero, además, cuando los ciudadanos del primer mundo, sobre todo los europeos, se volvieron hacia sus gobiernos buscando protección, se encontraron con que estos les daban la espalda, atrapados como estaban por unos compromisos internacionales que limitaban sus márgenes de actuación en déficit y deuda pública y les empujaba a aplicar recortes y medidas de austeridad, porque así lo exigían entidades abstractas como “Europa”, la “troika” o “los mercados financieros internacionales”.

Todo ello dejó un poso de desigualdad y de descontento social, una sensación de injusticia ya que unos parece que fueron los responsables de la crisis mientras que otros pagaron los platos rotos de la misma. Este enfado e impotencia de amplias capas sociales está siendo aprovechado por el populismo y por las ideologías extremas que crecen alimentadas por las promesas incumplidas por parte de los partidos políticos del sistema, de una recuperación económica que no está llegando a todos por igual, por la insatisfacción ciudadana ante la polarización creciente de renta y riqueza, por el miedo creciente de aquellos que sienten que su futuro les ha sido hurtado y por la humana necesidad de buscar culpables, aunque sean falsos culpables como los agitados por el populismo y los partidos que crecen gracias al voto del enfado.

Ahora, con la pandemia, cuesta entender y aceptar que, en apenas tres meses, nuestra vida cotidiana cambiara de forma radical hasta el confinamiento, por culpa de un virus originado en un país muy lejano, sin que todavía hayamos concluido con certeza cómo se expandió tanto y de manera tan rápida. Y como consecuencia de algo que apenas entiendo, me veo encerrado en casa, despedido, cerrando mi negocio, en el hospital o muerto, con mis esperanzas hechas pedazos.

Estamos ante un conjunto de revueltas dispares y desarticuladas, más que ante una revolución planificada o que responda a un patrón. Pero no va a disminuir. Las autoridades ya están interiorizando que van a continuar, contra las restricciones sanitarias, el pasaporte covid o el coste de las medidas de lucha contra el cambio climático. Las sociedades

de este comienzo del siglo XXI se están quedando sin argumentos para la empatía, la solidaridad, la cohesión, a la vez que vemos, cada vez más personas que, de manera individual, asumen y practican estos valores, muchas veces, a través de Organizaciones No Gubernamentales.

Son protestas ante “lo que no me gusta”, más que de apoyo a un programa de cambio sobre “lo que me gusta”. No responden tanto a una discrepancia con la necesidad, incluso oportunidad de adoptar determinadas medidas, sino a un agravio de ¿Por qué a mí y no a otro? Hoy en día, parece que hay mucha gente que no se define “a favor de algo”, sino “en contra de algo” y las redes sociales organizan sus grupos, en multitud de ocasiones, con este criterio “a la contra”. Por eso, lo relevante es que su origen está siempre situado en un colectivo que se siente maltratado o no tenido en cuenta (brecha) por los poderes públicos cuyo método lleva siempre a la confrontación con quienes señalan como culpables de su situación. Y hace tiempo, además, que la clase política ya no es el único culpable de las movilizaciones, ni tampoco se trata de una vuelta de tuerca del clásico “la gente contra las élites”. No. Ahora, con demasiada frecuencia, la división y la confrontación se produce entre unos colectivos de ciudadanos y otros colectivos con características diferentes.

La sociedad se ha quebrado, primero, y luego se está enfrentando entre las diversas rupturas o brechas que existen o se han creado. Las revueltas actuales se están levantando sobre brechas y muros sociales contruidos sobre aquello que nos diferencia. Y están convirtiendo al adversario en enemigo, a la negociación en claudicación y al acuerdo, en rendición. Con ello, con su actitud excluyente, están haciendo imposible el sistema de convivencia entre diferentes que es la democracia, por definición, inclusiva. Las revueltas actuales ya no agitan las banderas de más y mejor democracia. Y, solo con ello, se convierten, con demasiada frecuencia, en una amenaza para la democracia que hay que analizar y combatir, para evitar que la incapacidad de los políticos para encontrar soluciones a estos problemas lleve a un bloqueo de inacción que acabe convirtiéndose en una mala gobernanza que también ponga en riesgo la

democracia. Como dice María Antonia Sánchez-Vallejo: “Ofendidos. El mundo se ha convertido en una interminable legión de seres agraviados y airados por el simple uso de la palabra. Por ofensas religiosas (...) o por ofensas laicas”. (*M^a Antonio Sánchez-Vallejo*).

El objeto del trabajo que aquí prologamos, “Brechas que rompen la sociedad española”, es ayudar a entender las causas profundas que están detrás de los preocupantes fenómenos sociales que vivimos y vemos en los medios de comunicación y en las redes sociales, e intentar proponer soluciones a las mismas para que las cosas no se nos vayan de las manos si llegan a ese punto en que el cambio de la tendencia resulta ya imposible.

Hablaremos de España, de brechas que rompen la sociedad española hoy. Y lo haremos después de adoptar una decisión, discutible como todas, pero que queremos explicitar de antemano: no hablaremos de la brecha territorial que, de manera recurrente desde hace más de cien años, cuestiona la unidad nacional tal y como quedó definida en todas las Constituciones de los últimos ciento cincuenta años y, más recientemente, en la Constitución vigente de 1978. A veces, para cambiar las reglas del juego, otras para romper directamente el juego, abandonándolo.

A pesar de que estos últimos años, cuando se acuñó el eslogan “se rompe España”, se refería en exclusiva a su integridad territorial actual, queremos señalar que hay otras formas de “romper España”, no menos preocupantes: rompiendo su cohesión social y deteriorando la convivencia democrática entre ciudadanos que comparten los mismos derechos formales, pero quedan atrapados entre otro tipo de “brechas” sociales que les impiden desarrollar plenamente sus proyectos de vida en libertad.

2. El malestar social y con la democracia

Es cierto que la tensión entre bloques antagónicos ha sido una constante en las últimas décadas de la historia. Primero, el enfrentamiento entre las democracias occidentales y el bloque comunista, que acabó dividiendo al mundo, aliándose los países por bloques ideológicos. Luego, las diferencias entre Norte (países ricos) y Sur (países pobres en desarrollo), afectando a la dinámica económica de crecimiento mundial. Pero se trataba de tensiones externas a los países aunque tuvieran su reflejo interno dada la pluralidad y complejidad de las sociedades actuales.

Lo de ahora, sin embargo, divide internamente a las sociedades en varios bloques que van más allá del tradicional antagonismo entre “elites” y “masas” (en términos orteguianos). Cada bloque interno se organiza en torno a una fractura social (real o percibida) desde la que se busca construir una identidad propia que exige ser reconocida y tenida en cuenta, aunque con ello se debilita la cohesión social mínima sobre la que se soporta una convivencia democrática. Los bloques, además, no son monolíticos ya que muchos se entrecruzan y solapan, lo que contribuye, todavía más, a generar una cierta confusión que, eso sí, parece tener un denominador común: un gran malestar difuso, cargado a menudo de resentimiento, que se traduce en “una polarización cada vez más extrema donde el mensaje es agresivo y va a las vísceras” (*Joaquín Estefanía*). El debate político parece haber dimitido del espacio público y ha sido sustituido, por la confrontación entre hooligans, no sólo en los medios, en las redes sociales o en las calles, sino incluso en el Parlamento, donde se impone el insulto, la descalificación y los intentos de imposición unilateral de parte.

En el momento actual, a la vez que “la mitad de la humanidad parece estar en fuera de juego” (*Bill Drayton*) y tiene la convicción de que están relegados, de que nadie cuenta con ellos y, como dice Innerarity “hay en ellos más frustración que aspiraciones” (*Daniel Innerarity*), estamos atravesando ese momento peligroso de toda transición social en el que

tan defendible es alumbrar signos del nuevo orden mundial como pensar que viviremos mucho tiempo en el desorden marcado por las siguientes y variopintas fuerzas: blockchain, impresión digital 3D, big data, inteligencia artificial, robotización o transición ecológica pero también nacionalismo, xenofobia, intolerancia, irracionalidad o un totalitarismo creciente. Como señala Víctor Lapuente “jamás hemos experimentado tanta ansiedad”.

Aunque no es el objetivo de este trabajo estudiar todos estos fenómenos que están caracterizando nuestro tiempo, si parece necesario ir más allá de los síntomas para esbozar las causas de estos fenómenos que, como veremos, tienen mucho que ver con la proliferación y ensanchamientos de brechas sociales que han roto la idea de propósito común entre diversos. Al respecto, existe un amplio consenso entre los expertos en relación con los siguientes hechos:

- a. El pacto social establecido desde la II Guerra Mundial ha saltado por los aires al calor de la globalización, la revolución tecnológica y la primacía de una economía financiera que ha erigido el beneficio privado en su nuevo y exclusivo tótem. La Gran Recesión que estalla en 2008 con la quiebra de Lehman Brothers y la posterior crisis del euro son el punto de no retorno de un proceso de ruptura entre élites económicas globales y trabajadores sedentarios que pronto ven surgir entre sus filas a los perdedores de esa globalización y de ese modelo de capitalismo excluyente, en medio de la indiferencia pública. La polarización empieza por ser social, con la desaparición de la clase media y, con ella, de los valores que le dieron soporte en el modelo social anterior. Joaquín Estefanía lo expresa como un proceso interactivo de doble vuelta que empieza por “una secesión creciente de las élites, que abandonan el bien común” dando, de manera unilateral, por concluido el contrato social que tenían como ciudadanos.

La crisis de 2008 inició para una parte muy numerosa de las sociedades avanzadas una secuencia que empezó por la incredulidad ante lo ocurrido (el modelo liberal, les dijeron, era la única solución a los problemas del mundo y no podía fracasar), de ahí pasaron a la sorpresa, el malestar, la crítica, el enfado y, finalmente, al odio. Se han escrito muchos artículos señalando incluso, la existencia de una

“internacional del odio” surgida como respuesta al hecho de que si es cierto que la pobreza mundial se ha reducido (sobre todo, en India y China), las desigualdades han crecido de manera pronunciada en el resto de países. Y, esta vez, a diferencia de lo que pasaba antes, no parece que le importe a nadie. Salvo a los que la viven en primera persona como una degradación de su estatus y de sus expectativas vitales.

Muchos ciudadanos europeos y americanos han visto cómo sus gobiernos dedicaban ingentes cantidades de dinero para “rescatar” a los bancos, a la vez que sobre ellos recaían los efectos de las políticas austerizadas resumidos en precariedad laboral y deterioro de los servicios públicos, haciéndoles sentir casi como un “daño colateral” de las políticas puestas en marcha para hacer frente a una crisis del capitalismo liberal que todos habían dicho, hasta entonces, que era imposible que ocurriera.

- b. Ello hace que muchos ciudadanos se sientan engañados, maltratados y menos importantes para “el sistema” que las empresas y los bancos. Analizando el caso de los chalecos amarillos de Francia, Guilluy dice que la quiebra del modelo económico, del relato que nos había mantenido unidos en occidente desde hace décadas, nos lleva a un callejón sin salida en el que “se refuerza la desconfianza de las élites en las clases populares y de las clases populares en las élites” (*Christophe Guilluy*). En palabras de Innerarity, “la desconfianza funciona en la doble dirección. La desconfianza de las élites hacia la ciudadanía se corresponde con la arrogancia de unos electores (...) que han visto quebrarse su confianza en que los gobiernos quieran o sean capaces de afrontar los riesgos de la existencia de manera eficaz e igualitaria”. “Cada día estamos más descontentos con nosotros y nuestras instituciones. Se ha desplomado la fe en todo tipo de entidades públicas y privadas”, añade Lapuente (*Victor Lapuente*). Cuando las élites se desenganchan de lo que les ocurre a sus conciudadanos, y hay mucha gente que se siente excluida del futuro, las bases de la confrontación están sentadas.
- c. Esta polarización y esta desconfianza afecta, de manera directa, a la calidad de la democracia, entendida como las normas de convivencia de

las que nos habíamos dotado y que, según algunos, triunfó en todo el mundo tras la caída del comunismo. “La democracia se está debilitando y la política polarizándose tanto en el mundo emergente como en el desarrollado” dice Andrés Ortega. Al haberse sobrepasado cierto umbral de desconfianza, “y como hoy, los ciudadanos creen que las élites políticas y económicas no sirven a los demás, sino a sí mismas, crecen las soluciones autoritarias” (Lapuente). Así, se vota de manera creciente a partidos que expresan y recogen ese enfado aunque no lo lleven a ningún lugar constructivo porque son partidos autoritarios que viven y refuerzan la polarización política que excluye, precisamente, las principales características de una democracia, como son la tolerancia, el respeto hacia el adversario, el diálogo, la negociación y el acuerdo. Ahora, la esencia de esta “nueva política” asentada en el malestar difuso existente no es ayudar a resolver ningún problema sino hacerse ver y señalar culpables, aunque sean falsos y sus denuncias no superen el más mínimo análisis objetivo. Son partidos que no buscan mediar para resolver problemas sino hacerse eco de un malestar existente y agrandar aquello que es su razón de ser: el enfado, la desconfianza, la irritación, el insulto. Por ello, en sus actuaciones en la escena pública reproducen este hecho con intervenciones insultantes, irascibles, de confrontación pura y dura, muy alejadas del cumplimiento de las reglas no escritas que hacen funcionar un sistema complejo como la democracia, buscando blindar su alianza con sus electores reflejando como un espejo su estado de ánimo más que los acuerdos imprescindibles para encontrar soluciones a los problemas y para mejorar la convivencia.

De esta manera, poco a poco, mueren las democracias, como señalan Levitsky y Ziblatt en su afamado libro sobre cómo hoy en día “las democracias pueden fracasar a manos no de generales, sino de líderes electos, de presidentes o primeros ministros que subvierten el proceso mismos que los llevó al poder”. Y lo hacen, sobre todo, cuando rompen dos normas básicas de la democracia: “la tolerancia mutua y la contención institucional”. Lo que Bassets ha llamado “los guardarraíles de la democracia” (*Lluís Bassets*) que evitan que la democracia descarrile cuando, por ejemplo, dejamos de reconocer al adversario como sujeto respetable y digno o dejemos de utilizar con contención las posibilidades

que abre el poder democrático, por ejemplo, en la ocupación por los partidos políticos de instituciones básicas que deben ser neutrales.

Cuando la política se convierte en cosa de hooligans, los argumentos y las razones desaparecen en medio del griterío de quienes confunden, cada vez más, la política con un “reality show” en el que lo importante es “estar presente” aunque para ello, en un mundo donde la atención del público es el bien más escaso (ypreciado), tengan que llegar al estrambote. Disminuyen los políticos que quieren resolver los problemas de la gente mientras crecen los políticos que viven del conflicto y, por ello, se ocupan de mantenerlo y agrandarlo.

- d. Todo ello empieza por la existencia de brechas sociales que no se reconocen en el espacio público y, por tanto, que nadie se siente comprometido a resolver. Utilizamos el concepto de “brechas” en el mismo sentido en que R. G. Rajan usa en su libro “la metáfora de las fracturas. En geología, las líneas de fallas son fracturas de la corteza terrestre a lo largo de las cuales las placas tectónicas entran en contacto. Alrededor de estas líneas de falla se generan enormes tensiones”. (*Raghuram. G. Rajan*).

Los colectivos afectados por esas fallas o brechas tienen dos tareas: hacerse ver, para hacerse valer y, solo entonces, exigir soluciones a su problema con independencia de cómo cuadre esta solución en el contexto global de una sociedad que sienten que se va diluyendo mientras les excluye. La reivindicación identitaria es el primer paso para estos colectivos ya que quienes se sienten en precario buscan defender su dignidad y exigen ser tratados con equidad.

Como dice Ricardo Dudda: “La política es hoy una mezcla de propaganda e histeria mediática, polarización identitaria y procedimientos institucionales solemnes y a menudo anticuados (...) con exceso de narcisistas políticos cuyo objetivo principal es no perder presencia y para ello aspira a convertir su identidad en público. Las redes sociales le ayudan a eso” (*Ricardo Dudda*).

El espacio de decisión de la política nacional se ha estrechado mucho en las últimas décadas marcadas por la internacionalización de una economía que se ha situado en tierra de nadie, fuera del alcance de los Gobiernos-nación y sin verse sometida a una verdadera gobernanza

mundial, más allá de algunas reglas globales interpretadas por organismos multilaterales con escasas competencias efectivas.

La evidencia de este hecho es percibida por los ciudadanos, no como impotencia real y objetiva, sino como incapacidad de los gobiernos nacionales contra los que dirigen todos sus reproches. Así, la actual estructura de falta de gobernanza y de orden mundial alimenta los agravios y el enfado de quienes se sienten olvidados, o mal tratados, o que merecen más, y no se resignan y tienen la posibilidad de expresarlo públicamente al vivir en democracias. Hay, pues, un sustrato estructural objetivo en el mundo actual, que favorece el enfrentamiento y las explosiones de ira.

Además, como señala Daniel Innerarity, “nuestras democracias están diseñadas para un mundo que en buena parte ya no existe” (“La sociedad de las crisis” El País, 2 setiembre 2021). La complejidad del mundo moderno es tal y la arrogancia separadora de las políticas de identidad, tan grande, que los viejos equilibrios se han alterado de tal manera que los nuevos conflictos generan ingobernabilidad, descontrol y deslegitimación de la política democrática frente a una autocracia, supuestamente más eficaz. Y prosigue el autor: habría que cambiar el eje de la confrontación ideológica, que ya no se juega entre izquierda y derecha, sino en otro modo de gobernar y en una nueva manera de hacer política de la complejidad.

3. La pandemia arrasa con (casi) todo. Temporalmente.

La pandemia de Covid-19 no ha puesto fin a las revueltas, aunque ha cambiado la excusa para las mismas, sobre un persistente malestar social. Ahora se manifiestan quienes niegan la existencia del virus y lo achacan todo a una gran conspiración mundial destinada a controlar a los individuos mediante las vacunas, junto a quienes defienden su derecho a no vacunarse sin verse estigmatizado por ello a través de la exhibición

obligatoria de un certificado “Covid-free” exigido cada vez para hacer más cosas. Los mismos argumentos que se utilizan para que la vacunación no sea obligatoria (de momento), se utilizan para criticar estas medidas de control que limitan la libertad individual.

Llama la atención que, en términos comparativos, estemos viendo en el primer mundo más incidentes, incluso violentos, con estas o parecidas municiones como argumento, que revueltas y protestas en el tercer mundo por la falta de vacunas o de condiciones sanitarias adecuadas para hacer frente a la pandemia. Mientras en una parte del mundo se defiende, al límite, una versión peligrosa de la libertad individual, en otras partes del mundo parece que no se lucha por la vida, con la misma intensidad. Parecería que estas revueltas contra las restricciones del COVID, son un lujo de países ricos. Y eso, a pesar de que la pandemia está elevando la desigualdad y la pobreza en todo el mundo, incluida España donde hemos vuelto a los peores momentos de la crisis de 2008.

Las pandemias y el cambio climático han existido siempre. Es verdad. Pero nunca como ahora han tenido tanta causalidad antropogénica, es decir, son respuesta a las actuaciones humanas sobre la naturaleza, con una intensidad y un ritmo incompatible con los tiempos que esta necesita para reequilibrarse. Las prácticas agrícolas, la invasión de los bosques, la destrucción de los hábitats, el mismo cambio climático han generado una proliferación de nuevas enfermedades humanas que evolucionan a partir de vida silvestre. La OMS constata que cada año surgen cinco nuevas enfermedades humanas, tres de las cuales son de origen animal, aunque no todas alcanzan la dimensión de pandemia.

Distorsionar, con nuestros actos, la evolución natural está teniendo beneficios a corto plazo para los humanos, pero también, efectos negativos a medio plazo, sobre nosotros mismos. Y, como ocurre en otros ámbitos de la acción humana, unos son los principales beneficiados, mientras otros soportan mayormente los costes. De los casi dos millones de virus todavía no descubiertos que se calcula que existen, al menos 850.000 pueden ser capaces de infectar a las personas. ¿Cuántos darán lugar a nuevas pandemias en el futuro?

Existe un amplio consenso en señalar cinco importantes pandemias conocidas, anteriores al COVID. De manera telegráfica:

- ✓ La peste de Justiniano, empezó bajo el mandato de este emperador en 550 y se prolongó dos siglos.
- ✓ La peste negra, que tuvo en el siglo XIV uno de sus peores brotes y que pudo provocar, a lo largo de los años, más de cien millones de muertos en Euroasia y norte de África.
- ✓ La viruela, causante de una auténtica catástrofe demográfica en el Nuevo Mundo llevada por los conquistadores y que, todavía en el siglo XVIII, causó el fallecimiento de 30 millones de europeos, un tercio de la población, dejando con fuertes deformaciones a otros cuantos millones.
- ✓ La gripe que tras la I Guerra Mundial provocó, en dos años, la muerte de 50 millones de personas en todo el mundo.
- ✓ El VIH (SIDA) que en siglo XX ha causado la muerte de 25 millones de personas en el mundo.
- ✓ COVID-19, que en el siglo XXI lleva contabilizados en año y medio, hasta setiembre de 2021, casi cinco millones de fallecidos en el mundo.

En palabras del catedrático español Pablo Martín-Aceña: “Sin las catástrofes demográficas provocadas por las pandemias, la distribución del poder político, las instituciones, la organización social y la economía de hoy tendrían un perfil y unos rasgos radicalmente diferentes, irreconocibles” (“La guerra eterna. Grandes pandemias de la historia”, Galaxia Gutenberg 2021).

La pandemia del Covid-19 ha puesto muchas cosas patas arriba. Ha sido como si, de repente, nuestro mundo entrara en una distopía, donde casi todo es parecido a nuestro mundo anterior, pero, en el fondo, es totalmente distinto. Cuando escribo esto, casi cinco millones de personas han perdido la vida en el mundo como consecuencia del Covid, frente a unos 650.000 que fallecen al año por gripe. Un análisis más concreto de la pandemia provocada por el Covid-19, nos traería las siguientes reflexiones:

- a. Cristaliza un estado de temor difuso, incluso miedo, que viene flotando en nuestras sociedades desde hace tiempo, ante la cantidad y velocidad de los cambios disruptivos que estamos viviendo. Como el paranoico al que, de verdad, le persiguen, los miedos abstractos se materializan, de repente, en un virus. Aparece de verdad un enemigo, real, común a toda la especie.
- b. Un reconocimiento del elevado papel que la casualidad (el azar) desempeña en nuestras vidas. Lo sabemos, lo vivimos, lo experimentamos en el caso de los accidentes, pero queremos vivir una vida “como sí” lo tuviéramos todo controlado y aquello que nos ocurre fuera fruto, casi en exclusiva, de nuestras acciones y decisiones. La necesidad de sentir control sobre las cosas es una característica humana que la pandemia ha puesto patas arriba. De repente, me veo directamente afectado por algo que ocurre en China, que viaja por el mundo a gran velocidad y me influye con relativa independencia de lo que yo haga. A lo mejor, los “cisnes negros” son mucho más habituales de lo que nos gusta pensar.
- c. Ese descontrol objetivo sobre nuestras vidas cotidianas, lo intentamos suplir convirtiendo a la ciencia en un dogma y al poder en (casi) absoluto: “Que me digan qué tengo que hacer”. Ante mi desprotección, creo escudos mentales. La rapidez con la que han surgido vacunas, ayuda a reforzar el papel de la ciencia.
- d. La gestión política desaparece y las decisiones se adoptan siguiendo el dictamen de “los expertos”, incluyendo el lobby farmacéutico, a quienes entregamos buena parte del poder ritual sobre lo que podemos y no podemos hacer. Esto, por ejemplo, no se hace en el caso de la lucha contra el cambio climático.
- e. De acuerdo con lo anterior, se establece una evaluación diaria de la evolución de la enfermedad y, en función de eso, se corrigen y gradúan las medidas adoptadas. Es una forma de tomar decisiones públicas en base a los datos y estudiando el impacto del conjunto de las medidas adoptadas, que deberíamos extender a todas las políticas públicas y presupuestarias, para gobernar en base a la evidencia.
- f. Sin embargo, la gestión de la pandemia responde a una de las mayores decisiones políticas que debe adoptar toda sociedad: cuál es

el equilibrio aceptado entre libertad y seguridad, dentro de una escala gradual entre restricciones que evolucionan con la marcha de la pandemia. Los datos, pero también los valores, configuran las decisiones colectivas: confinamos nuestra libertad en aras de una mayor seguridad, sobre todo, en los momentos iniciales, cuando desconocíamos casi todo del virus.

- g. La pandemia evidencia que, incluso ante la enfermedad, hay brechas sociales. Y, mucho más, ante la respuesta restrictiva que se le da a la misma que, a pesar de las medidas compensatorias puestas en marcha desde los Estados, evidencian un aumento claro de la desigualdad social como consecuencia de la pandemia en su doble faceta: el impacto de la enfermedad en sí y la capacidad de hacerle frente en igualdad de condiciones (ingresos, vivienda, estudiar/trabajar en línea etc.)
- h. Durante un tiempo, los seres humanos nos sentimos fraternos, hijos de un mismo aliento, haciendo frente, juntos, a un enemigo común, desde una conciencia planetaria. Fue un espejismo que se deshizo pronto. Enseguida, la unanimidad de los aplausos quedó rota por las caceroladas de quienes no querían perder la polarización social y política de la que se alimentan y, muy pronto también, por la retahíla de negacionistas, conspiranoicos y anarcoliberales bordeando la sociopatía, ya que no existe la libertad de contagiar a otro. La pandemia generó el contexto perfecto para quienes tienden a creer en oscuras tramas: ansiedad, impotencia, estrés. El desigual reparto de las vacunas a nivel mundial evidencia que hemos recuperado las fronteras y el nacionalismo de los ricos.

Tanto las pandemias, como el cambio climático, dos de los principales vectores de transformación de la sociedad humana tienen varios rasgos analíticos comunes que quisiera resaltar:

- ✓ Ambos fenómenos representan ejemplos claros de lo que se conoce como acción colectiva. En síntesis: lo que te ocurre a ti, no depende sólo de ti, ni de lo que tú hagas. Lo que hagan los demás, su conducta, te afecta tanto o más que la tuya propia. Puedes ser respetuoso con el medio ambiente y extremadamente prudente

durante la pandemia, que eso no evita que el cambio climático o un contagio, te afecte igualmente.

- ✓ Esto significa que la única forma adecuada de enfrentar ambos fenómenos es conjugando la responsabilidad individual, con una conducta colectiva responsable. Sólo si hacéis todos, de manera conjunta, lo correcto, es posible superar ambos problemas.
- ✓ El carácter colectivo del problema y de su solución nos lleva directamente al Estado, como única entidad organizada y con capacidad de abordar este tipo de problemas generales. Desde el establecimiento de normas comunes de obligado cumplimiento, hasta su vigilancia y sanción, o la prestación de aquellas necesidades imposibles de abordar desde el individuo: prestación sanitaria, mascarillas, respiradores o la vacuna y su dispensación.
- ✓ La ciencia, el pensamiento racional, se convierte en el principal instrumento del que disponen los humanos para hacerle frente, analizarlo, entenderlo y encontrar una solución. Ni el pensamiento “mágico”, ni el negacionismo, son una solución a ambos problemas, aunque, en un momento revuelto como el actual, pueden ofrecer consuelo a grupos marginales de desesperados.

Conviene señalar, que estas características esenciales que definen dos de los principales problemas que afectan hoy a los seres humanos, así como otros muchos procesos sociales, representan un “relato” del individuo, de la sociedad y del papel del Estado, contrario a la narración hegemónica durante las últimas décadas que se ha basado en un supuesto individualismo extremo y en explicar todos los resultados como consecuencia exclusiva de la acción individual que, supuestamente, se equilibra en la sociedad mediante una “mano invisible”.

Desde este punto de vista, tanto el cambio climático, como la pandemia, deberían destruir el “mito neoliberal” que ha justificado, en exclusiva, nuestras actuaciones en las últimas décadas y que ya nos condujo a la crisis financiera global de 2008. Esto, tampoco significa una ley del péndulo que nos lleve a un pensamiento exclusivamente comunitario.

Más bien deberíamos aprender a vivir entre ambos, como entre dos aguas, ya que para determinadas cosas es mejor descargarlas en el individualismo liberal y otras, derivarlas hacia el comunitarismo.

La pandemia ha tensionado al límite nuestro estado de derecho hasta hacerle varios desgarros que los jueces han tenido que coser, con desigual criterio y fortuna. Cuando conocí que las autoridades chinas habían impuesto un confinamiento estricto en la ciudad de Wuhan como instrumento para evitar la propagación de la Covid, lo primero que pensé es que una medida así, sería imposible en países democráticos como los europeos. Pocas semanas después, me veía confinado en casa, en medio de una inicial aceptación generalizada de una medida que algunos, pocos, dudaban que tuviera el impacto sanitario previsto pero que, en todo caso, afectaba a nuestros derechos y libertades como ninguna otra adoptada en periodo de paz y, desde luego, significaba la ruina económica del país.

Como señala Toby Green en su disruptivo libro “The covid consensus” (2021), apelar al confinamiento ha llevado a la izquierda a aceptar un evidente incremento de las desigualdades (nacionales e internacionales) a pesar de las políticas compensatorias puestas en marcha en todos los países avanzados. Y a la derecha, aceptar una fuerte injerencia del estado en la vida privada de los ciudadanos. Desde un punto de vista tradicional, ambas han renunciado, temporalmente, a sus principios en aras de un “bien superior”, la salud pública, para la cual, tampoco ha sido evidente la superioridad del confinamiento dado que no ha evitado una segunda y una tercera y una cuarta ola de contagios.

Plantearlo en términos bélicos de “guerra contra el virus”, lo único que intentaba era reforzar el clima de excepcionalidad en el que se nos impuso vivir durante semanas. Y la constante apelación al superior criterio de “los expertos” presentaba una supuesta unanimidad entre estos, eludiendo la responsabilidad política de quien adoptaba la decisión. Baste ver que, en otros países, no ha habido confinamientos estrictos (al principio en UK, USA, México, Brasil, India...) y algunos de sus “expertos”

lo avalaron buscando la inmunidad de grupo como mejor forma de atacar al virus.

Que las medidas para “combatir al virus” no eran incuestionables, ni jurídicamente neutras, lo vimos en cuanto se inició la desescalada y con ella, un amplio ir y venir de medidas restrictivas diferentes por cada Comunidad Autónoma y validadas o no por sus Tribunales de Justicia. Los expertos se fueron diluyendo y el único criterio para adoptar restricciones era el número de contagios. Pero nunca se explicó por qué los aforos se limitaban con las cifras concretas que se exigían: ¿por qué la mesa en el interior de los bares y restaurantes tenía que ser de seis comensales y no de cuatro o de ocho?

Por contraste con la dureza y obligatoriedad de estas medidas que afectaban directamente a las libertades individuales (suspendiéndolas o limitándolas) y al desempeño económico, parece que nunca se contempló hacer la vacuna obligatoria si, como parece, vacunarse es la mejor manera de combatir al virus.

No podemos saber qué hubiera ocurrido con la pandemia en España y en Europa sin el confinamiento. Es evidente que la alternativa al mismo nunca fue “libertad”, como demandaban frívolamente algunos, sino otro tipo de restricciones menos limitativas sobre nuestros derechos y sobre la actividad económica. Aquellos países donde no hubo confinamiento tuvieron un peor desempeño en términos de contagiados y fallecidos. Pero resulta difícil asegurar si esta fue la causa o más bien, una infraestructura sanitaria muy deficiente y una estructura social cargada de pobreza e informalidad económica.

Pero el confinamiento nos permitió conocer algo importante sobre nuestra sociedad. Al dividir las actividades en “esenciales” y “no esenciales” y al restringir el gasto en actividades no esenciales, por estar clausuradas, pudimos constatar, como en un experimento de laboratorio, que nuestra economía no funciona en base al ahorro, como predicaban algunos conservadores, sino por el impulso del consumo, del gasto. Y, además, que el gasto en actividades “no esenciales” es vital para nuestra

economía y también, para satisfacer los deseos de los ciudadanos, muchos de los cuales se lanzaron a hacer botellones incluso cuando no estaban permitidos y ajenos a los racionamientos sobre los riesgos y peligros de contagio. El papel social del lujo en el capitalismo, del que habló Sombart.

Por último, dos reflexiones finales sobre cómo ha podido impactar el covid y las medidas adoptadas sobre la percepción del riesgo por parte de las sociedades. Por una parte, cuando vemos de manera generalizada y reiterada cómo los jóvenes incumplen las restricciones, podemos concluir que se han vuelto irresponsables o que su percepción del riesgo ha variado a lo largo del proceso: asumen que el riesgo de un contagio mortal para ellos o sus contactos, no es lo suficientemente elevado, ni está lo suficientemente probado, como para renunciar a su ocio. Algunas sentencias judiciales parecen darles algo de razón.

Por otra parte, queda por ver cómo la experiencia Covid afecta al conjunto de la sociedad en relación con el sufrimiento ajeno. Si todo lo ocurrido nos hace incrementar la empatía y la solidaridad frente a males ajenos o, por el contrario, nuestro límite de insensibilidad ha aumentado y nos hemos endurecido frente a los males ajenos.

La conclusión que propongo es que la pandemia ha sido un elemento altamente disruptivo de nuestra evolución social, pero que más bien ha acelerado algunas tendencias en marcha, antes que provocar un cambio o una ruptura en las tendencias preexistentes. Ha impulsado, con claridad, la digitalización del mundo, el aumento de la desigualdad mundial y el auge de China. En ese sentido, no creo que la pandemia nos haga mejores, pero sí nos acercará el futuro con mayor rapidez, haciéndonos distintos. Y, desde luego, no parece que vaya a ser un revulsivo positivo frente a la creciente polarización y cabreo social, más allá de algunos espejismos vistos.

4. Lo que une y lo que separa

La tensión entre unidad y diversidad de los seres humanos o, en sentido más general, entre aquello que nos une y lo que nos separa, aquello que tenemos en común y aquello que nos diferencia, no es nueva en la historia, ni en los diferentes tipos de relatos que hemos construido sobre nosotros mismos. Por citar a un clásico de nuestra tradición judeo-cristiana, la Biblia, en el antiguo testamento se reconoce la unidad de los humanos al decir que “era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras”. A partir de esa unidad inicial, la división se produjo como consecuencia de un castigo divino ante la osadía de los humanos que pretendieron trabajar juntos para construir “una torre cuya cúspide toque los cielos y nos haga famosos”. Ante este desafío, Yahvéh se dijo; “he aquí un pueblo uno, pues tienen todos una lengua sola. Se han propuesto esto, y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros. Y los dispersé por toda el haz de la tierra y dejaron de edificar la torre”. Es decir, la unidad se volvió peligrosa y Yavé impuso la diferencia (de lenguas, etc) y la dispersión como forma de debilitar a los humanos, creando división donde había unidad.

Hasta el Nuevo Testamento no se recupera el mensaje de unidad esencial o básica entre los seres humanos cuando Jesús predica que “no es el siervo mayor que su señor”, “más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de Dios” o aquel “amaos los unos a los otros” o, todavía más “amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian”. O, de forma más clara “todos somos iguales ante los ojos de Dios”.

Más allá del terreno religioso, habría que esperar hasta el siglo XVIII para encontrar en la Declaración de Independencia de Estados Unidos de 1776 que todos los hombres son creados iguales y que todos tienen los mismos derechos inalienables como el derecho a la vida, la libertad o la

búsqueda de la felicidad. Esta idea, revolucionaria en su época, saltó a Europa cuando en agosto de 1789 la recién creada Asamblea Nacional francesa aprobó una Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano donde se recogían “derechos naturales, inalienables y sagrados” del hombre, de carácter universal y sobre los que se fundamentaba toda forma de gobierno. Es verdad que el reconocimiento de unos derechos que unen a todos los hombres por encima de cualquier otra cosa que les diferencie o separa, dejaba fuera, en aquella época, a los esclavos (negros), a quienes no tenían propiedades y, sobre todo, a las mujeres. Pero ello no debe hacernos perder la perspectiva del avance sustancial que esta concepción representó frente a las creencias que construyeron el Antiguo Régimen basado en la autoridad de los reyes, emanada directamente de la voluntad de Dios, o en la división de la sociedad en estamentos jerarquizados, hereditarios y estancos

Debemos, en gran parte, a esta Era de las Luces, a los filósofos de la Ilustración, la idea de que entre los dioses y el resto de animales, se situaban “los seres humanos” que tenían unos derechos naturales, evidentes y universales, que les identificaban, unían y hacían iguales entre sí, más allá de otras cuestiones que pudieran diferenciarles. Esta idea de “humanidad” como valor que unía a los seres humanos se evidenció, por contraste, con el debate desatado dos siglos antes sobre si los indígenas habitantes de la recién descubierta América podían ser considerados “seres humanos” (lo que exigiría reconocerles estos derechos naturales) o eran una especie de animales a medio camino entre los humanos y los simios (lo que legitimaría someterlos a esclavitud, por ejemplo).

El paso de estos “derechos humanos” a los “derechos del hombre”, como concreción en forma de derechos políticos de individuos autónomos que viven juntos en sociedad, no tardó en darse durante la Revolución francesa

Con estos antecedentes, se entiende mejor el paso dado en 1948 cuando las recién creadas Naciones Unidas adoptaron la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuyo primer artículo decía que “todos

los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos” y especificaba en su artículo 2 que esta declaración se aplica a toda persona “sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o de cualquiera otra condición”. Es decir, nuestra convivencia se fundamenta en algo esencial que nos hace iguales, por encima de otras circunstancias accidentales que señalen diferencias evidentes que, en ningún caso, deben dar lugar a desigualdades o a fundamentar brechas, muros o enfrentamientos.

Las brechas sociales se construyen sobre la existencia de una desigualdad, es decir, de una diferencia convertida, mediante algún tipo de razonamiento o prejuicio, en justificación de un tratamiento discriminatorio hacia aquellos colectivos que se distinguen por tener esa diferencia. Estas brechas, como las que analizaremos aquí, pueden existir a pesar de que el ordenamiento jurídico de un país reconozca la validez de los derechos humanos. Es decir, se puede reconocer en teoría la existencia de una igualdad fundamental entre todos los seres humanos pero, en la práctica, considerar que en la convivencia política en sociedad existen diferencias que se anteponen en forma de brechas, a veces legales (India acaba de excluir por Ley a los musulmanes a la hora de reconocer la nacionalidad a inmigrantes), a veces por la vía de los hechos (el llamado techo de cristal que limita el ascenso laboral de las mujeres en países donde está legalmente reconocida la igualdad de oportunidades para todos). Esas brechas llevan, a menudo, a encerrarnos dentro de la pequeña comunidad caracterizada por compartir la misma diferencia y a alejarnos y ver con hostilidad al resto de la gran comunidad con la que no compartimos esa diferencia identitaria

A lo largo de la historia hemos visto y seguimos viendo multitud de ejemplos de lo que acabamos de decir: el color de la piel o la práctica de una religión concreta son elementos diferenciadores que han dado lugar a tratamientos discriminatorios, normalmente por parte de una mayoría social que no comparte esa diferencia abriendo brechas sociales que, a menudo, han concluido en conflictos de gran magnitud. El complejo

sistema de castas de la India sería un caso extremo de lo dicho: abre profundas brechas entre grupos cuyas diferencias son imposibles de apreciar por un profano.

La dinámica entre este tipo de brechas ayuda a explicar lo que ocurre en muchas partes del mundo: Israel, por ejemplo, no se entiende sin el conflicto entre judíos y árabes-palestinos. Por su parte, las tensas relaciones entre los países árabes del Golfo se entienden mal si olvidamos la brecha entre chiitas y sunitas. En nuestra propia historia, Europa no sería como es sin las largas guerras de religiones habidas entre católicos y protestantes, como USA no sería lo que es sin el largo conflicto entre blancos y negros.

No queremos decir con esto que la existencia de brechas sociales conduzca, de manera inevitable, a un grave conflicto y menos aún a guerras. No. Pero sí queremos señalar, sin embargo, que no podemos vivir de espaldas a la existencia real de brechas sociales como si la aprobación de los Derechos Humanos, o la existencia de Constituciones democráticas que proclaman la igualdad de derechos entre todos los seres humanos, participen del grupo social que participen, fuera suficiente como para borrar de un golpe el concepto y la existencia de brechas sociales, cuyo creciente protagonismo político y mediático en las sociedades actuales aconseja un repaso como el que aquí proponemos. Parafraseando a Marx, la historia es mucho más que la historia de la lucha de clases. Porque las sociedades no solo se organizan, identifican y entran en conflicto en torno a la brecha de clases, que es solo una de las posibles (aunque en determinados momentos y países haya podido ser la principal brecha en torno a la que ha girado la vida social).

5. Raíces de la actual discordia

Dice Philip K. Dick que la realidad es aquello que existe, aunque queramos ignorarlo. Pues bien, la realidad es que nunca como ahora los seres humanos habíamos sufrido tantos cambios, tan socialmente disruptivos, reforzándose unos a otros, en tan poco espacio de tiempo y con una velocidad acelerada.

Tres son los vectores de cambio que más están influyendo en nuestra situación actual: mundialización, digitalización, cambio climático. Los tres han surgido o se han acelerado de manera exponencial, en los últimos treinta años. Treinta años en los que, casi sin darnos cuenta e impulsados por un relato de modernidad, avance y bienestar colectivo, los parámetros en base a los que habíamos construido el mundo (el mundo avanzado, al menos) desde 1945, tras la II Guerra Mundial, han saltado por los aires. Primero, se desplomó el bloque “comunista” y ahora está resquebrajándose el bloque del capitalismo liberal y democrático que construimos como alternativa a aquel durante la “guerra fría”. Algunos autores establecen una conexión causa-efecto entre ambos hechos. Lo veremos.

Los hitos que han acelerado la fuerza disruptiva de cada uno de los vectores han sido:

- ✓ **Mundialización:** desde la liberalización de movimiento de capitales, la desregulación de las inversiones extranjeras y el empuje al comercio mundial a partir de la incorporación de China a la Organización Mundial del Comercio (2001). En paralelo, la velocidad de movimiento de la información, los contactos transnacionales e, incluso, las emigraciones. Hace 150 años, dar la vuelta al mundo necesitaba 80 días (como utilizó Verne en su novela). Hoy, se puede hacer en 67 horas.
- ✓ **Digitalización:** Desde 1981, fecha aceptada como la aparición del primer ordenador portátil, hasta ahora, en plena sociedad de los datos que alimentan a la inteligencia artificial, pasando por el surgimiento del iphone en 2007, parece evidente la magnitud del salto experimentado en

este campo y la creciente y absorbente vinculación de los mismos con cambios disruptivos en nuestra manera de comprar, leer, divertirnos, aprender, trabajar, ir al médico y un largo etc.

- ✓ **Cambio climático.** Aunque el proceso empezó con la revolución industrial, los científicos constatan un fuerte crecimiento del calentamiento global en los últimos treinta años, hasta el punto, como hemos visto, que ya hay cosas irreversibles y, además, que, sin actuaciones más radicales por nuestra parte, la temperatura media del planeta crecerá de manera acelerada hasta llegar a los 4-5°C a finales del siglo, cifra catastrófica y claramente incompatible con nuestra forma actual de vida en el Planeta.

Cuando este proceso, con tres fuerzas que interactúan, empezó hace unos treinta años, el pensamiento hegemónico sobre los mismos era muy optimista y la mayoría estábamos convencidos de sus bondades, de la capacidad de la ciencia para encontrar una solución “no dolorosa” a las emisiones de CO₂ y de las inmensas posibilidades que se abrían ante la especie humana para dar otro salto evolutivo en su bienestar y en la misión establecida en el relato bíblico de “llenad la tierra y sojuzgarla”. Una vez más, el saber humano iba a proporcionarnos una nueva fase de empoderamiento como especie, incrementando, además, nuestra libertad individual y colectiva (la caída de la URSS fue saludada como la victoria definitiva del modelo democrático liberal en todo el mundo). Había una amplia “concordia” sobre las bondades de las fuerzas desatadas al abrir esa caja de la ciencia y del relato neoliberal sobre la economía y la sociedad. Podíamos tener problemas en el itinerario, pero serán menores, los podríamos superar y el destino final era una nueva utopía por la que valía la pena hacer esfuerzos.

Treinta años después, ese relato benefactor, complaciente y optimista ha saltado por los aires ante la realidad de una transición mucho más dura de lo que se nos dijo y la convicción creciente de que el juego de poderes ha introducido un cambio en nuestra estructura social y en las narraciones que nos contamos. La concordia inicial, sin llegar todavía a la distopía, atraviesa por un período de profunda discordia como consecuencia de la rapidez y la intensidad de los cambios que estamos

viviendo como consecuencia de las tres fuerzas actuando a la vez. Veámoslo, para claridad expositiva, de manera separada:

- ✓ La mundialización ha llevado aparejada un importante cambio en la estructura del poder mundial. A título de ejemplo: Mientras que los países del G7, los más poderosos del mundo, ostentaban el 56% del PIB mundial hace treinta años, hoy apenas si llegan al 38% y esa bajada ha sido cubierta por el ascenso espectacular de los países emergentes, de manera destacada China que ha hecho girar el eje del poder mundial hacia el Pacífico. Además, ha permitido romper las cadenas de valor de las empresas y globalizar los procesos productivos a nivel mundial. Todo ello, ha ensanchado los márgenes de beneficio empresarial (producen más barato y venden al mismo precio o algo menos) con fuerte repercusión sobre las rentas de los trabajadores en una y en otra parte del mundo. Esa asimetría percibida en el reparto de los beneficios de la mundialización económica, está detrás de algunos movimientos de rechazo “contra el sistema”, como el populismo.

Vinculado a este cambio, hemos pasado de un mundo con una única potencia (USA) a otro claramente multipolar (USA, UE, China, Rusia, Turquía, Irán ...)

En paralelo, la mundialización de las comunicaciones ha llevado al antiguo tercer mundo la evidencia de que se puede vivir mejor y con más libertades de como lo hacen ellos en sus países. Eso ha desatado dos respuestas: incremento de la emigración y estallidos de “primaveras árabes” democratizadoras, que, una década después, han acabado en dictaduras en los países que las tuvieron.

- ✓ La digitalización ha sido la responsable del mayor y más rápido cambio en nuestra manera de vivir que hemos experimentado. Y no ha terminado. La pandemia ha impulsado el cambio al obligarnos a pasar, de forma acelerada, de la presencialidad a lo en línea. Gracias a la digitalización, por ejemplo, Amazon tiene un valor bursátil superior al PIB de España; la empresa más grande del mundo en alquiler de coches con conductor, ni tiene coches en su activo, ni conductores en nómina y el mapa del poder económico mundial, representado por

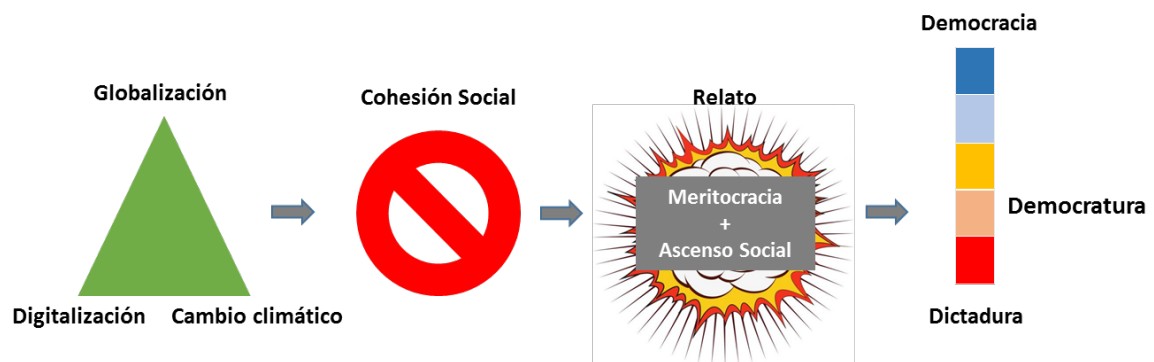
las empresas que están entre el grupo de las veinte con mayor capitalización bursátil del mundo, ha experimentado un cambio drástico en favor de la tecnológica y aquellas cuyo negocio está basado en datos y algoritmos. La deriva de la digitalización hacia la robotización de los actuales trabajos desempeñados por humanos, empieza a ser ya evidente, siendo previsible que su impacto será superior al de otras veces en que la técnica ha sustituido fuerza humana, porque ahora, sustituye, también, “inteligencia” humana.

- ✓ El cambio climático está trayendo tres impactos acelerados: el aumento de los fenómenos atmosféricos extremos que afecta a la geografía económica; la pérdida de poder relativo de los países y empresas que viven del petróleo y del gas, con fuerte impacto geoestratégico y un proceso de electrificación acelerada y de generación de electricidad con energías renovables, que obliga a cambios importantes en nuestra forma de vida e, incluso, en el diseño de nuestras ciudades. En un mundo con emisiones cero, el poder de los individuos habrá crecido gracias a las posibilidades abiertas por el autoconsumo eléctrico y el de las grandes compañías eléctricas, será menor que en el pasado.

Algunos expertos dicen que muchos de nuestros problemas actuales derivan de la velocidad e intensidad de los cambios que estamos viviendo. Nuestra mente racional no está preparada, desde un punto de vista evolutivo, para reaccionar con tanta rapidez a cambios tan intensos y adaptarse a ellos. Eso le da todo el protagonismo al elefante (emociones) en la gestión de la respuesta que, por eso, es, de manera predominante, no racional. Respondemos con corazonadas y seguimos a los nuevos narradores de historias que nos tranquilicen o que canalicen nuestro enfado contra alguien. El vértigo ante lo desconocido, el miedo a la caída y la desconfianza en los poderes y en los discursos tradicionales, lleva a mucha gente a agarrarse “a lo que sea”. Y, como siempre en la historia de la humanidad, en ese contexto de “discordia” surgen los populistas, los milenaristas y el pensamiento simple, de brochazo. Es decir, la apariencia, la consigna, el escorzo, el enfrentamiento que busca movilizar a las emociones negativas. O sea, predomina, el no pensamiento.

Únase a ello el cambio de narración que nos hacemos. Ahora, todo lo que iba a beneficiarnos, pone en riesgo mi puesto de trabajo, lo que estaba destinado a darme más libertad, se muestra una fuente de control que hace que pierda mi privacidad, los pioneros que montaron sus empresas desde un garaje de manera desinteresada, se convierten en multimillonarios y sus empresas, grandes oligopolios que viven de mí y de los datos que pueden obtener de mí, la mayoría de las veces, sin permiso y, además, no solo la técnica no resuelve las emisiones de CO2, sino que mi actual forma de vida me hace responsable de la catástrofe climática del planeta por lo que debo cambiarla. Contándonos esta nueva historia, la sensación de culpa y de haber sido engañados prende, como cabreo, en una parte importante de la sociedad occidental.

Incide sobre una sociedad que tenía ya, desde la crisis financiera mundial de 2008, importantes fracturas en su relato (Occupy Wall Street) y que, en paralelo o aprovechando la circunstancia, está en pleno proceso de revisión de la legitimidad de los diferentes poderes: el racial (Black Lives Matter) y de género (Me too).



Estamos viviendo algo parecido a una “revolución” en varios de los puntos vertebradores de nuestra sociedad y, sobre todo, en la forma en que nos lo hemos relatado hasta ahora. Y, como en todo momento de cambio drástico, hasta que se instale la nueva narrativa que respalde una nueva distribución del poder social (económico, político, racial, de género...) viviremos brotes de conflicto entre pasado y futuro, entre instalados e insatisfechos. Y ello, a menudo genera, confusión, alguna frustración y cabreo.

6. Un breve paseo por la historia

Formamos parte de una Europa que en los años transcurridos desde la Revolución Francesa se ha movido entre tres brechas fundamentales: el nacionalismo, la llamada cuestión social o lucha de clases y la existente entre democracias liberales y autoritarismos. Estas tres brechas han cubierto otras (la cuestión judía, como la más destacada al conducir al holocausto nazi) y, a menudo, se han entrelazado sin solución de continuidad. Y, de manera creciente en los últimos años, ha resurgido la brecha de la inmigración e incluso, vinculada a menudo a ella, determinadas brechas que reflejan formas peculiares de expresión religiosa como el burka o la ablación de clítoris.

Con frecuencia, la relación entre las diversas brechas ha sido conflictiva. Otras, se han planteado como alternativas. Y cuando ha habido que escoger entre unas u otras, principalmente entre nacionalismo y cuestión social, las posturas han ido desde la famosa frase atribuida al líder derechista en nuestra II República, Calvo Sotelo, que dijo preferir “una España roja, antes que rota”, hasta los actuales movimientos anticapitalistas que, en Cataluña, prefieren aliarse con los burgueses independentistas porque consideran que primero la nación y luego, ya hablaremos de la lucha de clases

Entre las revoluciones post bonapartistas de 1848 y la caída del muro de Berlín en 1989, la confrontación entre burguesía y proletariado es posible que fuera el eje principal sobre el que discurrió el discurso político en el mundo. En torno a la misma y heredando una costumbre derivada del lugar donde se sentaban en la Asamblea unos y otros en la Revolución Francesa, los principales partidos políticos se ubicaron a izquierda (defensores del proletariado) y derecha (defensores de la burguesía), así como buena parte de los países del mundo se alinearon,

especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, bien en el bloque comunista (supuestamente defensor del proletariado) o en el bloque capitalista (supuestamente proclive a la burguesía).

Aun aceptando que esta fuera la brecha principal en torno a la que se organizó el debate y la confrontación política durante una gran parte del tiempo reciente, nunca fue la única. Incluso en muchos momentos llegó a ser desplazada por la otra gran brecha que ha dividido y enfrentado a los seres humanos en las últimas décadas: la nación y el nacionalismo. Así, por ejemplo, cuando estalla la I Guerra Mundial, los líderes de la recién creada organización obrera mundial, la Internacional Socialista, pensaron que los trabajadores se negarían a ir al campo de batalla al tratarse de una guerra entre las burguesías de las diferentes nacionales europeas. Estaban convencidos de que el nuevo grito unitario de clase: “Proletarios de todos los países, uníos”, haría imposible la guerra entre naciones, ya que la fraternidad y solidaridad universal de clase mundial de los obreros se antepondría a la belicosidad nacionalista de las burguesías: ¿Por qué iba un obrero francés a matar el campo de batalla a su hermano de clase, un obrero alemán, en beneficio de la clase enemiga de ambos, la burguesía

Desde entonces, al menos, se han planteado como alternativas la cuestión social y la cuestión nacional, como dos de las principales fracturas que dividen a los seres humanos. Dando por supuesto que los obreros estaban más interesados en plantear la social mientras que los burgueses utilizaban la cuestión nacional como coartada para eludir sus responsabilidades en la cuestión social.

Algo más que la casualidad quiso que en 1848 coincidieran la publicación del Manifiesto Comunista elaborado por Marx y Engels, y que tanto influyó en la creación de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) o Primera Internacional obrera, junto con la ola revolucionaria burguesa que enfrentó, en toda Europa, la defensa de la idea de nación, junto a unos tímidos avances democráticos (el sufragio universal masculino, por ejemplo) frente al autoritarismo imperial heredero de la Restauración llevada a cabo en el Congreso de Viena tras las guerras

napoleónicas. Quizá fue la primera vez que confrontaron una visión internacional de la causa obrera con los valores nacionalistas defendidos por una burguesía en auge. Y ya entonces, como luego en las sucesivas ocasiones de la I y la II Guerras Mundiales, triunfó la causa nación frente al supuesto internacionalismo de la causa obrera.

Tras la II Guerra Mundial, otra brecha vino a sobreponerse a las dos anteriores: democracia versus totalitarismo. Mientras la derecha, burguesa, nacionalista y capitalista, defendía los valores democráticos tras la dura guerra mantenida contra el fascismo y el nazismo, una parte importante de la izquierda obrera internacionalista se encontraba atrapada por la defensa de la “dictadura del proletariado” que en los países comunistas supeditaba, en principio, la causa obrera a lo que se consideraba “libertades burguesas”. La parte socialdemócrata que criticaba duramente la falta de libertades y de democracia en los países comunistas, seguía defendiendo que los valores de la igualdad social debían estar situados al mismo nivel, o incluso por delante, del principio de libertad como criterio de ordenación de una sociedad justa. Por ello el Estado, como representante de un supuesto interés general que operaba, por encima de la brecha de clases, en el ámbito geográfico y político de la nación, estaba legitimado para coartar la propiedad privada burguesa mediante impuestos y regulaciones siempre que estos ayudasen a mejorar las condiciones sociales, de vida y de oportunidades de los trabajadores menos favorecidos.

7. Algo de teoría política

Dos son las preguntas originarias de toda la teoría política: la primera, ¿qué hacemos con quien no es como nosotros? ¿Qué trato le damos? Y, la segunda, ¿existe la sociedad como un ente con vida propia, superior a la suma de sus partes? Según sean las respuestas y cómo se combinen

entre sí, tendremos la totalidad de los sistemas políticos de ordenación de la convivencia entre humanos. Veámoslas con algo de detalle para insertar el análisis de las brechas sociales en un entorno más amplio.

La primera pregunta roza lo filosófico, ya que requiere aceptar y entender que existe un “nosotros” definido por algunas características y un “ellos” definidos por otro conjunto de características suficientemente diferentes en algo. El análisis podría hacerse a nivel individual (Yo y Otro) pero el reconocimiento del individuo como base del análisis social frente a la comunidad es algo todavía no resuelto en la filosofía política actual. Si existe un “nosotros” es porque hay algo, alguna característica dominante, que nos identifica. Y si existe un “ellos” es porque hay otras características distintas que identifican a “ellos” como algo que los hace diferentes a “nosotros”. Por tanto, solo es posible la existencia de un nosotros y de un ellos en la medida en que haya algo, una característica dominante, que define de manera diferente a ambos colectivos. Y lo hace de manera tal que no nos cuesta reconocer y diferenciar a nosotros de ellos.

Algunas características identitarias y diferenciadoras son muy obvias: los valencianos (nacidos en Valencia) y los sevillanos (nacidos en Sevilla). En este caso, dotamos a la provincia de nacimiento de la capacidad dominante suficiente como para diferenciar a un colectivo de otro. Es evidente, entonces, que si en lugar de la provincia trasladamos el rasgo identitario a la nación, entonces valencianos y sevillanos serían iguales como españoles y los otros serían por ejemplo, los franceses. E igualmente evidente resulta que tal brecha nacional sólo tiene sentido a partir del momento en que la nación aparece como marco territorial definitorio de un colectivo y que carece de todo sentido para alguien que viviera en una época en que las naciones no existían ni como concepto. Sabido es que para Aristóteles la ciudad, como comunidad de varias aldeas, es “una de las cosas naturales” superiores y quien organiza la comunidad humana dado que para él “el hombre es por naturaleza un animal social” y que es “el único animal que tiene palabra” como

característica propia que solo se aprende de los otros que forman la comunidad.

Existen muchas características diferentes capaces de enmarcar a un nosotros y a un ellos. A nivel individual, por ejemplo, puedes ser valenciano pero vivir en Burgos, ser seguidor del Barcelona CF, hacer ciclismo en un equipo de aficionados, ser padre de familia, de raza blanca, universitario y haber cambiado tu sexualidad hacia la homosexualidad. Si ordenáramos a todos los ciudadanos por estas ocho características, este individuo formaría parte de ocho grupos de nosotros, diferentes a otros muchos grupos de ellos alternativos con los que, sin embargo, puede compartir muchas de las características. Por otra parte, cada individuo puede vivir cada una de estas características con una intensidad diferente: mientras ser seguidor de un equipo de fútbol puede ser algo poco importante para unos, para los grupos de radicales violentos puede ser su razón de ser, aquello que les dota de su verdadera identidad.

Sirva esto para evidenciar el hecho de que definir un nosotros y un ellos puede resultar mucho más complicado de lo que parece. Porque los seres humanos tenemos muchas identidades de manera simultánea y, además, porque vivimos con diferente intensidad cada una de ellas.

A partir de aquí, sea cual sea la característica principal que aceptemos que sea aquella que nos dota de la identidad dominante, al menos para un aspecto concreto de nuestra vida, ¿qué hacemos, qué actitud adoptamos con quienes son diferentes, con aquellos que tienen otra característica dominante que les hace distintos en algún aspecto identitario importante como han sido a lo largo de la historia el color de la piel, el lugar de nacimiento, la religión, el idioma, el sexo o la ideología política?

La primera reacción, aquella que se inscribe más en nuestra naturaleza animal, consiste en no aceptar esa diferencia y combatir al otro por la fuerza para someterlo, dominarlo, asimilarlo (si es posible) intentando cambiarle para que abandone aquello que le hace diferente y se parezca

más a nosotros. Esta es la actitud mantenida, en un momento u otro de nuestra historia, con los negros, las mujeres, los homosexuales o la conversión forzosa de judíos y musulmanes en la Edad Media. Se trataría de eliminar la característica que les hace diferentes a nosotros y, caso de no poderse por razones obvias, someterlos por la fuerza para colocarlos en una posición subordinada.

Una segunda reacción, más matizada que la anterior, es coexistir, aislarlos en guetos donde pueden vivir acorde a su diferencia, pero sin mezclarse con nosotros. En esta actitud se puede inscribir tanto las juderías existentes en casi todas las ciudades europeas durante tantos años, como las leyes que prohibían matrimonios Interraciales en Sudáfrica y otras zonas del Planeta.

La tercera reacción posible es convivir, establecer normas y reglas de convivencia en los mismos espacios y con las mismas oportunidades, formando parte todos de una misma comunidad que se define como plural y que no discrimina en función de las características dominantes de identidad de cada colectivo. Y que no sólo es capaz de convivir, en el sentido orteguiano de “conllevarse”, soportarse mutuamente, sino ser capaces de trabajar juntos en proyectos colectivos a partir de lo que nos une y rebajando la capacidad centrífuga de las diferencias. De hecho, el consenso científico actual defiende que fue la capacidad de cooperar, de manera cada vez más compleja, lo que permitió al homo sapiens ser lo que es ahora.

En este caso, fijaríamos un nosotros lo suficientemente amplio en su definición (seres humanos, por ejemplo) como para dar cabida a cualquier otra característica identitaria que pasaría a ser, en este caso, secundaria. Nos une algo superior, tan fuerte, que puede ser compatible con la existencia de otros subconjuntos ordenados por cualquiera de las otras características que se nos ocurran. Así, por ejemplo, para un patriota verdadero, nacer en el mismo espacio geográfico nacional es un vínculo de unión tan fuerte como para dar cabida, sin problema, a que luego se sea de derechas o de izquierdas, de una ciudad o de otra, hablar un idioma u otro, practicar una religión u otra.

Para Habermas, por ejemplo, la identidad dominante que ordenaba a todas las demás era el llamado patriotismo constitucional según el cual la comunidad superior se definía por compartir un mismo conjunto de derechos y deberes constitucionales. Eso, el respeto a unas mismas leyes, era lo que definía un nosotros. En esa misma dirección, la de definir un nosotros amplio basado en igualdad ante la ley, debe entenderse la ya mencionada Declaración Universal de Derechos Humanos de Naciones Unidas, aprobada en diciembre de 1948, en la que se proclama que todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos, sin distinción de raza, sexo, idioma, religión, origen nacional, opinión política, etc. Aquí, la única comunidad existente, aquella que forma un nosotros, sería la de los seres humanos. El resto de características deberían, pues, subordinarse a esta principal que nos define. Con ello, desaparece la idea de brechas sociales como las utilizamos aquí, subsumidas todas ellas en un marco general y abstracto donde la naturaleza de seres humanos nos iguala y une. A este nivel de abstracción, no habría un ellos. Salvo quizá, el resto de animales o la naturaleza, aspecto este que empieza a incorporarse en los nuevos movimientos sociales en defensa de los derechos de los animales o en contra del cambio climático y el impacto negativo sobre el propio Planeta de la acción humana descontrolada

La actitud de convivir, cooperar y compartir, junto a los que no son como nosotros, fue desarrollada, entre otros, por Voltaire en su Tratado sobre la Tolerancia escrito en 1763. Su propuesta, resumida en la frase “no hagas a otros lo que no quieras que te hagan a ti”, la elabora tras constatar que las “guerras de religiones” desatadas en Europa tras la reforma luterana solo habían llevado a matanzas. En ese contexto, considera como una actitud racional defender el “respeto al otro”, “dejarle defender sus posiciones” y, en definitiva, “respetar la diferencia” como el mejor método para organizar una sociedad plural de diferentes. Sobre todo, si la alternativa es el fanatismo y las guerras

La segunda pregunta seminal tiene que ver con la existencia, o no, de una lógica colectiva derivada de un todo que es superior a la suma de las

partes que lo componen. Se ha recordado mucho la famosa frase de Margaret Thatcher en la que decía, desde su liberalismo extremo, que la sociedad no existía, que solo había conocido individuos que interactuaban en defensa de sus intereses, bajo los principios de la ley. De hecho, la líder conservadora británica estaba reproduciendo la afirmación realizada unos años antes por uno de los principales teóricos del llamado “anacocapitalismo” norteamericano, Nozick, quien en 1974 dijo en su libro principal: “No hay una entidad social (...) solo hay individuos. Nada más. Hablar de la existencia de un bien común es falso”.

Llevado a nuestra reflexión, sería reconocer que no existe un nosotros y un ellos, sino tan solo muchos yo y muchos otro. Lejos de ser una cuestión académica o irrelevante desde el punto de vista práctico, el asunto afecta al nudo de nuestro trabajo ya que si existe un todo con características propias que sea algo más que la suma de las partes, se puede definir una lógica colectiva que vaya más allá de las particulares e, incluso, podemos hablar de la existencia de un interés común general al que deben subordinarse los intereses particulares de las partes.

En nuestro razonamiento, si hay una unidad de referencia lo suficientemente general como para incluir a varios colectivos particulares, las brechas entre estos últimos podrán generar tensiones, pero solo hasta el punto en que se ponga en riesgo la unidad superior de referencia. Es decir, existe un interés general que todos están dispuestos a defender, incluso sacrificando parte de sus intereses particulares. Dicho interés general debe de ser conocido y compartido por todos para operar como freno a los conflictos particulares que puedan existir. Y no siempre es fácil. Por ejemplo, evitar los efectos negativos que sobre el Planeta, incluyendo los seres humanos que lo habitamos, tiene el calentamiento global como consecuencia de la masiva emisión de gases de efecto invernadero asociada a la forma de vida adoptada por los humanos en los últimos doscientos años, parecería un interés lo suficientemente superior como para conseguir eliminar todos los intereses particulares que se oponen a las medidas propuestas por los científicos para combatir el cambio climático ya evidente. De hecho, así

lo atestiguan las diferentes iniciativas que desde Naciones Unidas se han puesto en marcha para conseguir reducir emisiones de CO2 y otros gases, desde el Acuerdo de Kioto hasta el más reciente de París. Sin embargo, año tras año, los gobiernos incumplen sus compromisos y se comprueba que las emisiones, lejos de disminuir, siguen aumentando a pesar de que los negacionistas han ido perdiendo la batalla pública. Todos decimos compartir el objetivo marcado por el interés general pero luego no se cumplen los compromisos por la dificultad de los cambios que incluyen cambios en las formas de vida de todos nosotros y por la fuerza de los intereses particulares de quienes serían perdedores en el cambio.

Durante años, el llamado interés común superior actuaba como tapón que frenaba la intensidad de las tensiones entre los diferentes intereses particulares de las distintas brechas en que se articulaba una sociedad concreta. Sin embargo, en los últimos años, la mundialización de la economía y la irrupción de las tecnologías de comunicación han debilitado tanto el ámbito del estado nación que se está perdiendo un referente importante a la hora de gestionar las relaciones entre los distintos colectivos que conforman la sociedad nacional. Con ello, el análisis de las brechas que dividen a las sociedades cobra un renovado interés porque están adquiriendo unas dinámicas nuevas que, a menudo, reflejan un malestar generalizado que se manifiesta con estallidos de violencia callejera y auge electoral de los nuevos populismos autoritarios que cuestionan las reglas de juego democráticas que nos hemos dado.

8. Dinero o reconocimiento

Algunos autores han planteado la existencia de una alternativa excluyente entre la cuestión social o la cuestión identitaria como argamasa en torno a la que se construye una sociedad. Así, se preguntan: “¿Debemos optar por una política de redistribución que pretenda abolir las diferencias de clase o debemos abrazar una política

de reconocimiento que trate de celebrar o deconstruir las diferencias de grupo”? (*Nancy Fraser y Heseli Honneth*). Estos autores, con diferencias entre ellos, aunque reconocen que “la política de la redistribución suele equipararse a la política de clase, mientras que la política del reconocimiento se asimila a las luchas acerca del género, la sexualidad, la nacionalidad, el carácter étnico o la raza” y tienen dos orígenes muy diferentes en la filosofía política y en la historia social, defienden que hoy en día la búsqueda de una concepción de sociedad justa “exige tanto la redistribución como el reconocimiento” ya que, por separado, ninguno es suficiente.

También se puede defender que, en el fondo, una parte de las reivindicaciones de redistribución se han construido a lo largo de la historia sobre un relato identitario en el que la clase social se ha convertido en el grupo identitario sobre el que construir el relato y la sociedad deseada. Cuando los marxistas diferenciaban entre “la clase en sí” y la “clase para sí” en función de que los trabajadores tomaran conciencia, o no, de sus potencialidades para convertirse en “proletariado” como clase universal llamada a construir la sociedad justa (comunismo), se puede entender que estaban haciendo un llamamiento a la configuración identitaria de una clase social llamada a confrontarse con la burguesía, otra clase social cuya identidad se derivaba de poseer la propiedad de los medios de producción. La cuestión social no ha estado, pues, exenta de relatos épicos, banderas, himnos, organizaciones y celebraciones que ayudaban a configurar una identidad propia, incluso excluyente.

El ascenso de la política identitaria del yo como afirmación de la especificidad del grupo frente a la búsqueda de un bien común, se ha ido produciendo a lo largo de varios años. En el caso de USA, según muchos comentaristas, se inició en 1968 cuando el estallido de varias revueltas simultáneas en colectivos en busca de un reconocimiento propio (negros, mujeres, ecologistas, etc.) empujó a los políticos a fragmentar sus mensajes para dirigir uno a cada uno de los colectivos. Con ello se ha ido perdiendo la conciencia de que existe algo común que nos une a

todos. Que la ciudadanía es un elemento unificador que orienta políticas particulares pero sin perder el sentido de lo común. Que existe un ente superior, para muchos la Nación, que unifica más allá de las confrontaciones particulares derivadas de las diferentes identidades particulares.

Recientemente, un importante autor como Mark Lilla ha centrado en este hecho la razón por la cual los demócratas perdieron las elecciones presidenciales frente a Trump cuando todo apuntaba a una clara victoria de su candidata. Según Lilla, los demócratas han dejado de prestar atención en sus discursos a lo que une a todos los ciudadanos, a aquello que todos tenemos en común, para centrarse solo en aquello que nos diferencia, colectivo a colectivo. Con ello, la identidad colectiva ha desaparecido absorbida por decenas de identidades particulares, muy importantes todas ellas pero que ninguna, por sí sola, es capaz de configurar un proyecto común para todos los ciudadanos.

A diferencia de lo ocurrido durante los años del Movimiento por los Derechos Civiles cuando se exigía que las minorías (los negros principalmente) tuvieran los mismos derechos que el resto porque todos compartían algo superior, la misma ciudadanía que les unía a todos como americanos, los movimientos actuales de la identidad, insiste Lilla, se hacen fuertes en reivindicar sus diferencias aun a costa de perder aquello que les une con todos los demás. Se convierten, pues, en movimientos que se dirigen a sí mismos, carentes por tanto de un proyecto común que vaya más allá de sus particularidades identitarias propias, corriendo el riesgo de convertirse en movimientos excluyentes que buscan su derecho a ser como son, en lugar de buscar el mismo derecho a la diferencia que nos une a todos como ciudadanos.

Se trataría de minorías de confrontación que renuncian a crear nada común sobre la base de algo más general que nos una a todos. Esa dinámica entrópica en la que desaparece la idea de un “nosotros” global, ha podido dar lugar a tensiones identitarias entre diferentes minorías particulares que, en el caso de varios países, están despertando el populismo de una extrema derecha que ve en Trump a su referente

internacional. En esa era de la identidad particular, donde se reduce hasta casi desaparecer el espacio del discurso dirigido al conjunto de la nación y a los intereses generales como ciudadanos, se mueve mejor la derecha que la izquierda.

Al menos, también ha llegado a esta conclusión otro de los mejores intérpretes de la importancia adquirida por la identidad en los tiempos actuales. Nos referimos a Francis Fukuyama, quien señala que “la demanda de reconocimiento de la identidad de cada uno es un concepto maestro que unifica gran parte de lo que está sucediendo en la política mundial en nuestros días” (*Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*). Y ello agudiza las confrontaciones porque los problemas de identidad difícilmente se pueden negociar, como ocurre con los problemas sociales, partiendo las diferencias. Aquí, o me reconoces o no me reconoces, pero sin términos medios como acostumbra a suceder en los procesos de negociación política en democracia. Ello hace que “el resentimiento por las humillaciones también ha sido una fuerza poderosa en los países democráticos”.

Así, esta crisis de identidad conduce en la dirección opuesta “a la búsqueda de una identidad común que una al individuo con un grupo social”. Por eso subtitula su artículo “El nuevo tribalismo y la crisis de la democracia”. Porque insiste en que “diferentes grupos han llegado a la conclusión de que sus identidades –sean nacionales, religiosas, étnicas, sexuales, de género u otras- no están recibiendo un reconocimiento adecuado” y como consecuencia “las sociedades democráticas se están fracturando en segmentos basados en identidades cada vez más pequeñas, poniendo en riesgo con ello la posibilidad de establecer un proceso de deliberación sobre la acción colectiva de la sociedad como un todo”, al haber perdido la referencia a una identidad humana universal que nos une como sujetos de los mismos derechos.

Por ello, “el principio de reconocimiento igual y universal ha mutado en un reconocimiento especial de grupos particulares”. En ese contexto, la percepción de la invisibilidad es clave para determinar decisiones políticas hasta el punto de que “ser pobre es ser invisible a los ojos de

los demás seres humanos y la indignidad de esa invisibilidad resulta, a menudo, peor que la falta de recursos”.

9. Libertad, Igualdad, Fraternidad y principio de la diferencia

Si aceptamos que existe una característica principal capaz de ordenar las diferencias que conviven en todo colectivo humano y aceptamos que se opta por buscar fórmulas que nos permitan convivir juntos, a pesar de las múltiples brechas en torno a las que nos podemos agrupar los humanos, el siguiente paso será discutir cómo se establecen esas reglas capaces de ordenar una convivencia que vaya más allá de la fuerza por sometimiento o del aislamiento en guetos. Reglas que permitan trabajar juntos, a pesar de nuestras diferencias respecto al sexo, la raza, la ideología o la religión.

A partir del momento en que la respuesta a la existencia de otros con características diferentes a las nuestras es trabajar juntos, porque definimos algo que nos une por encima y con más fuerza centrípeta de aquello que nos separa, la siguiente pregunta es cómo establecemos esas reglas de convivencia entre diferentes. Para algunos, la respuesta a esta pregunta hay que buscarla fuera del ser humano, en aquello que diga la religión como expresión del mensaje divino y su adecuada interpretación por aquellos acreditados debidamente para ello: la Iglesia o los sacerdotes. Así, las reglas religiosas no serían sólo unas normas de conducta individual válidas para los creyentes, sino que servirían también para organizar la convivencia social. Se entiende rápido que esta respuesta puede funcionar en sociedades con religiones homogéneas pero que es más difícil de hacer operativa en sociedades pluri religiosas que pueden encontrar reglas que chocan entre sí.

La segunda respuesta a esta pregunta, aunque no recurre a los dioses, también hurta al ser humano capacidad para establecerse sus propias reglas de conducta y convivencia, dejándolas en manos de la evolución social y de la historia, un poco a modo del evolucionismo darwiniano y su

teoría de la selección natural o siguiendo el principio de la mano invisible que, según Adam Smith acaba equilibrando los mercados de bienes y servicios: las instituciones sociales que existen hoy se han decantado, con ajustes, a lo largo de muchos siglos de prueba y error, demostrando con su supervivencia su superioridad frente a otras formas de organización social que puedan ocurrírsele a los seres humanos; las cuales, o bien han sido descartadas a lo largo de la historia o, si no se han experimentado, son inventos de una razón humana excesivamente presuntuosa (la “fatal arrogancia” de la razón, en palabras de Hayeck). La historia demuestra que los experimentos sociales provenientes de la intención humana de modificar voluntariamente y, a menudo, por la fuerza, lo que ha decantado la historia, han terminado muy mal, sea el nazismo o el comunismo. Este enfoque evolucionista, como en el caso de Darwin, no se plantea la cuestión de si las instituciones existentes son justas y equitativas o no, ya que su objetivo es ser eficaces, no tanto ser moralmente buenas. A este enfoque podemos llamarlo conservador porque defiende lo existente como la mejor solución a los problemas del orden social y critica, como peligrosos, todos los planteamientos de reforma consciente por parte de los seres humanos.

La tercera respuesta sería la única que establece y afirma la centralidad de los seres humanos a la hora de establecer las reglas de convivencia entre diferentes de las que se quieren dotar, en base a su razón y a su libre albedrío. Pondríamos su fundación en el movimiento de la ilustración en los siglos XVII y XVIII con dos momentos históricos de referencia: la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y, años después, la Revolución Francesa, que sintetizó los principios básicos para la convivencia humana en la conocida tríada de libertad, igualdad y fraternidad, aún hoy pendiente de su plena realización en nuestras sociedades modernas, incluso de su adecuada definición, como veremos brevemente a continuación: libertad, ¿para qué?, igualdad, ¿de qué?, fraternidad, ¿entre quienes?.

Durante años, incluso en la misma Francia revolucionaria, la mayoría identificaba libertad con libertades políticas: de expresión, de reunión, de

manifestación, de representación, de religión o de pensamiento. Principios convertidos en derechos a los que (casi) todos debían tener acceso sin que dependiera de la clase social en que hubieran nacido. Así, frente a los derechos hereditarios de la sociedad feudal que excluían a una amplia mayoría, estos derechos políticos eran iguales para (casi) todos, nobles, burgueses o campesinos, haciendo que la soberanía de la nación emanase del pueblo. Este planteamiento hacía saltar por los aires a la autoridad única de los reyes procedente, hasta entonces, de “la gracia divina” y a los derechos hereditarios exclusivos de la nobleza, al principio solo se defendió para hombres con determinadas propiedades mínimas, excluyendo a los más pobres y a todas las mujeres. A pesar del carácter revolucionario de las libertades políticas como principio de convivencia, el camino hasta el sufragio universal pleno fue largo y tortuoso. Como también lo fue la ampliación del concepto de libertad hasta extenderlo a otros derechos, los sociales, a los que todos los seres humanos tenían derecho con independencia de su posición en el orden social.

Esta revisión y ampliación del concepto de libertades, extendiéndola desde el ámbito político al social, fue posible gracias a la lucha sindical y al movimiento socialdemócrata que generalizó como derechos, después de la II Guerra Mundial, la cobertura universal frente a riesgos ciertos que pueden estar muy mediatizados en sus consecuencias según hechos fortuitos, que no dependen de la voluntad de los individuos, como el haber nacido en una familia rica o en una pobre: la educación, la sanidad, las pensiones, lo que conocemos como Estado del Bienestar.

Desde entonces, el concepto de libertad hay que entenderlo como que la libertad es la posibilidad real de que los individuos puedan llevar adelante sus proyectos de vida sin restricciones o dominaciones ajenas a sí mismos. Esta es la visión que defienden, también, aquellos que creen que lo primero para ser libres es no morir de hambre y, por tanto, defienden una libertad real para todos en base a una Renta Universal Garantizada. (ver el Informe “Reforzar el bienestar social: del ingreso mínimo a la renta básica”).

En el mismo sentido, uno de los filósofos políticos más influyente de nuestro tiempo, John Rawls, no sólo menciona que para que exista libertad hace falta dotar de condiciones materiales mínimas e iguales para todos los seres humanos, sino que en uno de sus principios básicos de una “sociedad justa” establece, como consecuencia de un proceso de discusión racional entre seres humanos, la redistribución de renta en beneficios de los menos favorecidos (principio de la diferencia).

La libertad, así entendida, tiene mucho que ver con el segundo principio de ordenación social establecido en la revolución francesa: la igualdad. Pero, ¿igualdad, de qué? ¿En qué tienen que ser iguales los miembros de la comunidad? En primer lugar, tienen que ser iguales en los derechos políticos y sociales que constituyen las condiciones materiales de la libertad. Este punto, no menor, establece un vínculo muy estrecho y especial entre libertad e igualdad, dos principios sobre cuya preminencia ha habido mucho debate a lo largo de los años. Así, se decía que los más conservadores defendían antes la libertad que la igualdad, mientras que los más progresistas hacían lo contrario. Con la definición de libertad que hemos dado, y que es la comúnmente aceptada hoy en día por la mayoría de filósofos políticos, dicha antítesis se mitiga mucho, ya que no puede haber verdadera libertad si no hay un grado mínimo de igualdad entre los miembros de la comunidad. Al menos, igualdad de acceso a los bienes políticos, sociales y comunales.

Parece razonable, también, que todos los miembros de la comunidad gocen de una igualdad de oportunidades. Es decir, sería exigible una verdadera igualdad de partida y no tanto una igualdad de resultados. Sólo una igualdad al inicio de la vida permite establecer la responsabilidad de los individuos a la hora de aprovechar sus capacidades y las oportunidades que la vida les vaya dando. Si queremos aplicar el viejo principio defendido por Marx para caracterizar una sociedad “justa”, comunista en su terminología, de que cada uno debe aportar según sus capacidades y recibir según sus necesidades, ello sólo será posible si hay una igualdad de oportunidades inicial que no haga depender el despliegue pleno de las capacidades de los individuos de hechos que no dependen

de su voluntad, como la familia en la que nacen. Sobre todo, cuando hay evidencias suficientes en el sentido de que no sólo la riqueza se hereda sino que, en sociedades con brechas convertidas en muros, la pobreza también se hereda. A título de ejemplo, así lo señalan estudios de la OCDE que demuestran que los alumnos pobres repiten curso cuatro veces más que los de familia con más recursos reduciendo, con ello, sus posibilidades de superar la pobreza familiar mediante su progresión social a través del estudio.

Establecer una verdadera igualdad de oportunidades en el inicio de “la carrera” de la vida, removiendo los obstáculos sociales existentes es, por otra parte, la única manera real de exigir responsabilidades a los individuos y hacerles partícipes de los frutos de sus esfuerzos personales. Así, en el caso de que haya ayudas públicas compensatorias (formación profesional para parados, por ejemplo) la comunidad tiene la obligación de proporcionar la ayuda a quien la necesite, pero la persona que la recibe tiene también la obligación de aprovechar al máximo dicha ayuda, evitando caer, como tantas veces ocurre, en las redes de las ayudas sociales que acaban perpetuando el estado de pobreza que, se supone, tenían que eliminar. Si la política de igualdad debe concentrarse de manera desigual en los menos favorecidos, estos tienen la obligación frente a la comunidad de utilizarla como trampolín para salir de su situación.

Junto a esta igualdad de oportunidades, o de recursos, que busca rectificar el azar de aquellas circunstancias no elegidas por el sujeto pero que influyen directamente sobre sus resultados, se encuentran también la igualdad de bienestar y la igualdad de capacidades. La igualdad de bienestar, de raíz utilitarista, busca elevar el bienestar social medio a través de políticas controladas de redistribución de rentas desde los más ricos hacia los más pobres en base a la idea de que existe una utilidad marginal decreciente. Por su parte, la igualdad de capacidades desarrollada por el premio nobel de economía Amartya Sen, va más allá de los recursos y de la renta para incluir otros aspectos esenciales que influyen de manera decisiva en la vida de las personas como, por

ejemplo, acceso a la sanidad, seguridad vital, etc. Aspectos que influyen en la posibilidad de que las personas desarrollen todas sus capacidades. Esta interpretación se basaría en el conocido refrán que dice “no me des pescado, enséñame a pescar” y luego, déjame hacerlo.

Y así llegamos al tercer principio ordenador de una sociedad justa, el peor entendido de todos, la fraternidad (que no se puede sustituir por solidaridad como a menudo se ha hecho desde la izquierda). Fraternidad, ¿entre quienes? ¿Quiénes somos la comunidad, ese “nosotros” entre los que debe regir la regla de considerarse hermanos, unidos por un vínculo fraterno? Como hemos señalado arriba, la definición del demos, de la comunidad de referencia, es esencial para entender las cosas.

Algunas ideologías lo fundamentan en la diferencia, en aquella característica que nos separa de otros colectivos que no la poseen. Por ejemplo, haber nacido en un territorio geográfico concreto, tener un determinado color de piel, un sexo o una religión. Son enfoques excluyentes, que definen a la comunidad por oposición frente a quienes no tienen determinadas características y que, con demasiada frecuencia a lo largo de la historia, han reforzado sus lazos fraternos desatando conflictos e incluso guerras con quienes no forman parte de su comunidad al tener otras características diferentes. Así, el nacionalismo, el racismo, la xenofobia, el machismo se erigen sobre la diferencia y se construyen buscando un enemigo.

Por el contrario, como hemos visto, también se puede organizar la comunidad, la fraternidad, sobre aquello que nos une por encima de las diferencias y de las fronteras nacionales. Por ejemplo, formar parte de los seres humanos. En el sentido aquí referido de principio de ordenar la sociedad, la fraternidad se aplica sobre todos los que están unidos en torno a los principios de libertad e igualdad, a las reglas democráticas en una especie de “patriotismo constitucional” (Habermas). Así entendida, la fraternidad dota de identidad racional al colectivo y ofrece al individuo acomodar su sentimiento de pertenencia al de una ciudadanía democrática regida por principios racionales de convivencia. En consecuencia, quedan excluidos de esta fraternidad aquellos que no

compartan o vulneren los principios de libertad e igualdad aquí reseñados y alcanzados mediante la razón dialogada y los procedimientos democráticos.

Como se ve, en la forma racional de organizar la convivencia entre diferentes de una manera fraterna, la igualdad de derechos es plenamente compatible con la diversidad de características o de pensamientos. Y la fraternidad, así entendida, permite incorporar los sentimientos, tan importantes en la vida humana, de una manera que aun yendo más allá de la razón, no se constituyan, como a menudo ocurre hoy en día, en avanzadillas de un asalto a la razón en toda regla. La fraternidad, pues, elimina las actuales fronteras nacionales basadas en un hecho fortuito e involuntario, como es nacer aquí o allí, y elabora nuevas fronteras basadas en la decisión racional y voluntaria de respetar unas normas democráticas de convivencia.

Por tanto, una sociedad de diversos, que quiera respetar los sentimientos de pertenencia, sin que ello sea incompatible con organizarse en base a principios racionales que le permitan ser justa o considerarse como decente, debe tratar igual a los iguales y desigual a los desiguales. Es decir, debe proteger de manera preferente a quienes son diferentes, a los disidentes de la “norma”, para integrarlos en base al principio de fraternidad. Eso es así porque se valora la cohesión social como un valor esencial de convivencia y, por tanto, se combaten las brechas sociales que puedan existir porque amenazan la convivencia pacífica y democrática. Las brechas, si se agrandan o se mantienen a lo largo del tiempo, acaban por ser incompatibles con la democracia (populismo, etc).

10. La desigualdad social como terremoto

Resulta difícil explicar la sorpresa con la que, a puertas de la segunda década del siglo XXI, vemos resurgir con fuerza dos problemas que

parecían propios del siglo XIX: el nacionalismo y la desigualdad social. El repliegue en la nación, el crecimiento del sentimiento nacional en plena era de la globalización y de las nuevas tecnologías de la conectividad mundial parece tan inexplicable como que en una sociedad humana que vive el mejor momento de bienestar y calidad de vida de su historia, vea cómo crece la desigualdad social y cómo la pobreza se cronifica incluso en sociedades ricas. Sobre todo cuando, a diferencia del siglo XIX donde se plantearon como alternativas – según hemos visto – ahora parecen, en gran parte, aliadas y reforzándose mutuamente.

Seguramente, tendremos que buscar en Haidt una explicación al hecho de que el repliegue en la nación como fortaleza sea la respuesta que encuentran muchos de quienes se sienten desplazados, marginados y olvidados, en un momento en el que estamos en pleno despegue hacia un mundo global, rico y tecnológico, visto como una distopía por un número creciente de ciudadanos en todo el mundo. Ello hace que la política en la era de internet se está desarrollando por unas sendas diferentes, incluso contrarias, a lo previsto hace unas décadas.

Haidt encuentra la explicación al “por qué la religión y la política separa a personas sensatas” en lo que denomina “la psicología moral subyacente”, que sería aquello que permite a los seres humanos, a la vez, cooperar y enfrentarse dado que “los seres humanos somos en un 90% chimpancé y en un 10%, abeja”. Y se basa en tres principios: 1. “La intuición viene primero, el razonamiento estratégico después”. 2. “Hay más en la moralidad que sólo prejuicio y justicia” y 3. “La moralidad une y ciega”.

El fenómeno mediático en que se ha convertido el economista francés Piketty ha contribuido a dotar de respetabilidad académica y relevancia política al hecho indiscutible del surgimiento de una desigualdad social creciente en nuestros días, que coexiste con el elevado nivel de vida y de bienestar que hemos alcanzado los seres humanos y con la reducción de la pobreza a nivel mundial gracias, sobre todo, a países como India y China. A la vez que repetimos que vivimos el mejor momento de la historia de la humanidad, de manera casi repentina se nos dice que la desigualdad entre los más ricos y los más pobres está aumentando, que

existe un elevado porcentaje de ciudadanos en los países desarrollados que viven bajo el riesgo de la exclusión social por sus bajos ingresos y que la clase media está desapareciendo en los países más desarrollados incrementando, con ello, la polarización social.

Aunque no todo el mundo admite los datos y hechos que prueban esta realidad, vamos a resumir aquello admitido por el consenso mayoritario de expertos, empezando por los más de cien agrupados para construir una Base de Datos sobre la Desigualdad que cubre a más de cien países, así como los derivados de los estudios realizados, al calor de la presencia pública del debate, por organismos como el Banco Mundial y la OCDE o por grandes empresas de consultoría como McKinsey & Company, poco sospechosos de antisistema. Así:

- ✓ El 1% más rico del planeta posee un 45% de la riqueza global, mientras que el 50% más pobre apenas si llega a poseer el 1%. Y esta desigualdad ha venido creciendo en las últimas décadas, de forma especial, desde la crisis de 2008, según dice el banco Credit Suisse en el informe que publica regularmente sobre el asunto. No es el único que señala esta realidad, más allá de diferencias en números o años concretos.
- ✓ La desigualdad entre países se ha reducido, sobre todo por el avance de India y China, pero ha crecido en el interior de los países, sobre todo, entre los más avanzados. Se calcula que tres cuartas partes de la desigualdad mundial actual se debe a la existente en el interior de cada país.
- ✓ La pobreza mundial se ha reducido, especialmente la pobreza severa, aunque ha subido en el antiguo primer mundo, con riesgo de cronificarse.
- ✓ La desigualdad es mayor si la medimos por la riqueza que si lo hacemos por la renta. Los ricos son más ricos hoy porque ha crecido el valor de su riqueza, en muchos casos heredada, y no tanto porque ingresen más por su trabajo. Ello es compatible con el hecho de que la desigualdad de rentas derivada del abanico salarial también se ha ensanchado en los últimos años.
- ✓ En los países de la OCDE la desigualdad ha crecido desde el año 2000 en los dos tercios de sus países. Casi la mitad de la población de los países avanzados cree que, en promedio, están peor que hace veinte años.

- ✓ Muchos y diferentes indicadores recogen el hecho del aumento de los niveles de pobreza en los países del G-7 desde un 23% de la población en 1985 hasta el 30% en 2016.
- ✓ El auge del populismo en los países avanzados ha sido alimentado por la tensión existente entre los objetivos proclamados de equidad en esos países y la realidad de ver cómo crece la desigualdad en su seno, a la vez que una mejora apreciable de la situación en los países más pobres.

Aunque en este estudio nos interesa solo el análisis de las brechas que están dado lugar a una desigualdad creciente, no tanto entre países, sino en el interior de los países desarrollados y, con ello, lo que organismos tan poco sospechosos como la OCDE han llamado el surgimiento de un fenómeno denominado “la menguante clase media”. (OCDE). Sobre todo, porque, en palabras de Rodrik, “la desigualdad refleja y se vive como una pérdida de dignidad” por los afectados.

Mucha gente, que solían creerse como parte de la clase media y fundamentaba en ello una parte importante de su identidad pública, ha perdido nivel relativo de renta, riqueza e influencia social. Como dice Fukuyama, “la amenaza percibida para el estatus de clase media puede entonces explicar el auge del nacional populismo en muchas partes del mundo durante la segunda década del siglo XXI. Así, “los ciudadanos resentidos que temen perder el estatus de clase media apuntan con su dedo acusador hacia las élites, para quienes son invisibles, pero también hacia abajo hacia los pobres, que sienten que no merecen atención y que son injustamente favorecidos” (Identidad). Y ello es así porque “un grupo humillado que busca la restitución de su dignidad tiene mucho más peso emocional que las personas que sólo buscan una ventaja económica”.

En esa misma dirección, por citar otro ejemplo, el Premio Nobel de Economía Branko Milanovic apunta: “es el gap entre las expectativas existentes en la clase media y el escaso crecimiento de sus ingresos lo que ha alimentado el malestar con la globalización y, por asociación, incluso, con el mismo capitalismo” (*artículo en The Guardian, 27 nov. 2019*).

La desigualdad no es un fenómeno nuevo. Pero su crecimiento agudo en los últimos años representa un fracaso del discurso económico y político dominante en Occidente, al menos, desde el fin de la II Guerra Mundial, que ha basado buena parte de su hegemonía en la convicción de que el crecimiento económico era suficiente, por sí sólo, para ir reduciendo tanto la desigualdad como la pobreza. Sin embargo, al menos desde 1980, hemos tenido crecimiento económico a pesar de vivir también algunas crisis, pero en el mundo desarrollado la desigualdad crece, la pobreza se estanca y la clase media se desvanece, como demostración de que el llamado ascensor social se ha averiado. Y ello, más allá de un problema económico se convierte en un problema social y político que afecta al sistema democrático tal y como lo conocemos.

Porque se puede establecer una conexión directa entre el aumento de la desigualdad y la cronificación de la pobreza, con el surgimiento de muchas de las brechas sociales que analizaremos aquí, con el desencanto de las clases medias con el sistema actual, con su desenganche, que está dando lugar al surgimiento del populismo autoritario y los riesgos para la supervivencia de la democracia liberal como la hemos conocido y defendido desde al menos 1945.

El pensamiento político y económico hegemónico en occidente en los últimos ochenta años ha usado el crecimiento económico como el bálsamo de fierabrás, la piedra angular sobre la que construir una sociedad moderna, democrática y cohesionada porque los frutos de ese crecimiento rebosarían entre todas las clases sociales de tal manera que las oportunidades de mejora estaban ahí, a disposición de quien quisiera aprovecharlas. Crecimiento económico, reparto del mismo, más igualdad de oportunidades (ascensor social) y democracia liberal con contrapoderes, han sido los cuatro ejes sobre los que se ha construido el mundo que conocemos en el que la cohesión social era un valor clave a defender. Y los cuatro están hoy en serio cuestionamiento por razones distintas, aunque interrelacionadas, lo que ha hecho saltar por los aires la cohesión social.

El primer cuestionamiento al crecimiento económico como objetivo incuestionado y único instrumento para mejorar el bienestar global ha venido del reconocimiento del hecho de que los recursos naturales básicos para conseguir ese crecimiento son limitados. Quizá el Informe del Club de Roma en 1974 (Los límites del crecimiento económico) puede ser citado como el ejemplo más evidente. Hoy dicha crítica ha mutado, ampliándose hasta constatar que este modelo de crecimiento es incompatible con la naturaleza, tal y como la conocemos, ya que está provocando un calentamiento global, aumentando la temperatura media del Planeta en varios grados como consecuencia de la emisión de gases de efecto invernadero, lo que está teniendo repercusiones graves sobre la población y costosas para la sociedad. Los informes del IPCC y los acuerdos impulsados por la ONU para encontrar medidas que reduzcan ese calentamiento (es ya imposible evitarlo), serían el ejemplo de lo dicho, ya que exigen cambios importantes sobre el modelo económico en vigor y sobre los pilares del crecimiento vigentes hasta ahora. Constatemos que, hasta ahora, la teoría económica del crecimiento ha considerado los recursos naturales o la naturaleza como un dato exógeno no limitativo a pesar de recordatorios de economistas heterodoxos como Boulding, que a mediados de los años sesenta ya advertía de los dos problemas fundamentales de la economía de la nave espacial Tierra: cómo obtener de manera ilimitada la energía necesaria y cómo deshacerse de los desperdicios generados.

La segunda crítica sobre un crecimiento económico supuestamente ilimitado, el cuestionamiento del modelo estándar, ha venido por una constatación: no se ha evitado la existencia de ciclos económicos que, con cierta regularidad, echan por tierra mediante crisis y recesiones una parte del bienestar conseguido. Ni la presencia del Estado como agente regulador de la actividad económica (keynesianismo), ni la exclusión del Estado dejando actuar plenamente a un mercado supuestamente autorregulador (neoliberalismo), han conseguido evitar los vaivenes económicos, los ciclos de auge y bajada, las crisis y las recesiones que reducen, de manera periódica, la magnitud del crecimiento económico.

La constatación de que la última Gran Recesión vivida en occidente a partir de la crisis financiera internacional desatada en 2008 con la quiebra de Lehman Brothers como epifenómeno y, sobre todo, las políticas puestas en marcha para hacerle frente, que han repartido sus efectos negativos de manera desigual entre clases sociales, ha sido fundamental para generar un desenganche generalizado con el modelo económico y social existente en nuestros países. Se acumula la evidencia de que los ricos, moviéndose en un mundo nómada donde la riqueza se distribuye mundialmente en función de las rentabilidades, han salido indemnes de la misma crisis que ha hundido el nivel de bienestar y, sobre todo, las expectativas de los trabajadores y de las clases medias, sedentarias, ancladas a la realidad de su nación de origen.

La evidencia de que la globalización, gran vector de supuesta riqueza hasta hace poco, tiene perdedores y ganadores, unido a la sensación de desamparo derivada de la inacción de los Gobiernos nacionales, cuando no la crítica abierta a sus políticas de austeridad aplicadas de manera desigual (para unos parece que sí hay rescates con dinero público, el mismo que se recorta para las políticas sociales), han sido claves para explicar la actual ruptura social y el desengaño con “el sistema”, entendido como el capitalismo globalizador más la democracia liberal, que se está traduciendo en el auge de un nacionalismo neo populista autoritario. Algo que parecía imposible hace escasamente una década.

El giro que ha transformado un modelo económico, social y político integrador, inclusivo y que hacía de la cohesión social un valor supremo, en otro del que se siente excluida y huye una parte importante de la población, se puede situar en los comienzos de la década de los ochenta cuando se ponen en marcha dos políticas en paralelo: la globalización de la economía, incluyendo la libertad de movimiento de capitales, junto al repliegue del Estado, asociado con los mandatos de Reagan en USA y de Thatcher en UK. Lo que se ha traducido en poner fin a los mecanismos existentes de reparto de la riqueza, de redistribución de los frutos del crecimiento, que durante tantos años habían formado parte de lo mejor de nuestra sociedad. Hasta entonces.

El salto dado en la globalización con la aceptación de la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio (en 2001, reconociendo su carácter de “economía de mercado” a pesar de que muchos pensaban que no reunía las condiciones adicionales que requería una competencia justa) creó una burguesía mundial, una élite global, mientras dejaba a los trabajadores anclados en sus países. Al final, y en contra de las predicciones de Marx eran los burgueses de todo el mundo quienes se unían. Y, además, casi en paralelo, se rompía los dos mecanismos fundamentales de reparto existentes hasta entonces: la negociación colectiva y las medidas estatales de redistribución de la renta.

Margaret Thatcher ganó las elecciones en Reino Unido en 1979 con un mensaje de enfrentamiento con unos sindicatos que llevaban casi un año bloqueando la vida de los británicos en lo que llamó “el invierno del descontento”. Pero, más allá del momento, la nueva primera ministra conservadora, la misma que creía que la sociedad no existe, que solo existen individuos cooperando gracias a los mecanismos del libre mercado, aplicó unas políticas destinadas a debilitar el papel de los sindicatos en su influencia sobre el mercado laboral y sobre el conjunto de la sociedad, a la vez que iniciaba el repliegue del Estado en su tarea redistribuidora.

Así, a la par que el presidente Reagan en USA, se liberalizó el mercado de trabajo reduciendo el peso negociador de los trabajadores y su influencia sobre las condiciones de la contratación, incluyendo la formación del salario, a la vez que se rebajaron los impuestos, se redujo su progresividad con el argumento de favorecer el ahorro (en forma de patrimonio y sucesiones) y que las rentas derivadas del capital no se podían controlar al estar globalizadas. Y, en paralelo, se recortaron las prestaciones públicas orientadas, fundamentalmente, a las clases menos favorecidas y a las clases medias.

Ese Estado democrático que recaudaba según el principio de que pagara más quien más tenía y gastaba en prestaciones universales (sanidad, educación, pensiones) que beneficiaban, sobre todo, a la clase media trabajadora, a la vez que concentraba acciones específicas para combatir

la pobreza, inició su retirada. Entrabamos, con ello, en otra etapa del desarrollo político y económico. Una etapa que nos ha llevado a donde estamos: unas elites que viven en un mundo global, unas clases medias en retroceso, importantes sectores sociales que se sienten olvidados, marginados, excluidos del futuro y una política nacional que parece haber dimitido de su tarea fundamental como el mecanismo para resolver problemas de los ciudadanos muchas veces generados en otras partes del planeta y sobre los que apenas sí tienen capacidad de influir a través de algunos órganos supranacionales. No es de hoy, por tanto, el origen de nuestros problemas. No podemos obviar este contexto histórico a la hora de entender lo que nos pasa: hemos pasado de una sociedad inclusiva en la que, se decía, las desigualdades y la pobreza se estaban reduciendo, sobre todo las no derivadas de opciones individuales, como consecuencia del crecimiento económico y las políticas de redistribución puestas en marcha por los estados nacionales, a otra sociedad en la que se constata que los ricos son cada vez más ricos, que una mayoría social percibe que está peor que hace dos décadas, es decir, en retroceso e invisible, y donde persiste una pobreza a la que no somos capaces de mirar a la cara, de eliminar ni tampoco de reducir con los mecanismos tradicionales, como han demostrado los ganadores del último Premio Nobel de Economía con su novedoso planteamiento de propuestas prácticas para combatir la pobreza a través de combatir sus síntomas externos. Y una sociedad en la que los gobiernos nacionales parecen incapaces de mantener la cohesión social, atadas sus manos como están por acuerdos multilaterales, decisiones supranacionales y reglas decididas en “lejanos” organismos internacionales de los que formamos parte, pero que parece que adoptan sus decisiones sin tenernos en cuenta.

Pero conviene señalar que el incremento de la desigualdad y la cronificación de la pobreza en el primer mundo no han sido algo inevitable o fruto secundario de las fuerzas ciegas del mercado o de la globalización. No. Ha estado causado por decisiones políticas concretas adoptadas a lo largo de las últimas décadas en base a una concepción de la sociedad y de su funcionamiento que renuncia a buscar de manera

consciente la cohesión social como pegamento fundamental de una estructura democrática del poder, de la ciudadanía y de su convivencia pacífica. Olvidando lo ya señalado por Aristóteles, en el sentido de que la pobreza alimenta los desórdenes en la comunidad, y que ha recordado recientemente el Nobel de la Paz Yunus cuando ha declarado que “la desigualdad es una bomba de relojería que debemos desactivar”.

No basta, por tanto, con cuestionar el crecimiento económico como concepto, ni hablar de sus límites naturales, ni criticar al PIB como medida insuficiente del bienestar social. La desigualdad hoy no es una cuestión que se pueda reducir sólo al ámbito del reparto de renta económica. Hablamos, también, del reparto de la riqueza, de las oportunidades, del aprovechamiento de las capacidades, de la presencia y de la influencia pública. De reconocimiento y de dignidad, en suma. Nadie quiere ser menos que nadie y todos quieren sentirse en pie de igualdad con el que más.

Nada de esto significa que todos los que manifiestan su malestar, a veces de forma violenta, en las ciudades del mundo entero, tengan razón en sus críticas o exigencias. Pero ayuda a entender el problema que es, siempre, el primer paso para intentar una solución.

De lo contrario, de no pelear por un nuevo sistema económico, social y político que ponga a la cohesión social en el centro de sus prioridades, avanzaremos hacia una situación peligrosa que empieza en democracias “irascibles” y puede derivar en lo que algunos han llamado “democraturas”, sistemas políticos que mantienen una apariencia formal de democracia, pero que en su funcionamiento real contienen elevados rasgos de autoritarismo y prácticas pseudo dictatoriales. Conforme las instituciones de control y contrapeso a los gobernantes quedan absorbidas por el poder ejecutivo, el gobierno deja de ser una institución que representa a todos los ciudadanos y se convierte en gobierno “de parte”, agudizando con ello la polarización social y la pérdida de valores democráticos.

El prestigioso instituto V-dem de la universidad de Gotemburgo que elabora anualmente un informe sobre la calidad de la democracia mundial habla de un proceso acelerado de “autocratización” que conduce a democracias electorales, pero ya no liberales. Sin salir de Europa, Rusia, Turquía, Hungría o Polonia podrían considerarse en este nuevo modelo a caballo entre las democracias tradicionales y las nuevas formas de totalitarismos como el caso chino.

Por último, no podemos perder de vista la repercusión sobre la desigualdad, las emigraciones y la pobreza está generando ya el cambio climático y sus efectos en forma de sequías, tormentas o fenómenos atmosféricos que son auténticas emergencias climáticas que afectan a un número creciente de zonas del mundo. El Banco Mundial, por ejemplo, ha calculado en 100 millones de personas en todo el mundo que están en riesgo de pobreza por el clima de aquí a 2030. Y, además, como señala James K. Galbraith, si no reducimos el enfado generado por la desigualdad mucha gente, en todo el mundo, se opondrá a la gran transformación que necesitamos hacer en nuestra manera de producir, distribuir y consumir para hacer frente al cambio climático.

11. España: La democracia del insulto, un espectáculo entre el telediario y el tuit

Las elecciones generales que siguieron al 15-M dieron la mayoría absoluta al Partido Popular. En los seis meses transcurridos entre la protesta de los indignados en la Puerta del Sol de Madrid, replicada en casi todas las ciudades de España, que tanta repercusión nacional e internacional tuvo y la celebración de las elecciones generales de noviembre de 2011, se produjo un importante vuelco electoral: el PP de Mariano Rajoy, con apenas el mismo número de votos que le llevaron a perder cuatro años antes, ahora subió 33 escaños, hasta superar la mayoría absoluta de la Cámara. Mientras, el PSOE, con Rubalcaba como

candidato, se desplomaba perdiendo más de cuatro millones de votos que fueron, en gran parte, a engrosar la abstención.

El enfado mostrado por buena parte de los votantes socialistas con la gestión que hizo el Gobierno Zapatero de las dos crisis consecutivas, la financiera de 2008 y la del euro de 2010/2011, llenó las plazas de España y vació las urnas de votos progresistas, desilusionados al grito de “no nos representan” lo que se complementaba con el relato de que para hacer políticas de “derecha”, no hacía falta partidos de “izquierda” gobernando. Pocas veces, hasta entonces, se había evidenciado una quiebra tan evidente entre representados y representantes en nuestra democracia, aunque muy polarizado en una zona del espectro político.

La expresión “PPSOE” se acuñó entonces con éxito, para señalar que las políticas aplicadas desde el Gobierno no eran tan diferentes entre los dos partidos mayoritarios. Sin esta idea presente y los efectos electorales que tuvo para ambos partidos, no se entenderá el proceso de radicalización que se produjo en el enfrentamiento entre ambos, a veces más aparente que real, pero de una gran virulencia que ha llegado, con facilidad, al insulto y la descalificación personal en la pelea mediática protagonizada por sus líderes. Sin esta necesidad acuciante de marcar distancias para recuperar el espacio electoral perdido no se entiende el momento socialista del “no es no”, con un Podemos subiendo, ni el actual momento de radicalización extrema del PP, con un Vox en alza.

Hubo que esperar cuatro años más para que se produjera otro vuelco que afectaba de manera directa a nuestro modelo parlamentario hasta la fecha. Y fue un vuelco bifronte: las elecciones de 2015 tradujeron en votos y escaños ese movimiento de enfado/desafección hacia el PSOE. Apareció una nueva formación política, Podemos, que sumó un 20,6% del voto cuando el PSOE estaba en el 22,01%. Por el otro lado del espectro, el PP sufrió también un fuerte desgaste electoral como consecuencia, principalmente, de los escándalos de corrupción que empezaron a aflorar de manera generalizada y perdió tres millones de votos que son poco menos que los que consiguió otra fuerza política que hacía su estreno a escala nacional: Ciudadanos con un 14% de votos.

El resultado evidente fue el fin del bipartidismo imperfecto que ha definido nuestra democracia desde el principio. Si en 2008, PSOE+PP aglutinaban el 80% de los votos, en 2015 apenas si superaban, juntos, el 50%. Sin embargo, con ser esto muy llamativo, lo más importantes es recordar el nuevo marco político que se creó a raíz de los relatos que echaron a rodar, con gran éxito, las dos formaciones nuevas que, teniendo algunos puntos en común, estaban enfrentadas por dos visiones radicalmente opuestas de la acción política.

En común, dividir entre “vieja” y “nueva” política (al estilo orteguiano), acusando de todos los males al “bipartidismo”, considerado una misma e indiferenciable cosa: el PPSOE. Desde ese punto de vista, bastaba con su mera presencia para romper con las viciadas normas del viejo poder, introduciendo un potente aire regenerador en la vida política. Sin bipartidismo, las cosas serían muy distintas y la nueva clase política surgida de las grietas del anterior modelo traería mayor honestidad, transparencia y proximidad a los “verdaderos” intereses y preocupaciones de los ciudadanos.

Como diferencias más destacadas, un Podemos, entonces, totalmente enmarcado en el pensamiento populista (la casta, los de arriba, la gente, el pueblo etc.), abriendo espacios para la democracia directa como forma de superar los problemas de representación, apelando a la “patria” y buscando más culpables que soluciones (el “régimen del 78” como origen mítico de todos los males de la patria). Son los momentos en que todas las referencias culturales del discurso de Podemos se sitúan en el ámbito de la extrema izquierda, pero sus líderes mantienen la ambigüedad de haber “superado” la confrontación izquierda/derecha. Aunque en sus orígenes, Podemos era un prototipo de populismo radical, poco a poco se fue imponiendo la visión de extrema izquierda clásica, incluso en lo relativo a las “purgas” internas de dirigentes y el culto al líder.

Ciudadanos, por su parte, vinculado explícitamente a un liberalismo progresista de raíz europea, enmarcaba su propuesta en recuperar lo mejor de nuestra historia reciente: el consenso constitucional. A partir

de ese talante dialogante, a izquierda y derecha, e integrador, desplegaba todo un programa reformista y democratizador, centrado en la honradez y la política como servicio público. Mantenía su confrontación de origen con el nacionalismo periférico dando pie a la articulación política de un nacionalismo español orgulloso de serlo en Europa. Parecía, entonces, que por fin había triunfado en España una fórmula de partido bisagra de ámbito nacional, fórmula que ya fracasó con Suarez (CDS), Garrigues-Roca (P. Reformista) y Rosa Díez (UPyD).

La relación entre los nuevos protagonistas era, a veces de cordialidad cuando criticaban a la “vieja política” del bipartidismo y proponían una regeneración democrática, mientras que otras, era de fuerte confrontación al representar modelos radicalmente distintos sobre aspectos sociales o económicos. Es indudable, sin embargo, que el surgimiento de ambas fuerzas parlamentarias renovó el discurso, el relato político español tanto sobre el presente, como sobre el pasado (transición democrática) y ayudó a reconducir la desafección ciudadana hacia los cauces de la democracia representativa que, a la vez que seguía siendo objeto de multitud de críticas, se veía reforzada en la práctica con la presencia en las instituciones de fuerzas “regeneradoras” de tan amplio espectro.

En apenas cinco años confluyeron, por primera vez en España, dos de las mayores crisis de toda nuestra etapa democrática: una profunda crisis económica y social que cuestionó buena parte del relato vigente, acompañada de una profunda desafección ciudadana, común a otros países, respecto a la capacidad de ofrecer soluciones cohesionadoras por parte de un entramado político tan enfrentado entre sí, como afectado por la corrupción.

Baste recordar que la crisis económica de finales de los 70 del siglo pasado estuvo acompañada de la transición a la democracia y los primeros pasos de la nueva constitución; la posterior de los 80, se gestionó desde un Gobierno socialista que no perdió su mayoría absoluta en toda la década y la crisis financiera recién acabados los eventos del 92, aunque ya salpicada por la polarización política del “váyase señor

González”, se produjo en medio de la euforia desatada por la caída del comunismo, los éxitos de España en la organización de la Expo y las Olimpiadas y el avance en la construcción europea que supuso la aprobación del euro.

Ahora, no. Una parte importante de votantes se sintieron abandonados por sus políticos y otra, traicionados por los suyos, aunque solo se conocía entonces la punta del entramado de corrupción que, además, empezaba a salpicar a la Casa Real provocando la abdicación del Rey Juan Carlos en su hijo Felipe VI, en junio de 2014. Y todo ello produjo el revulsivo social que fue el 15-M y el posterior terremoto electoral con el fin del bipartidismo y el surgimiento de dos fuerzas nuevas que suscitaron una gran corriente de ilusión y confianza de la que, como veremos, no supieron estar a la altura. En palabras de González Férriz: “El 15M es una generación mirando al abismo que se dice: el relato con el que has sido educado, es falso. No está asegurado que cada generación viva mejor que la anterior, ni que nunca te caes de la clase media” (Entrevista en Letras Libres. Junio 2021).

Entre 2015 y 2019 vivimos un cuatrienio de vértigo donde saltaron muchas cosas por los aires:

- ✓ Es la primera vez que el bipartidismo pierde la mayoría de votos al quedarse por debajo del 50%, cuando hasta entonces se había situado en el entorno del 75-80%.
- ✓ Es la primera vez que hay una fragmentación tan grande en el Congreso y entre fuerzas tan enfrentadas que ni dialogan entre si.
- ✓ Es la primera vez que un candidato renuncia a presentarse a la investidura tras haber ganado las elecciones y habérselo solicitado el Rey.
- ✓ Es la primera vez que un candidato a la investidura es rechazado por el Congreso en primera y en segunda vuelta, forzando una repetición electoral.
- ✓ Es la primera vez que un gran partido como el PSOE, fuerza la dimisión de su Secretario General y candidato, con el añadido de que había sido

elegido por primarias y la censura se la hace el Comité Federal del Partido.

- ✓ Es la primera vez que el primer partido de la oposición se abstiene con el objeto de que sea elegido Presidente del Gobierno quien ha obtenido mayor apoyo, aunque no sea suficiente.
- ✓ Es la primera vez que un líder político obligado a dimitir por lo suyos y que abandona su escaño parlamentario, regresa al liderazgo tras volver a ganar otras primarias en su partido.
- ✓ Es la primera vez que se aprueba la aplicación del artículo 155 de la Constitución para suspender la autonomía en Cataluña, tras una declaración unilateral de independencia aprobada por su Parlamento, en cumplimiento de un referéndum ilegal.
- ✓ Es la primera vez que representantes políticos son procesados y condenados a prisión por estos actos contrarios a la Constitución.
- ✓ Es la primera vez que triunfa una moción de censura contra un Presidente del Gobierno.
- ✓ Es la primera vez que se condena judicialmente a un partido de gobierno por corrupción.
- ✓ Es la primera vez que la extrema derecha obtiene grupo parlamentario en el Congreso.
- ✓ Es la primera vez que un Presidente en funciones y candidato más votado en las elecciones, no obtiene la investidura, forzando una nueva convocatoria electoral.
- ✓ Es la primera vez que se forma un Gobierno de coalición en España.
- ✓ Es la primera vez que se efectúan cuatro elecciones generales en el espacio de cuatro años (2015; 2016; 2019 abril; 2019 noviembre).
- ✓ Es la primera vez que la distancia ideológica percibida por los ciudadanos entre quien ostenta la Presidencia del Gobierno y el líder de la oposición, es tan elevada. Este dato no se puede entender sin recordar el daño electoral que ambos partidos sufrieron tras la campaña de la “nueva política” en el sentido de que, en el fondo, eran lo mismo: el PPSOE, y hacían lo mismo.

Demasiadas cosas, por primera vez, en tan corto espacio de tiempo que, además, se vio bruscamente interrumpido por la pandemia que actuó como acelerador de las tensiones existentes. Una montaña rusa que se ha cobrado varias víctimas, de manera destacada y llamativa los dos líderes nuevos, Iglesias y Rivera, que tantas expectativas levantaron con su aparición en el escenario político. Ambos, y no es casualidad, iniciaron su declive después de negarse a hacer lo que, en ese momento, se consideraba por la mayoría de la opinión pública, como lo razonable: apoyar la investidura de Pedro Sánchez. Iglesias arrastró a su grupo a votar en contra en 2016, tras un virulento discurso antisocialista donde llegó a sacar el asunto de los GAL, convencido de que una repetición electoral le proporcionaría el ansiado “surpasso” sobre el PSOE. Se equivocó (ver mi libro “Vetos, pinzas y errores. Por qué no fue posible un Gobierno del Cambio) y ello le costó romper con el núcleo fundador de Podemos y empujar a su grupo hacia un personalismo absoluto, que daba pasos para dejar de ser lo diferentes que prometieron ser y empezar a confundirse con la vieja “izquierda a la izquierda del PSOE”.

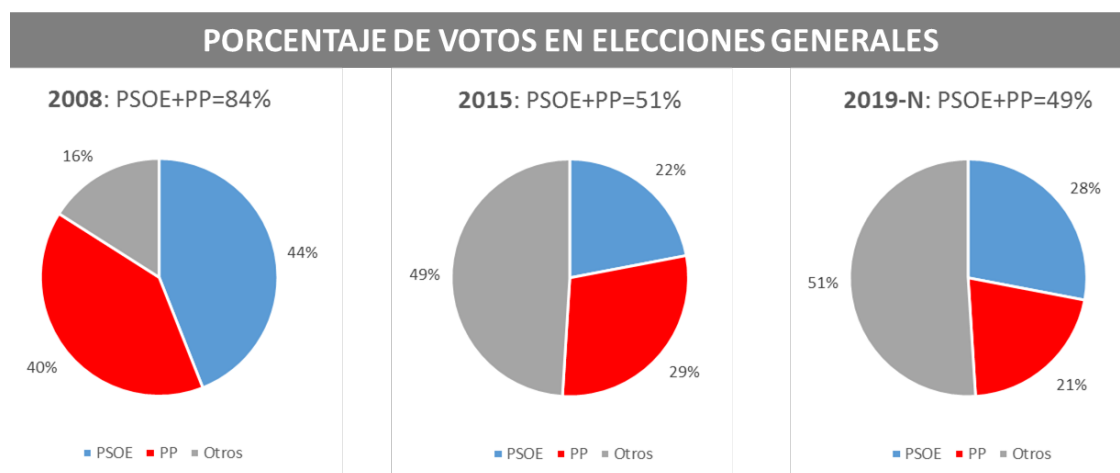
Rivera, cuando la corriente mayoritaria de opinión apoyaba un Gobierno reformista PSOE-Ciudadanos tras las elecciones de abril de 2019, se encerró en una negativa cerrada, cargada de resentimiento personal contra Sánchez que muy pocos fueron capaces de entender y apoyar. Algunos interpretamos que, más allá de sentirse engañado por Sánchez, tal vez durante las negociaciones de la moción de censura, Rivera fue víctima de quienes, desde encuestas de encargo, le calentaron la oreja con que podía aspirar a ser alternativa de gobierno y no solo partido bisagra. Se equivocó.

En ambos casos, podemos concluir que su declive empezó cuando dejaron de ser útiles para la regeneración política de la que hicieron bandera y empezaron a comportarse como cualquier otro partido político, anteponiendo sus filias, fobias e intereses partidistas frente a los deseos de una amplia mayoría de los ciudadanos que, en ambos casos, esperaban que facilitaran gobiernos de cambio. Uno de los autores que mejor ha contado este proceso, incluyendo los enfoques

diferenciales entre Podemos y Ciudadanos, concluye que: “La nueva política asume todo lo malo de la vieja, y viceversa” (R. González Férriz, “La ruptura, el fracaso de una (re)generación”. 2021).

La radicalidad en el discurso y en las propuestas con que se estrenó y mantuvo Iglesias durante buena parte de su carrera política, efectuado desde una autoproclamada “superioridad moral”, provocó el rechazo inicial en buena parte del socialismo y el conocido efecto acción-reacción en la derecha que fue derivando también su discurso hacia el extremo, alentada, luego, por el abierto antisanchismo de Rivera (llegó a hablar en el hemiciclo de “la banda de Sánchez”). Sin este caldo de cultivo, es difícil pensar que un grupo de extrema derecha como Vox hubiera aparecido con tanta fuerza. Si ya no se trataba de gobernar España desde la concordia, sino de dar la batalla político-identitaria, “sin complejos”, mejor el original que la copia popular, acusada por Vox de ser “la derechita cobarde”.

El cuatrienio de vértigo mantuvo un elevado nivel de participación electoral en las cuatro elecciones generales celebradas: en el entorno del 70%. Por tanto, los Parlamentos que resultaron eran, en cada momento, plenamente representativos de la ciudadanía. Representación que aparecía más fragmentada que nunca, con un menor peso relativo del bipartidismo y con un mayor número de partidos y grupos representados, incluso con un diputado.



Gestionar un nivel tan elevado de fragmentación del cuerpo electoral sólo se puede hacer de una manera sensata en democracia: negociar y pactar para ir fraguando mayorías parlamentarias suficientes para gobernar, como se venía haciendo cada vez que no había mayoría absoluta en las Cámaras (y lo hizo tanto el PSOE, como el PP). Esto no fue posible en 2016, ni en abril de 2019 (por eso se repitieron las elecciones) y fue posible en la moción de censura de 2018 así como, en la legislatura que surgió de las elecciones de noviembre de 2019.

Sin embargo, esta vez, la elevada fragmentación política respondía, además, al auge de dos hechos que adquirieron una hegemonía aplastante durante estos años: la identidad como valor social de reconocimiento y la confrontación sistemática como correlato político de la misma. La cuestión no era que la fragmentación respondiera al florecimiento de una pluralidad de identidades, sino que el discurso identitario se hizo hegemónico asentándose en una polarización excluyente que dificultaba los acuerdos y, cuando existían, eran descalificados con fuerza por unos adversarios que se deslizaban, peligrosamente, hacia la consideración de enemigos.

El espacio de la política se vio, así, cubierto de descalificaciones, resentimientos e insultos, fuertemente ampliados por los medios de comunicación y, todavía más, por el efecto “campana” de las redes sociales que tienden a simplificar en exceso y a reforzar las convicciones propias y a confrontarlas con las del adversario. Toda la complejidad de los problemas de una sociedad global del siglo XXI, tiene que caber en un tuit y eso solo es posible reduciéndolo a aplausos o abucheos, porque, además, se tiene que conseguir su minuto de espacio en el abarrotado mundo de la atención. Las críticas ya no solo es que fueran virulentas, sino que se dirigen a la persona y no tanto a sus propuestas o acciones. Estamos en una democracia del insulto lo que es, en sentido estricto, una contradicción en los términos.

Estamos, pues, ante un profundo deterioro de la democracia que, como se sabe, está formada por los usos y costumbres, tanto como por las leyes y normas. Negarle legitimidad a un Presidente del Gobierno

constitucional, llamándole “el okupa de la Moncloa” o criticar la gestión de la pandemia por parte del Gobierno acusándolo de ser el responsable de las muertes y, por tanto, “un asesino”, o situarlo declarativamente como enemigo de la Constitución de todos, puede no ser ilegal e, incluso, formar parte de la libertad de expresión, sobre todo de un parlamentario. Pero, además de ser objetivamente mentira, rompe los cauces por los que debe transitar el debate político democrático y radicaliza a los ciudadanos de una manera altamente peligrosa. Literalmente, se juega con fuego en un bosque seco y con temperaturas elevadas. Algo de lo que Trump dio sobrados ejemplos.

Como resultado de esta montaña rusa política, podemos mencionar tres datos: las políticas identitarias, versión excluyente, se han reforzado (algún partido político ha hecho de ello su seña de identidad); la tensión política que vivimos es máxima y se ha trasladado a una parte importante de los ciudadanos que confrontan, también entre ellos. Por último, una mayoría de ciudadanos analiza la situación como un juego endogámico de la clase política y convierte a “la política y los políticos” en el primer problema del país. Entre otras cosas, porque con esta actitud de confrontación radical sobre todas las cosas, sea los fondos europeos, la pandemia, la renovación del Poder judicial o la crisis de Afganistán, no es posible resolver los graves problemas que siguen atenazando a nuestro país y que para su resolución exigen grandes consensos en un clima de fuerte debate, pero de permanente respeto institucional.

La política se mueve, cada vez más, en una burbuja con sus propias reglas, donde prima la imagen, la comunicación, el titular y la apariencia más que la realidad. Es ya un lugar común señalar que los mayores estrategias políticos hoy, actúan como los guionistas de series televisivas, armando relatos que atrapen la atención de los ciudadanos con imágenes simples: una foto en Moncloa firmando algo, a lo que asisten grandes empresarios, es más importante que el contenido de lo firmado. O una ayuda aprobada en el BOE genera más publicidad que su letra pequeña que la hace, casi, inaccesible para sus supuestos

beneficiarios. Por el contrario, otra foto del Presidente del Gobierno en el avión oficial que han usado todos los Presidentes del Gobierno, sirve para acusarle de hacer lo que haga falta, con tal de “no bajarse del Falcon”, aunque esté yendo a Bruselas para conseguir fondos para España (¿recuerdan lo del “pedigüeño” cuando se consiguió el Fondo de Cohesión?). Así, entre un Gobierno del telediario y una oposición del tuit y del “no a todo”, están deteriorando nuestro sistema político democrático y conduciéndolo a un callejo sin salida, es decir, haciéndolo inútil para cumplir con sus objetivos de servicio a los ciudadanos en la defensa de un interés general que sigue existiendo. Cuando ni la pandemia consigue hacerles aunar esfuerzos y establecer un campo de colaboración leal y honesta, mal vamos.

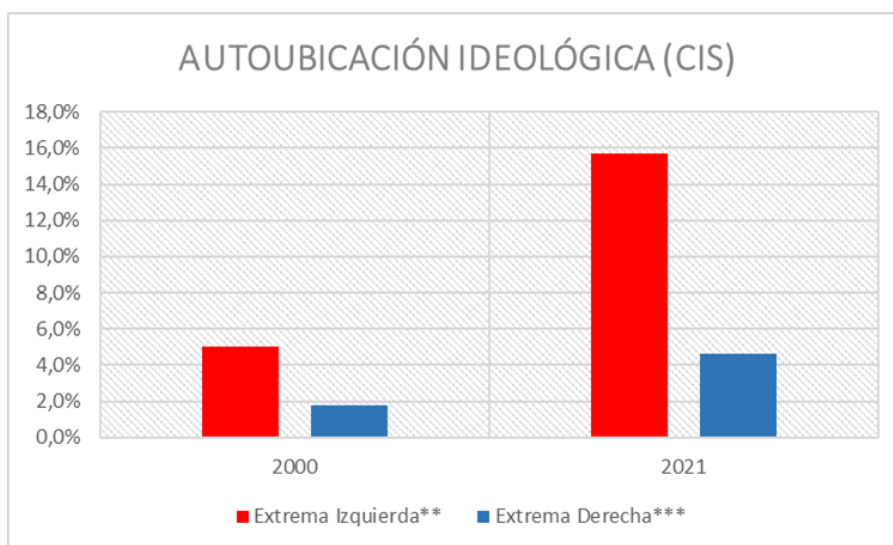
Están siendo años de crispación, con los políticos en la avanzadilla de la estrategia. Hoy en España la polarización social viene de arriba, abajo, como se demuestra cuando se organiza (esas cosas raramente son “espontáneas”) una gran confrontación política y mediática sobre un asunto y se hace evidente que la opinión pública no coincide, en ese caso, con la opinión publicada. Por ejemplo, cuando sacar la tumba del dictador del Valle de los Caídos se recibe por la ciudadanía con gran tranquilidad (¿indiferencia?), a pesar del circo político y mediático que rodeó la decisión y el acto. Momentos en los que, para muchos, se centra los esfuerzos en coger “el rábano por las hojas”, aunque, a veces, nos entren dudas sobre si, en verdad, hay rábano, o todo son hojas.

Es cierto que ha habido una radicalización política por parte de la ciudadanía. Si lo analizamos por el Barómetro del CIS, el cuadro de autoubicación ideológica de los ciudadanos ha experimentado, en los últimos veinte años, un ensanchamiento en los márgenes “extrema izquierda y extrema derecha”. Si en 2000, un 5% se ubicaban a sí mismos en la extrema izquierda y un 1,8% en la extrema derecha, en 2021 esos porcentajes eran, respectivamente, del 15,7% y del 4,6%. Los extremos han ganado posiciones a la vez que aquellos ciudadanos que dicen no tener simpatías por ningún partido político pasaban del

40% al 48%. Es decir, casi la mitad de los ciudadanos no manifiestan simpatías por ningún partido, aunque luego, muchos de ellos, votan.

Y cuando lo hacen, también se puede observar esa radicalización política de España experimentada en los últimos veinte años: en las elecciones generales del 2000, con Aznar arrasando, no hubo representación parlamentaria “a la derecha” del PP. Hoy, tenemos a VOX con un 15% de los votos. Mientras, lo que podemos agrupar como “a la izquierda” del PSOE tuvo en el 2000 un 7% de votos y ahora, en 2001, supera el 15%.

El mayor problema, sin embargo, no es que la opinión pública haya incrementado su desapego hacia los partidos en diez puntos porcentuales, o se haya radicalizado, tanto en sentimiento, como en voto. El problema es que esta huida hacia los extremos está tirando de los partidos tradicionales del bipartidismo, radicalizando sus mensajes y posiciones, comprando buena parte del “marco” mental político de los extremos y, con ello, haciendo muy difícil el diálogo transversal, los pactos y los consensos, incluso en aquello en que es imprescindible para



que el sistema democrático funcione adecuadamente.

Siguiendo con los datos del Barómetro del CIS, los ciudadanos se ubican, de media, en un 4,6 de una escala donde 1 es la extrema izquierda y 10 la extrema derecha, pero ubican a Sánchez a su izquierda (3,71) y a

Casado muy a su derecha (7,6). Nunca los ciudadanos habían tenido una percepción de que sus líderes principales estaban tan alejados, el uno del otro y esto ayuda a entender la crispación, aunque no la justifica. En paralelo, nunca antes había sido tan elevada y simultánea, la “poca o ninguna” confianza que los ciudadanos dicen sentir por los líderes políticos: el 70% no confían en el Presidente Sánchez y el 85,7% no lo hace en Pablo Casado, según el último Barómetro disponible cuando escribo.

Concluyendo este punto: se ha incrementado la desafección de los ciudadanos respecto a los partidos y a los políticos. Ha crecido la radicalización, a izquierda y derecha, del cuerpo social. Pero la traslación parlamentaria de estos procesos ha sido mayor. Los discursos “más a la izquierda” y “más a la derecha” se han impuesto en el escenario público, retroalimentándose y radicalizando a los partidos tradicionales que han reaccionado anteponiendo sus intereses de partido (autodefensa), a los intereses generales del país. A eso respondió el “no es no” a Rajoy de Sánchez, con el temor, creíble entonces, de que Podemos le superase en votos y responde ahora la oposición desabrida, furibunda y radical de Casado, cogido entre el fuego extremista de Abascal y el de Arrimada a quien los ciudadanos ubican, también, muy a la derecha (6,2), lejos de ese “centro” al que dijo aspirar.

Y ese defender su espacio los partidos principales, ante los tirones que reciben y los votos que pierden a izquierda y derecha, que podemos llamar partitocracia, es y ha sido el problema que ha esclerotizado nuestro sistema político de forma paulatina en las últimas dos décadas, arrinconando las políticas de consenso y la defensa del interés general como prioridad. Nuestro verdadero problema no fue el bipartidismo (en esto erraron el diagnóstico los “nuevos partidos de la regeneración”), sino la partitocracia que ha acabado por contagiarse, también, a las nuevas formaciones políticas que tuvieron su momento de gloria y, luego, como en el estrambote de Cervantes, “miró al soslayo, fuese y no hubo nada”.

No sé, hacia dónde evolucionará el momento político actual de España. Pero espero que no sigamos mucho más tiempo en esta dinámica basada, como el cuadro de Goya, en darse garrotazos para intentar imponer, cada uno de los bloques, al otro, su posición, cada vez más extremada. En un contexto mundial de crisis de la democracia y auge de las autocracias, estancarse en esa situación, es una irresponsabilidad de nuestra clase política cuyas responsabilidades públicas van más allá de sus propios y personales ombligos.

Tanto la vieja, como la autoproclamada nueva política, están ancladas en eslóganes que responden a enfoques del siglo pasado que han quedado vacíos de significado, más allá de una apelación identitaria residual. Al hacerlo, reducen en exceso el espacio disponible en el mercado de la atención pública a los nuevos problemas y enfoques del siglo XXI. Con ello, ponen en cuestión su propia utilidad para los ciudadanos, lo que se traduce en mayores niveles de abstención y, sobre todo, en un número creciente de personas que dan la espalda, aburridas, al debate político, salvo que se transforme en puro espectáculo televisivo que compite por la audiencia con otros realities.

Mientras tanto, seguimos sin resolver los problemas asociados a los fenómenos del siglo XXI. Por ejemplo, la nueva pobreza derivada de un modelo caduco de globalización o los que plantea mantener cadenas mundiales de valor sin que existan los correspondientes controles sobre las mismas con el resultado, como hemos visto durante la pandemia, que puede haber problemas graves de suministro de bienes esenciales, mientras los instrumentos de la política democrática se encuentran limitados por las impotentes fronteras nacionales. A modo de contraejemplo, la lucha contra el cambio climático plantea dificultades de aplicación, pero los objetivos aprobados por la Cumbre de París han sido adoptados de manera transversal por la mayoría de países y de fuerzas políticas, situándolo “más allá de la izquierda y la derecha” aunque, como tantas otras cosas, siga teniendo su grupito folclórico de negacionistas.

La revolución digital en marcha plantea importantes incertidumbres sobre las que escuchamos poco debate y propuestas por parte de los

partidos políticos. Las bases sobre la que se fundamentaba nuestra sociedad del bienestar del siglo XX están siendo sometidas a un profundo “meneo” digital, junto a la evidente atrofia del ascensor social y a la pérdida de la cohesión social como un valor superior en una sociedad democrática. Y, sin embargo, la quiebra y reconstrucción del pacto social en una economía digital, está ausente de los debates partidistas televisivos e, incluso, de los parlamentarios.

Las Tecnologías de la Información y de la Comunicación son un potente instrumento de transformación de nuestra manera de producir, vivir, trabajar, aprender, comprar o atender a nuestra salud. La revolución digital está ya cambiando nuestro modelo productivo y empiezan a cambiar nuestras relaciones sociales, cuestionando el marco operativo en el que hemos venido trabajando desde la II Guerra Mundial, incluyendo un Estado del Bienestar basado en realidades productivas, sociales y políticas que están saltando por los aires.

El cambio en el modelo de producción provocado por la irrupción de las nuevas tecnologías capaces de procesar un gran número de datos nos lleva a una nueva economía en la que el precio ya no es la variable principal (y casi exclusiva) para asignar recursos y equilibrar oferta y demanda, porque los algoritmos basados en inteligencia artificial permiten casar mejor los múltiples deseos del consumidor con las distintas características de la oferta. El mercado basado en el precio, la función del dinero, ahora digital y del propio capitalismo financiero construido sobre todo ello, se diluye a pasos agigantados a golpe de fintech, bitcoins, algoritmos y bizum.

La revolución digital ha provocado un tremendo terremoto económico y en las relaciones de poder social en el mundo. Lo podemos mirar tomando como termómetro la evolución de las diez empresas con mayor capitalización del mundo entre 1990 y ahora, señalando tres rasgos diferenciales. Hace treinta años, había seis bancos y sectores con una sola empresa eran: telecomunicaciones, informática, automoción y petróleo. En estos momentos, entre las diez mayores empresas del mundo, ocho son tecnológicas o su modelo de negocio está basado en la

digitalización, una es de automóviles eléctricos y otra de petróleo. El cambio es no menos llamativo en el desplazamiento por países donde se ubican sus sedes: mientras en los 90 del siglo pasado ocho eran japonesas y dos norteamericanas hoy, siete son de USA, dos Chinas y una de Arabia Saudita. Además, más del 50% del valor de capitalización hoy está formado por lo que se conoce como “intangibles”, una economía del conocimiento que era apenas reconocible hace treinta años.

Máquinas que aprenden solas con sus programas de inteligencia artificial conectados a otras máquinas y a bases con millones de datos que les permiten adoptar decisiones asignadas, hasta ahora, a la inteligencia humana. Ahora, nos dicen que lo único que tiene valor es el dato. Ese petróleo del siglo XXI del que se nutren, para aprender, los algoritmos de inteligencia artificial con los que ya convivimos y que se usan para predecir nuestra conducta e influir sobre ella. Y resulta que hay quién está dispuesto a pagar mucho dinero por nuestros datos, esos que producimos usted y yo, diariamente. Pero nadie habla de pagarnos nuestra parte del negocio –el pocito de petróleo que nos corresponde como productores de datos- sino que, con demasiada frecuencia, obtienen muchos de nuestros datos sin consentimiento y, a menudo, incluso sin saberlo, gracias al iphone con el que vivimos, dormimos, trabajamos, viajamos o nos divertimos.

Y esa es la actual cara B de la utopía con que nació la web y todo lo relacionado con los bits: si el motor que está haciendo funcionar esta revolución es el dato, las empresas dedicadas a obtenerlos estarán preocupadas por acceder a cuantos más datos y sobre cuanto mayor número de cosas, mejor. Pero esos datos son nuestros datos, los suyos y los míos, a los que, a veces, tienen acceso dentro de un aparente libre intercambio: tienes acceso gratuito a determinados servicios en la red, como la reserva de un restaurante o la lectura de un periódico, a cambio de que aceptes las “cookies”, es decir, cederles tus datos.

Pero la inmensa mayoría de las veces, ni es consentido, ni tan siquiera percibido, dando lugar a lo que se ha llamado “el capitalismo de la

vigilancia”, porque los datos extraídos mediante el proceso de “vigilancia” a que nos someten todos los aparatos digitales conectados a la red que nos rodean generan un mercado donde se cruzan grandes cantidades de dinero, porque debidamente tratados por el algoritmo permiten mejorar al propio algoritmo a la vez que conocer nuestras conductas para influir sobre ellas o, por qué no, manipularlas. Esa capacidad de manipular mediante el uso segmentado de la información que permiten hoy las nuevas tecnologías es lo que ha obligado, por ejemplo, a excluir de tuiters al anterior presidente Trump, que lo hacía de manera burda. Pero, ¿y si es una manipulación segmentada más sutil, enviada solo a quien ya saben, gracias al análisis de sus datos, que puede aceptarla porque refuerza sus prejuicios políticos o de consumo?

El propio concepto de empresa y el papel de las mismas en el mundo global del siglo XXI está siendo sometido, también, a profundas revisiones, algunas muy disruptivas hasta llegar a definir un nuevo modelo de capitalismo que algunos llaman capitalismo inclusivo, o capitalismo de stakeholders y otros llegan a hablar de capitalismo progresista, sin que el tema apenas haya interesado, hasta ahora, a los partidos políticos que optan por mirar para otro lado situado, siempre, en el pasado. Entre nosotros, el ex ministro popular Juan Costa acaba de publicar un interesante libro llamado “Multicapitalismo” basado en la existencia de cuatro formas diferentes de capital, cada uno con sus respectivos grupos de interés cuyas aspiraciones deben armonizarse en una estrategia empresarial compleja: financiero, intangible, social y ecológico.

El reconocimiento de que las empresas tienen una responsabilidad que va más allá del interés de sus dueños o accionistas y que, en consecuencia, no deben buscar únicamente maximizar sus beneficios a corto plazo, sino involucrarse de manera activa y medible en la lucha contra el cambio climático o en reducir la desigualdades sociales o en ser activos en políticas de integración, obliga a revisar las relaciones entre lo público y lo privado, entre estado y empresa en el marco de un nuevo paradigma que reconoce una suma positiva que rompe con los viejos

clichés sobre los que se sigue funcionando en nuestra política, basados en una supuesta y antigua relación de suma cero. Y, de igual forma, sitúa en un contexto diferente las relaciones entre empresas con propósito y sus trabajadores, no exento de conflicto, pero incorporando también una mayor corresponsabilidad, sobre todo, en el seguimiento de las nuevas actividades sociales de las empresas.

La pandemia está acelerando la historia. Corremos el riesgo de ser atropellados por un futuro que viene a gran velocidad. Y, mientras tanto, nuestro debate partidista sigue anclado en posturo, titulares enlatados y caricaturas de falsas soluciones a viejos problemas. Parecería que nos están ofreciendo una política low cost, que no está a la altura de los nuevos retos.

Una nueva generación ha entrado en la dirección del país. La generación que nació y vivió en democracia. Una nueva generación que tiene necesidad de nuevos relatos que le ayuden a entender la España en la que tienen que tomar decisiones. Nuevas historias y maneras de contarse el mundo que realcen su función social, dotándola de sentido trascendente más allá de su biografía personal. Y ahí es donde observo una brecha importante (no analizada aquí) entre aquellos que han encaminado su vocación y su trabajo hacia la política y lo público y quienes lo han hecho en otra dirección, sea la universidad, la investigación o el trabajo privado.

Ese cambio generacional se produce en un momento en que, en una década y dos crisis, España ha perdido la convergencia real con los países de la eurozona que tan laboriosamente había conseguido en los veinticinco años anteriores de integración europea. Nuestra renta per cápita vuelve a ser un 30% menor que la media de nuestros socios que, por cierto, también sufrieron una crisis financiera y, ahora, la Covid.

La pandemia ha agudizado problemas que la economía española viene arrastrando desde hace décadas y que actúan como un potente freno de mano a nuestro potencial de desarrollo. Mientras no seamos capaces de reconocerlos y de elaborar estrategias para superarlos, seguirá siendo

válido los discursos críticos del España como problema o, cuanto menos, el de los males de la patria, tan afines al pesimismo noventayochista del siglo XIX. La cuestión es que resolverlos no es fácil porque requiere, al menos, el mismo ímpetu reformista impulsado por similar consenso social y político que el existente durante el proceso de integración a la UE, sin duda, el gran periodo de cambios estructurales en un país cuyo último consenso nacional se alcanzó a principio de los 90 del siglo pasado, con el apoyo a la idea del euro.

Mi tesis es que nuestros males diferenciales, que no han impedido un tremendo avance en renta per cápita y en nivel de bienestar social respecto a la época de la dictadura, son sistémicos. Es decir, forman un todo donde se interrelacionan y refuerzan los elementos que lo componen. Y que se enquistan porque el abuso de la política como confrontación impide los acuerdos necesarios para corregirlos.

Por empezar por las personas, nuestro aparato productivo no es capaz de dar trabajo o todos los que desean y pueden trabajar, como demuestra el hecho de que en los últimos 40 años siempre, siempre, siempre, incluso en las épocas de gran bonanza vinculada a la burbuja inmobiliaria, nuestra tasa de paro ha estado por encima de la media comunitaria. Hoy trabajan en España siete millones de personas más que en 1976, al inicio de la transición política, para una población también muy superior, lo que desmentiría el mito del eterno retroceso (vamos siempre a peor). Lo que señalo es que nuestro desempeño económico, aun siendo bueno, ha sido peor que el de los países de nuestro entorno.

Además, nuestro tejido productivo mantiene un elevado peso relativo de empresas poco eficientes, de baja productividad y que solo son rentables sobre la base de precarizar las condiciones laborales de sus trabajadores. Es cierto que tenemos una capa de grandes empresas multinacionales, competitivas, innovadoras y que dan empleo al 41% de nuestros ocupados pero que, en realidad, son una importante isla de modernidad en medio de ese 98% de empresas de menos de 50 trabajadores donde predomina la temporalidad, contratos a falso tiempo parcial y salarios bajos, entre otras razones, porque carecen de una adecuada

representación sindical que fuerce una negociación equilibrada. Seis millones de trabajadores no tienen, por cuestiones legales vinculadas al tamaño empresarial, órganos adecuados de representación colectiva en sus centros.

Una parte, por tanto, de nuestros problemas laborales diferenciales, incluyendo una tasa superior de paro, la excesiva temporalidad o los bajos salarios vinculados con peores productividades, provienen del lado de la oferta. Según COTEC, este océano de pymes y microempresas no invierten en I+D, tampoco forman a sus trabajadores a la vez que tienen unas estructuras de capital débiles, con escaso pulmón financiero muy dependiente, además, de los bancos y con una gestión empresarial poco profesionalizada. Así, tenemos un tejido productivo dual, con unas empresas nómadas equiparables a las de cualquier otro país avanzado y otras sedentarias que crecen a la sombra de la protección estatal en forma de políticas más acordes con un contexto de menor desarrollo relativo.

Esta estructura económica bipolar ayuda a entender las tensiones a que están sometidas las familias. Por una parte, pieza esencial de la red privada de protección de los parados sin derecho a subsidio y por otra, tensionadas por unos ingresos medios bajos y muy desiguales, en parte por una menor incorporación de la mujer al mercado laboral, que dan como resultado que el 35% no puedan afrontar gastos imprevistos, el 34% no puedan salir de vacaciones ni una semana y que, en general, la tasa media de ahorro sea la mitad que la existente en el promedio de la eurozona que gozan de una renta media superior y de menores gastos al gozar de una mayor protección pública.

A partir de ahí, se entiende mejor nuestra elevada tasa de población en riesgo de pobreza o de exclusión social que alcanzaba los 12,3 millones de personas, el 26% de la población, ya antes de la pandemia, con una fuerte tendencia a la cronificación. Sobre todo, en dos colectivos: mujeres y niños. De momento, parece que el prometedor Ingreso Mínimo Vital no está siendo capaz de atajar este problema diferencial y ello está dando como resultado una escalofriante alza en el número de personas

que recurren, durante la pandemia, a las llamadas “colas del hambre” donde distintas ONG les proporcionan alimentos.

En coherencia con esta estructura empresarial poco dinámica y con estas familias sobrecargadas, nuestro aparato estatal es limitado en sus prestaciones y muy ineficiente. Los ingresos públicos respecto al PIB se sitúan siete puntos porcentuales por debajo de la media de la UE-15 mientras que el gasto lo hace cinco puntos por debajo. Es decir, por cada punto de PIB recaudamos menos ingresos públicos por dos razones: los tipos efectivos en los dos grandes impuestos, IRPF e IVA son menores, dada la elevada cifra de deducciones y exenciones, acompañado del hecho de que el fraude fiscal se da en mayor proporción relativa en nuestro país. El problema del gasto, por su parte, no es solo cuestión de un menor gasto social relativo, sino de una (casi) inexistente evaluación de su eficiencia. En consecuencia, arrastramos un déficit presupuestario estructural del entorno de un 2 % del PIB. Este estado débil explica por qué se erosiona la competitividad de las empresas someténdolas a costes superiores al canalizar vía tarifa eléctrica y cotizaciones sociales, la financiación de gastos que en otros países se cargar sobre los Presupuestos.

Problemas que se eternizan, discursos reciclados, soluciones que se repiten como fórmulas que no se aplican nunca, exceso de “hay que” y escasez de “cómo hacerlo”, dibujan un panorama que Ross Douthat ha denominado “La sociedad decadente” en libro reciente que va mucho más allá de España. Ahí puede estar el origen del proceso de deterioro de las instituciones y de la acción política que explica el auge del populismo. Cuando la razón ha dejado de solucionar problemas, cuando perdemos capacidad de pactar las reformas necesarias, entonces el asalto a la razón gana terreno como estrategia legitimada.

En las últimas cuatro décadas de democracia lo hemos hecho, como país, bastante bien. Pero otros, lo han hecho mejor. Y si queremos desatascar los problemas sistémicos que nos frenan, sobre todo en la perspectiva de la revolución verde y digital, debemos cambiar la estrategia, poniéndolos en el frontispicio del debate público y buscando aunar

grandes acuerdos entorno a aquellas soluciones conocidas pues solo así, seremos capaces de superar la inercia y vencer la oposición que todo cambio social provoca. Esta vez, los problemas de España tienen su arreglo en España, si estamos dispuestos a arrinconar las acusaciones y lamentaciones para arrimar el hombro en busca de soluciones.

12. Teoría política de la especie humana: la razón desvaída

La actual especie humana, autollamada “homo sapiens” como reconocimiento a su principal característica diferencial: la capacidad de conocer, es la triunfadora tras varios intentos evolutivos que se han ido produciendo entre los primates en los últimos millones de años, desde el África originaria, una de cuyas ramas, somos nosotros, siendo otras el homo floresiense o los neardentales, con quienes convivimos varios miles de años. Surgimos hace entre 300.000 y 200.000 años, lo cual representa muy poco tiempo, comparado con los cuatro billones de años que se calcula que existe la vida en la Tierra. Según un cálculo muy popular, si la edad de la tierra se representa como un día de 24 horas, nuestra especie llevaría apenas un minuto en ella.

Siempre han coincidido diferentes géneros y especies homínidas compartiendo el planeta. Excepto ahora, que la única superviviente se ha mostrado muy invasiva y una fuerza ecológica de gran impacto. La opinión compartida por los expertos es que somos fruto de una hibridación entre especies que se cruzaron y que nuestra fuerza diferencial viene de la conjunción de cinco capacidades: comprender, comunicarse, cooperar, participar de ficciones simbólicas y compasión.

Todos los humanos compartimos el 99,9% de nuestros genes. Si nuestro código genético se pudiera escribir en un libro, ocuparía 260.000 páginas. Aquello que nos hace “únicos” representa, apenas, 500 de esas páginas, un 0,1% de un código genético que compartimos, también, en un 96% con los chimpancés y hasta en un 90% con los gatos domésticos. Quizá este dato, que nuestra unicidad se basa en el 0,1% de diferencia, es lo que hace tan difícil, a menudo, aplicar esa sentencia de Forges, en su cuento “Funes el memorioso”, de que “pensar es olvidar las diferencias, es generalizar, abstraer”.

La especie humana ha convertido en castigo, el mandato bíblico del Génesis: “llenad la tierra y sojuzgarla”. Según estimaciones de Naciones Unidas, si en el año 1900 había una población mundial en el entorno de 1.600 millones de humanos, hoy estaríamos en unos 8.000 millones y se prevé que alcancemos, casi, los 10.000 millones en 2050. En el momento actual, el 50% de la población mundial vive en Asia, seguida de África con un 17%.

Este crecimiento espectacular de la población, relacionado con mejoras evidentes en sanidad y alimentación, es paralelo al crecimiento de las perspectivas de vida, de la edad media de los humanos y del envejecimiento previsto: si hoy los mayores de 60 años representan el 10% de la población mundial y los menores de 15, el 30%, las tendencias harán que estas proporciones se inviertan en 2050 con un 22% de mayores y un 20% de menores de 15 años.

Este proceso de “llenar la tierra”, ha venido acompañado de otros seis hechos relevantes que han contribuido al surgimiento de nuevas realidades como consecuencias, no previstas, de cómo hemos abordado el proceso de “sojuzgar la tierra”:

- ✓ **Urbanización:** más de la mitad de la población mundial ya vive en núcleos urbanos (más de 2.500 habitantes), en un proceso que irá a más, llegando al 68% en 2050. La ciudad más poblada hoy, con más de 37 millones de personas, es Tokio, seguida de Jakarta con 26 y Seúl con 23, algo por delante de Delhi (22 millones).

- ✓ **Deforestación:** un tercio de la superficie terrestres es forestal. Esa cantidad de millones de hectáreas está en regresión desde hace doscientos años como consecuencia, principalmente, de tres acciones humanas: el 54% como consecuencia de la agricultura y la tala y el 22% para “sembrar” árboles para su explotación económica, principalmente aceite de palma.

Esta deforestación acelerada está afectando de forma negativa sobre la biodiversidad de la naturaleza y nos está acercando a algunas formas de vida animal, con la consecuencia de que virus que hasta ahora no habían entrado en contacto con nosotros, tienen ahora mayor facilidad para “saltar” directamente o a través de algún animal intermedio, dando lugar a enfermedades “nuevas” para nuestra especie. Se calcula que el 75% de las nuevas infecciones humanas (sida, ébola, gripe aviar, etc) tienen su origen en animales salvajes de los que ahora estamos más cerca al haber reducido sus hábitats naturales.

- ✓ **Cambio climático:** los expertos del IPCC (grupo de trabajo de la ONU) calculan que, si hace doscientos años, en la época preindustrial, la cantidad existente de CO₂ en la atmósfera era de 250 partes por millón (ppm), hoy hemos alcanzado la cifra de 416 ppm como consecuencia de la sociedad industrial que hemos construido, basada en la quema de combustibles con alto contenido en CO₂ (petróleo, gas...).
- ✓ Esta mayor acumulación de gases de efecto invernadero han provocado una elevación apreciable de la temperatura media del Planeta que alcanza, ya, 1,3°C de media y subiendo, hasta alcanzar, de no hacer nada, los 3°C. Este calentamiento está teniendo ya repercusiones evidentes sobre la frecuencia e intensidad de fenómenos climáticos extremos y sobre la subida del nivel medio del mar por el deshielo de los polos.
- ✓ **Desertificación.** Un tercio de la superficie terrestre se encuentra en diferentes grados de desertificación, entendida como el proceso gradual de degradación de las tierras en zonas áridas, hasta hacerlas inútiles para la agricultura. Se calcula que 1.200 millones de personas en todo el mundo están afectadas por este proceso que está siendo impulsado por la acción humana en forma de sobreexplotación de acuíferos, deforestación y sequías vinculadas al cambio climático.

Existe la Convención de las Naciones Unidas de lucha contra la desertificación, de la que forman parte 197 estados.

- ✓ **Basura.** Los seres humanos generamos al año 1.900 millones de residuos sólidos. Deshacerse de ellos no es fácil y, con demasiada frecuencia, los acumulamos en vertederos donde se incineran, con la correspondiente emisión de CO₂. Otras veces, los dejamos en vertederos ilegales por los que pagamos a países pobres del tercer mundo, sobre todo, si se trata de materias peligrosas. Apenas un 20% se reciclan.

Sólo de plásticos de un solo uso, generamos 10 millones de TM de residuos al año, una parte importante de los cuales, acaba en el mar, donde no solo flota, llegando a formar la llamada “isla de la basura del Pacífico” con una extensión equivalente a tres veces Francia, sino que ya se deposita en las profundidades, con el correspondiente efecto negativo sobre la flora (plancton) y la fauna marítima.

No contentos con inundar de basura los mares y las tierras, los seres humanos hemos empezado, también, a llenar el espacio de basura. En este momento se calcula que hay más de 7000 satélites en órbita terrestre, de los cuales apenas 4.300 están en funcionamiento. El resto, configura una masa de desechos estimada en 130 millones de objetos de menos de 10cm, una masa de más de 9000 Tm que refuerza la contaminación lumínica de la tierra y con su choque constante entre ellos van creando zonas peligrosas para la navegación espacial.

- ✓ **Progreso.** Los humanos tenemos la capacidad de entender, aprender y mejorar. En palabras de Steven Pinker (“En defensa de la Ilustración”. Paidós 2018): “el mundo ha hecho progresos espectaculares en cada una de las medidas del bienestar humano”. A pesar de los altibajos y los problemas existentes, no hay ni un solo dato o argumento que abone las teorías de la “perpetua decadencia”.

Comparado con cualquier periodo anterior, los seres humanos han alcanzado el mayor nivel de renta per cápita y de bienestar de su historia. Con profundas desigualdades geográficas y sociales, pero todos los indicadores de Desarrollo Humano certifican que vivimos la época dorada de nuestra especie. Citaré, de los muchos posibles, solo dos datos: la esperanza de vida promedio ha pasado de los 40 años en

1800, a los 72 de ahora o a los 77 años previstos para 2050. La tasa de mortalidad infantil ha caído, en el mismo período, a más de la mitad.

Somos muchos más, vivimos mucho mejor y muchos más años. Pero el lado oscuro de estos avances (repito, con grandes desigualdades) ha sido los efectos negativos provocados por nuestra acción agresiva sobre los equilibrios de la naturaleza y la respuesta que la naturaleza está dando a estas agresiones. Respuesta que pone en cuestión nuestro modelo de vida.

Desde el punto de vista de nuestro entorno, de la naturaleza en la que vivimos y que nos rodea, no hay duda de que somos una especie altamente depredadora, sobre todo en los últimos 250 años con la expansión del modelo económico y social del capitalismo industrial. Como señalan los expertos, la humanidad consume un 74% más de recursos naturales al año de lo que el planeta es capaz de regenerar. Ello significa que necesitaríamos casi dos planetas para mantener nuestros actuales patrones de producción y consumo.

Si contempláramos la Tierra como una Nave Espacial (Boulding), los seres humanos hemos gestionando muy mal, hasta ahora, los dos problemas principales que afectan a su supervivencia: la obtención de energía y el tratamiento de los residuos generados. Una nave espacial que utiliza energías finitas que, además, contaminan el clima de la nave y que se limita a acumular cada vez más basura cerca del almacén de comida, es claramente una nave que está sacrificando el largo plazo, en beneficio suicida del corto plazo.

Este modelo de vida, basado en explotar el planeta, en “sojuzgarlo”, ha llegado a un límite en el que traspasarlo, puede poner en marcha un proceso peligrosamente irreversible. De ahí, que, sea imprescindible acompañar las políticas de lucha contra el cambio climático y en favor del medio ambiente, con un cambio de los valores sociales y económicos egoístas, que nos han conducido a este bucle de autodestrucción.

Este contraste entre una “cara A” del relato que nos hemos contado desde hace doscientos años, llena de promesas de progreso infinito y

bienestar ilimitado y la evidencia de una “cara B” que apunta a un colapso del sistema, si no hacemos nada para evitarlo, ha dado pie al surgimiento de profetas de la catástrofe que, a partir de la proclamación de que “esta civilización está acabada”, como les ha ocurrido a otras “civilizaciones” anteriores construidas por nuestros antepasados, pretenden enseñarnos a “colapsar mejor”. Nada esto es nuevo. El surgimiento, de manera recurrente, de una creencia milenarista sobre un inminente fin del mundo, predicando el autocastigo por nuestras malas acciones como única forma de salvación, es, también, una de las características específicas del ser humano. O de una parte de los seres humanos que, en diferentes circunstancias históricas, han reaccionado así.

Los sapiens son seres sociales por naturaleza (Aristóteles), empeñados en defender su individualidad y en proteger su privacidad. Nacer en un grupo aumenta las probabilidades de supervivencia y permite aprender y desarrollar las características específicas de la especie como el lenguaje, la capacidad de aprender y el simbolismo abstracto.

Por ello, la socialización le es impuesta por nacimiento. Por el contrario, la individualización es un largo proceso histórico con avances y retrocesos, que se ha elegido de forma voluntaria a partir de la curiosidad vinculada a la capacidad de entender y cambiar el entorno, también el social. Desde este punto de vista, la naturaleza humana incorpora una dualidad: socialización/individualización. La primera desarrolla el sentido de pertenencia y la seguridad que ofrece el grupo mientras que la segunda viene impulsada por el conocimiento y la conciencia de sí, derivada de la capacidad de razonar y los riesgos asociados a la libre elección que es, precisamente, lo que más les diferencia ya que la mayoría de animales tienen habilitado el instinto gregario, pero no la capacidad de elegir.

Esta dualidad constitutiva de la naturaleza humana, con su lado animal y su lado sapiens, es esencial para explicar su comportamiento. Y así ha sido desde las primeras narraciones que se han ido contando los humanos. Empezando por el dios Jano de los griegos, con sus dos caras

que unen, a través de una puerta, el comienzo y el final de los procesos. Idea bastante similar al concepto chino sobre el yin y el yang, que representan dos fuerzas opuestas pero complementarias que, con su permanente fluir y cambio entre una y otra, son esenciales en el universo. Encontramos ecos, también, de la dualidad constitutiva en las ideas bíblicas sobre el bien y el mal, ángeles y demonios, en permanente lucha, pero ambos necesarios para dar sentido al otro y al concepto de libre albedrío, característica única de los humanos.

El budismo zen profundiza esta idea, señalando no solo la unión entre ambos aspectos duales, sino el carácter intrínsecamente mixto de ambos cuando llama a ver “en lo doblado, lo recto y en lo recto, lo doblado” apuntando a que existe una unidad básica que cobija la aparente dualidad. Que no hay una frontera infranqueable entre ambas caras. Que nadie es cien por cien bueno, o cien por cien, malo, todo el tiempo. Aspecto este sobre el que saber popular ha insistido desde siempre (“nada es verdad, ni es mentira, todo es según el color del cristal con que se mira”), pero que tendemos a olvidar, sobre todo, en los momentos en que, arrastrados por el fanatismo, nuestro entendimiento guía, nublado por las emociones de confrontación, nuestra acción. Con el tiempo, gana capacidad explicativa la conocida plegaria de la serenidad que dice: “Señor, concédeme serenidad para aceptar todo aquello que no puedo cambiar, valor para cambiar lo que soy capaz de cambiar y sabiduría para entender la diferencia”.

Es imposible sobrevolar este asunto sin mencionar la gran aportación que realizó la filósofa Hanna Arendt cuando acuñó al concepto “la banalidad del mal” al relatar en su libro “Eichmann en Jerusalén” el juicio que tuvo lugar en 1961 contra uno de los responsables del genocidio de judíos llevado a cabo en los campos de exterminio por el régimen nazi. En el mismo, supo ver la complejidad del ser humano al observar a alguien que había exterminado judíos con la misma distancia, frialdad, eficacia desapasionada y burocrática que si hubiera estado al frente de una fábrica de material bélico. Y luego, volvía a casa y era un marido y padre ejemplar.

Esa misma dualidad constitutiva, se encuentra también en uno de los principales y más largos debates filosóficos desde la antigüedad: ¿qué predomina en los seres humanos, su razón o sus emociones? ¿qué guía, de manera referente, su acción, los intereses objetivos o sus sentimientos subjetivos? Y más aún, elevando desde el carácter descriptivo, al prescriptivo: ¿Qué debería guiar la acción humana, la razón o las emociones?

Es decir, un debate que se ubica en dos planos paralelos que, a menudo, se confunden: el descriptivo (lo que es) y el normativo (lo que debería ser). Un ejemplo de lo primero: “lo característico del ser humano no es la reflexión inteligente, sino la reacción inmediata que es la herencia de la caverna y la sabana” (M. Ferrari, *La imbecilidad es cosa seria*). Ejemplo de lo segundo: “Mi mente es la rienda que lleva el control” (Buda).

Podríamos decir que hay muchos seres humanos en un ser humano. Por ello, junto a la definición de “sapiens”, también se han propuesto otras que ayudan a completar el mapa: *homo faber*, para destacar la faceta de hacer, de construir, que tienen los humanos y no solo de pensar. Luego, se unió la idea de “*homo ludens*” para incluir la importancia que tiene el juego en el desarrollo de los humanos y de sus sociedades. Y más recientemente, Sartori ha desarrollado la de “*homo videns*” que le sirve para analizar cómo la actual cultura de la imagen, de lo aparente, de lo visible, tanto en medios como la televisión, como las redes sociales, puede estar alterando la manera en que nos relacionamos con el mundo externo, reforzando la pasividad del espectador, la pérdida de capacidad de análisis crítico, la adicción y, en definitiva, la cesión que estamos haciendo al permitir que otros, puedan manipularnos y controlarnos, precisamente utilizando nuestros sesgos cognitivos y nuestras emociones.

La mente de los justos. El análisis de Haidt

Puede que todo empezara con Spinoza y su convicción de que “la esencia del hombre es el deseo” o que nuestros pensamientos y sentimientos están ligados íntimamente. Pero el libro de Haidt se inscribe

en una línea solida de autores que han interpretado el clásico “conócete a ti mismo” de una manera diferente al tradicional racionalismo cartesiano. Algo que también supieron los psicoanalistas discípulos de Freud, como Castilla del Pino que define los sentimientos como “un instrumento del que dispone el sujeto para la relación (emocional, afectiva, además de la mera y fundamental relación cognitiva para la cual, la relación emocional es condición necesaria) con los objetos del mundo exterior y consigo mismo” (Teoría de los sentimientos. Tusquets. 2000) de tal manera que carecer de sentimientos es una psicopatología.

Por su parte, el filósofo Max Scheler, en su clásico libro “El puesto del hombre en el cosmos” (Losada. México), dice que fue un error de los griegos (extensible a Descartes) situar solo en la razón la característica diferencial del ser humano, porque deja al margen otros muchos rasgos distintivos que afectan a su conducta. En concreto, habla del “espíritu” como el concepto que integra Razón y Sentimientos entendidos como “actos volitivos” como el amor, la bondad, la veneración o el arrepentimiento. Los análisis actuales de la cuestión, hechos desde enfoques más integrados, señalan que no hay dos partes más o menos integradas (cerebro y corazón, en versión popular) sino una única parte (¿el espíritu de Scheler?) que tiene dos caras que se condicionan mutuamente de manera permanente.

El análisis ofrecido por Haidt, se sitúa en el marco de la razón práctica: “en este libro he sido completamente descriptivo” del comportamiento humano (lo que es) y del papel de la moralidad para explicarlo, sin pretender entrar en una visión normativa sobre el deber ser. En segundo lugar, el autor efectúa su análisis desde el punto de vista del psicólogo, con una amplia experiencia analítica basada en los avances en la neurociencia y en estudios empíricos que buscan entender (y explicar) cómo se comportan, en la práctica, los seres humanos reales, sin recurrir a abstracciones racionalistas.

El autor llega a las siguientes conclusiones que resumo: somos animales gregarios que hemos evolucionado mediante la selección natural. Dicho de otro modo, nuestra mente y nuestra moral, han sido sometidas a un

largo proceso de evaluación con la realidad, de tal manera que si somos como somos es por alguna razón que nos ha permitido sobrevivir hasta ahora. Hay pues una causa que explica nuestro comportamiento actual, incluso aquello que “no nos gusta de nosotros” y entenderla es la tarea a la que se dedica el libro.

El primer punto es clave: “la intuición viene primero, el razonamiento estratégico después”. Nuestra mente está dividida en dos partes, las emociones, que no son tontas sino una manera de procesar información de manera rápida e intuitiva (a esa parte le llama “elefante”) y un razonamiento posterior, al que llama “jinete”, más lento y controlado, que se limita a encontrar argumentos posteriores que ayudan a explicar lo que hemos hecho de manera automática. Así, la razón (el jinete) está al servicio de las emociones (el elefante) en línea con la posición filosófica de Hume cuando dice “la razón es, y solo debería ser, esclava de las pasiones”.

Aunque he buscado la similitud con la gran aportación sobre el asunto del Premio Nobel de Economía Daniel Kahneman (“Pensar rápido, pensar despacio”. Debate 2012) en este último no es tan evidente la dominancia de una de las dos formas de nuestra mente sobre la otra como en el caso de Haidt quien dice, con rotundidad que “el elefante manda” mientras que “el jinete sigue la ruta del elefante”. De ahí deduce que “la razón (jinete) fue diseñada para buscar justificaciones, no la verdad” (pág, 117) por lo que “el razonamiento consciente se lleva a cabo principalmente con el propósito de persuadir, no de descubrir” (Pág 121) y concluye este punto diciendo: “las razones, a veces, logran influir a otras personas, pero la mayor parte de la acción en psicología moral está en las intuiciones” (Pág 142).

El segundo principio de su teoría se resume en que “la moralidad es mucho más que justo e injusto”. Desarrolla, con amplio soporte empírico, seis principios morales en los seres humanos, cada uno de ellos con una fuerte explicación evolutiva: cuidado/daño; equidad/engaño; lealtad/traición; autoridad/subversión; santidad/degradación y libertad/opresión. Los seis principios constituyen una matriz moral, en

gran medida “innata” aunque a modo de primer borrador que puede verse modificado por el aprendizaje de cada individuo. La moral no es, pues, totalmente genética, pero, desde luego, tampoco es algo totalmente aprendido. Y avanza su propuesta más atrevida: mientras los conservadores se manejan con los seis principios, los progresistas solo trabajan con tres lo que supone una desventaja competitiva a la hora de ofrecer narraciones convincentes ya que “la mente humana es un procesador de historias, no un procesador lógico” (pag. 404).

El tercer principio lo resume el autor en “la moralidad une y ciega” ya que “los seres humanos somos un 90% chimpancé y un 10% abeja”. Es decir, somos “homo duplex”, tenemos la capacidad de trascender el interés propio y sumergirnos en algo más grande que nosotros mismos ya que “nuestra mente está diseñada no sólo para ayudarnos a competir dentro de nuestros grupos, sino también para ayudarnos a unirnos con los de nuestro grupo para ganar competiciones entre grupos” (pág. 353). La religión y la política son, según el autor, dos instrumentos útiles para construir comunidades que nos permiten hacer juntos lo que no podemos lograr por nosotros mismos, con el problema de que, además de unir, nos hacen ciegos frente a las bondades del equipo rival. Solo si “los elefantes están tranquilos” y “los jinetes fuera de servicio”, es posible aproximar diferencias tendiendo puentes entre matrices morales enfrentadas.

Estamos ante una teoría importante para todos aquellos que quieran entender lo que está ocurriendo hoy en el mundo: desde el ascenso del populismo neofascista, hasta el resurgir del nacionalismo excluyente o el cuestionamiento de las normas democráticas basadas en el debate con argumentos y no en descalificaciones. A lo mejor es que, como dice Haidt, el ser humano no es tan “racional” como nos gusta pensar, ni el interés propio es lo que más ayuda a explicar su comportamiento. Incluso, tras leerlo, entendemos mejor, asuntos de tanta actualidad como por qué un sentimiento manipulado (con noticias falsas, o de otras maneras) no puede ser sometido a la razón. Algo que no es nuevo y que podemos encontrar ya en Cicerón criticando a Catilina por su

manipulación populista del pueblo romano o en el discurso universitario de Unamuno contra Millán Astray, donde denuncia una “enfermedad mental colectiva” fruto de un “estallido de repugnantes pasiones, resentimientos y envidia”.

Tampoco querría situar a Haidt como una nueva aportación en el largo “asalto a la razón”, junto al romanticismo o a la escuela de Francfort, porque va mucho más allá. Aunque no lo cita, su enfoque debe mucho al psicoanálisis que ya señaló dos cosas que recupera Haidt: la plenitud de la vida es racional (consciente) e irracional (inconsciente), aunque “no está dicho que la razón impere en todas las circunstancias”. Es Freud quien insiste en que existe una parte de nuestra mente (inconsciente) que determina gran parte de la vida consciente de los individuos sin que estos lo sepan siquiera a la vez que señala, al final de su vida, que nuestras acciones están determinadas por el deseo y por dos instintos, el de vida (Eros) y el de muerte (Tánatos). Jung, por su parte, habla de la existencia de un “inconsciente colectivo” formado por “sedimentos de experiencias constantes repetidas por la humanidad” a modo de “huellas de reacciones subjetivas, muchas veces repetidas” (“Lo inconsciente” Losada 2003).

Durante décadas, la explicación hegemónica del comportamiento humano se ha basado en considerarlo un ser racional que actúa siguiendo sus intereses. El conocido “homo economicus” movido por el cálculo egoísta de la maximización del placer individual, ha sido la caricatura dominante que se ha extendido desde el ámbito de la economía. Ese es el paradigma que salta por los aires con aportaciones como esta de Haidt que, en parte, también conecta con Lakoff y su teoría de los marcos cognitivos.

Es cierto que el principio de racionalidad individual ha sido sometido desde hace años a fuertes ataques. Desde la teoría de juegos, con el dilema del prisionero como emblema, hasta autores como Jon Elster cuyas obras muestran las limitaciones de la racionalidad como principio de decisión. Pero la actual corriente conocida como “Behavioral Economics”, con autores como Thaler o el citado Kahneman, son más sólidas a la hora de efectuar la crítica y relatar un proceso alternativo de

toma de decisiones a partir de estudiar la realidad del ser humano concreto, en lugar de trabajar sobre hipótesis de un ser humano aspiracional (racional, entendido como carente de emociones) pero inexistente.

Esta corriente de pensamiento camina en paralelo a la que representa Haidt, con algunos puntos de contacto explícitos. La diferencia de este es que no pretende inscribirse en el ámbito de la economía, sino que sitúa sus reflexiones más en contacto con la filosofía general, a partir del análisis empírico del comportamiento humano desde la psicología.

Al final de su análisis, Haidt intenta abrir una puerta a la esperanza respecto a la posibilidad de un diálogo entre elefantes controlado por los jinetes. Solo eso evitaría la confrontación inevitable entre grupos sociales predeterminados a reforzar su confrontación mutua. “¿No podemos disentir de forma constructiva?” Se pregunta el autor. La experiencia demuestra que hay ejemplos positivos de ello. Tal vez, la cuestión sea dejar que cada una de las partes de nuestra mente se ocupe de aquello para lo que es mejor: el elefante para las fiestas y la rivalidad deportiva, el jinete para elaborar leyes y buscar consensos políticos. Si el primero tiende a ser conflictivo, dejemos que el segundo los solucione. Si una manada de elefantes puede ser manipulada hasta el punto de conseguir que linchen a un inocente mientras que un grupo de jinetes hablando elaboran un Código Penal y un sistema imparcial de justicia, tal vez el proyecto ilustrado del siglo XXI consista en conocer bien al elefante que llevamos dentro para controlar su poder, pero dejando que sea el jinete quien tome el mando.

“Esto es lo que hay” parece ser la apuesta de Haidt. Utilizarlo como análisis del “ser” para deslizarnos hacia un “deber ser” con más conocimiento de causa, sería necesario. Y, tal vez, introduciendo una asignatura obligatoria para enseñar desde pequeños a conocer y controlar nuestros estados de ánimos. Es decir, a conocer a nuestros elefantes. Ahora, solo faltaría formar a los jinetes para que tomen el control, como pedía Buda y el movimiento estoico definido por Martha C. Nussbaum como “la terapia del deseo” (Paidós, 2003)

De no hacerlo así, será difícil que las emociones (elefante) sean capaces de poner un satélite en Marte que nos envía imágenes en tiempo real, o de conseguir una vacuna contra una enfermedad o de desarrollar algoritmos de inteligencia artificial. Pero, a su vez, será también muy difícil que la razón (jinete) sola, sea capaz de sentir amor, compasión, arriesgar la propia vida por salvar a otro o, incluso, escalar el Everest.

La razón llega a conclusiones, mientras que las emociones nos empujan hacia las acciones. Y aquí radica una de las características más llamativas de los seres humanos: cuando no somos capaces de hacer “lo que debemos” en los términos morales que nos dicta la razón, no por desconocimiento, ni por sesgos cognitivos, ni por enfermedades mentales patológicas, sino porque las emociones “negativas” nos lo bloquean e impiden. Así, las principales causas de muerte en el mundo avanzado están directamente conectadas con un estilo de vida inadecuado (comida, bebida, ejercicio). Y lo sabemos, lo decimos, pero muchos, no somos capaces de actuar de la manera correcta (y rechazo la idea de que se “elija” racionalmente vivir menos tiempo, pero de manera más “agradable” porque lo normal es que vivamos muy mal y con muchas enfermedades, los últimos años de nuestra vida como consecuencia de esa actitud “irracional”).

Dado que las emociones tienen la capacidad de provocar acciones y dado que son más manipulables que la razón (que tiene sus propios sesgos cognitivos), desde hace décadas toda la industria del marketing está desarrollando mecanismos para inducir determinadas compras y consumos por nuestra parte. Masajea nuestros deseos y emociones con imágenes y relatos sugerentes, para conseguir que hagamos algo en lo que no habíamos pensado o para dirigir nuestra decisión de compra hacia una marca determinada. Esta misma experiencia se aplica también, desde hace siglos, al ámbito de la política donde, con métodos semejantes, se pretende influir (otros llaman manipular) sobre nuestras decisiones contándonos historias que se dirigen, de forma mayoritaria, a la parte emocional de la mente de los votantes.

De aquí se deduce dos conclusiones muy robustas para el análisis sociológico y político: primera, no es verdad, siempre, que la defensa de sus intereses materiales sea lo único, ni tan siquiera lo primero, a lo que aspiran los seres humanos. Un ejemplo: cuando la I Internacional, en nombre del internacionalismo de clase (¡proletarios de todos los países, uníos!), llama a no participar en la I Guerra Mundial por ser una pelea “entre burgueses”, ajena a los verdaderos intereses de los trabajadores, fracasa estrepitosamente. Los trabajadores de los diferentes países europeos se sintieron más vinculados a sus lazos “nacionales”, estando dispuestos a caminar hacia el frente de batalla cantando canciones patrióticas, al lado de sus burgueses, que a una supuesta “unidad de clase” que creaba una identidad internacional, por encima de las naciones.

Segunda conclusión: cuando los seres humanos actúan en contra de lo que parece deducirse de un análisis racional de sus intereses materiales, no es por falta de educación o conocimiento de los mismos. A menudo, es que sienten más fuerte otro tipo de intereses dictados desde las emociones. Dicho de otra manera, mayor educación siempre es preferible a menos educación. Pero el pueblo más culto de Europa en ese momento, votó a Hitler y lo mantuvo en el poder.

Entre “saber lo que debemos hacer” y “hacerlo”, hay un vacío en nuestra conducta individual y social, que refleja la batalla interna que sufrimos de forma permanente el elefante y el jinete. Recuérdese, “los autores de libros de “autoayuda”, sacan buen provecho del mismo, en la mayoría de los casos, con refritos de viejos principios estoicos, o zen.

El cerebro, ese desconocido

A estas alturas del siglo XXI, no conocemos nuestro cerebro como, por ejemplo, el corazón o los pulmones. Pero algunas cosas sí sabemos:

- ✓ Es un órgano diseñado por la selección natural para resolver aquellos tipos de problemas con los que se enfrentaron nuestros antepasados en su modo de vida como cazadores y recolectores.

- ✓ En este sentido, su finalidad última no es nuestra felicidad o el conocimiento, sino la supervivencia.
- ✓ La mayor parte del cerebro está procesando información, sin que seamos consciente.
- ✓ No descansa nunca. Durante el sueño, se “resetea”.
- ✓ Tiene una elevada plasticidad durante toda la vida de las personas
- ✓ Entre el estímulo y la reacción fisiológica, hay un proceso de evaluación cognitiva que activa, o no, la emoción. (como ya decían los estoicos: “no puedes controlar lo que pasa, pero sí tu reacción ante lo que pasa”).
- ✓ Parte de tu capacidad cognitiva depende los estímulos que hayas recibido de pequeño que ayudan a crear diferentes redes neuronales.
- ✓ Es capaz de anticiparse y predecir lo que es más probable que suceda, simplificando los datos confusos para poder gestionarlos y tomar decisiones en contextos de incertidumbre.

En las últimas tres décadas, la neurociencia ha hecho avances y descubrimientos muy importantes sobre la conexión entre algunos de nuestros “sentimientos” y el mecanismo cerebral que está detrás. Más o menos. Incluso los más acérrimos partidarios de una explicación exclusivamente psíquica a nuestro comportamiento reconocen que con anestesia, se puede inducir el sueño, que ciertos estados anímicos deprimidos, mejoran con la química y que los ansiolíticos relajan nuestra actitud. Por tanto, la relación entre el funcionamiento del cerebro y nuestro comportamiento puede ser más estrecho de lo que pensábamos hasta ahora, sin menospreciar el contexto en el que hemos crecido y la experiencia de lo vivido por cada uno. Hay pocas dudas de que la extirpación de una parte del cerebro, por un accidente, por ejemplo, o en una guerra, repercute sobre el comportamiento y de manera distinta según cuál sea esa parte. Y, en esa línea, se está investigando cómo se puede actuar y sobre qué partes del cerebro para mejorar desórdenes alimentarios graves o trastornos límites de la personalidad.

Nada de esto sorprenderá a quienes tengan conocimiento del mundo del marketing, muy acostumbrado desde hace años a trabajar sobre los factores inconscientes que motivan la compra por parte de los consumidores: desde la disposición de los productos, la iluminación o la música ambiente hasta el ya viejo “truco” (que sigue funcionando) del precio: 9,99. Hoy, este campo de investigación sobre la conducta humana para intentar influir sobre él, utiliza el llamado “neuromarketing” para afinar más en cómo y dónde incidir en el cerebro para provocar una reacción determinada: la compra emocional. Las empresas dueñas de las redes sociales, se han convertido en expertas en estas técnicas que, además, son capaces de generar una elevada adicción a las mismas, como puede ratificar cualquiera que tenga un adolescente cerca.

Tengamos todo esto presente porque los mismos métodos utilizados desde antiguo por la publicidad, se utilizan ahora por la política, actuando sobre los mismos circuitos cerebrales e, intentado, controlar nuestras reacciones emocionales.

Los relatos generan Concordia o Discordia

“Los humanos somos primates que nos contamos historias sobre nosotros mismos” (P. Blom, “Lo que está en juego”). Historias que deben de ser creíbles y reconfortantes, aunque sean inventadas, falsas o indemostrables. Los humanos nos movemos mal en la incertidumbre, con lo imprevisible, con lo inesperado. También con lo complejo y lo multirreferencial. Como dice el psicobiólogo Morgado, “nuestro cerebro es aún de la edad de piedra (...) está preparado para elegir entre dos opciones, no entre millones” (El País, Ideas. 8 de agosto 2021). Cuando nos enfrentamos a la ignorancia o la duda, preferimos optar por la tranquilidad del pensamiento mágico, aunque sea falso. Por otro lado, hay pocas dudas de que la complejidad del mundo y de nuestro conocimiento sobre el mismo, se ha incrementado mucho en las últimas décadas hasta el punto de que hoy sea imposible la idea del ser humano “renacentista” que tenía un saber enciclopédico y completo. Eso deja muchos puntos oscuros para una mayoría de ciudadanos por los que

entra las teorías conspiranoicas y los falsos relatos que simplifican la explicación, señalando un culpable.

La comunicación mediante el lenguaje, una de las características fundamentales de nuestra identidad como especie ya que permite la cooperación que nos hace fuertes, puede convertirse también en un elemento de desunión (como en la Torre de Babel) o de confusión: entre lo que quiero decir y lo que digo; entre lo que digo y lo que escuchas; entre lo que escuchas y lo que entiendes; entre lo que entiendes y lo que quieres entender. En ese sentido, el lenguaje no es neutral: si decimos que el 18 de julio de 1936 hubo en España un golpe de estado contra un gobierno legítimo, que pudo cometer errores e, incluso, gestionar mal el momento sin que esto justifique el golpe, no es lo mismo que si describimos lo mismo como un alzamiento nacional, una cruzada contra un gobierno de ladrones y asesinos. Las emociones que se mueven son distintas en un caso y en otro. Lo mismo ocurre si a un Presidente democráticamente elegido de acuerdo con las reglas establecidas, pero que no nos gusta, le llamamos “ilegítimo” u “ocupa”. La degradación de la convivencia empieza, casi siempre, por la corrosión del lenguaje y de las historias que contamos con el mismo, cuando buscan polarizar, en lugar de unir.

Porque los relatos que nos contamos ayudan a construir nuestra visión del mundo llegando a crear, en cierta forma, la propia realidad tal y como la vemos, la interpretamos y la sentimos. Por ejemplo, nadie cuenta hoy las guerras púnicas entre Cartago y Roma como unos enfrentamientos entre Túnez e Italia, entidades que ni existían en aquella época. Sin embargo, sí que contamos la batalla de Covadonga como el inicio de la construcción de la España actual, algo tremendamente discutible desde un punto de vista racional.

Lo mismo se aplica a los mitos contruidos a partir de algunos relatos. El Cid Campeador, es un buen ejemplo de un mito que ayuda a construir una identidad histórica, sin siquiera estar seguros de cuanta verdad hay en sus hazañas y, desde luego, obviando otros enfoques que se le pueden dar a dicha figura, por ejemplo, entre los árabes (por cierto,

buena parte del Cantar se nutre de relatos árabes de la época). Dado que “la ficción suele ser bastante más emocionante que el hecho documentado”, con frecuencia se llega a “falsificar intencionadamente el pasado” y a “novelarlo” para que ayude a forjar una determinada visión o ideología. (H. Kamen: “La invención de España. Leyendas e ilusiones que han construido la realidad española”. Espasa. 2020).

Con mucha frecuencia, el relato que nos contamos está basado directamente en la mentira y la falsedad. Citaré dos ejemplos próximos: Durante siglos se ha mantenido la visión que, sobre el Papa valenciano Alejandro VI (1431-1503) y sus hijos César y Lucrecia Borgia, construyeron sus enemigos, empezando por el Papa que le sucedió, inventando mentiras sobre sus continuos incestos y una facilidad patológica para el asesinato en serie. Mentiras, como se ha demostrado sin ninguna duda en fechas recientes, a las que dio alas el propio Stendhal en sus “Paseos por Roma” (1829).

De igual manera, la mentira del asesinato del príncipe Carlos (1568) a manos de su padre el Rey Felipe II, lanzada por sus enemigos, alimentó una leyenda negra que hasta recogió Verdi en el siglo XIX como argumento de su ópera Don Carlos. En estos casos, como vemos hoy con los llamados “negacionistas” (de lo que sea: los virus, las vacunas, el viaje a la Luna o el tierraplanismo), la verdad demostrada no es aceptada por algunas personas como criterio para acabar con sus falsas creencias. Tal vez, como dice Blasco Ibáñez en su novela sobre los Borgia, porque “las muchedumbres están dispuestas siempre a creer todo lo que cause daño a los poderos”.

Otras veces, las leyendas se elaboran a partir de un error ocultado a lo largo del tiempo o, directamente, de una mentira. El mejor ejemplo que puedo poner es la película de John Ford “El hombre que mató a Liberty Valance” (1962), adaptado a partir de una narración corta de Dorothy M. Johnson, una autora muy conocida por sus relatos del Far West. En ella, un senador americano (James Stewart) que se ha hecho famoso por haber puesto fin en su juventud, de manera heroica, al peligroso delincuente Liberty Valance (Lee Marvin) cuenta, ya de mayor, la

verdadera historia de dicha muerte que él mismo conoció más tarde: su tiro no dio en el blanco y quien mató al bandido fue un amigo suyo (John Wayne) que disparó estando oculto en la oscuridad y que, después de eso, vivió toda su vida en el anonimato viendo como la fama se la llevaba otro. Todo el mundo cree una cosa cuando, en realidad, lo que ocurrió es otra muy distinta y la película es una especie de “deconstrucción” del relato de héroes.

Sin duda, uno de los relatos sobre nosotros mismos, con mayor transcendencia a lo largo de la historia, ha sido la Biblia. Toda sociedad humana ha sentido la necesidad de encontrar una explicación sobre el origen de las cosas y de la propia humanidad. Durante milenios se ha buscado a través de los mitos y de las religiones en lo que se conoce como antropogonía, algunos de los cuales han persistido incluso cuando la ciencia es ya capaz de ofrecer explicaciones a muchas de esas preguntas. Sin entrar en su aspecto religioso que, en base a la fe, genera creyentes, el relato contenido en la Biblia gravita, todavía hoy, de manera decisiva sobre más de la mitad de la población mundial y está en el origen de las tres religiones monoteístas que agrupan a más fieles.

Un relato del que quisiera entresacar algunos puntos que considero cruciales para entender la organización del poder a lo largo de la historia y cómo entra en crisis a partir del siglo XVIII, sin que hayamos salido, todavía, de la misma:

- ✓ La Biblia concibe la vida y el origen del hombre como algo otorgado, concedido, regalado, fruto de la voluntad de Dios. Y la mujer es creada a partir del hombre, es decir, la mujer no hubiera existido sin el hombre. Sólo como comparación, en la mitología griega, Prometeo crea al hombre, moldeándolo como figura de arcilla a imagen y semejanza de los dioses, mientras Atenea le da el soplo de vida, provocando el enfado de Zeus que, entonces, le pide a Hefesto, dios también, que cree a la mujer como réplica.
- ✓ La Biblia cuenta una historia según la cual Dios le otorga al hombre el poder de gobernar la Tierra y le impone una sola condición: no comer fruta del árbol del conocimiento. Es decir, el hombre bíblico tiene que

cumplir un mandato divino para ser feliz: la obediencia. Por seguir con el paralelismo con la mitología griega, Prometeo es quien concede al hombre el fuego de la sabiduría (“hice inteligentes y dueños de razón a quienes antes eran como niños” le hace decir Esquilo), provocando el enfado de Zeus quien, al parecer, o no quería hombres, o los quería ignorantes. De su enfado surge el célebre castigo a Prometeo, encadenándolo a una roca para que todos los días, un águila le comiera el hígado. Pero, mientras Prometeo es bien visto por unos humanos agradecidos e, incluso, es perdonado por Zeus tras ser liberado por Heracles, en el relato bíblico, la serpiente es el demonio, fuente de todas las desgracias humanas (pecado original), castigado sin perdón por un Dios a quien los humanos se empeñan en pedir perdón.

- ✓ Cuando Adán desobedece a Dios e, instigado por Eva y la serpiente, accede al conocimiento (¿qué era tan importante conocer?), se producen dos consecuencias: primera, son expulsados del Paraíso y condenados a “parir con dolor” y “ganarse el pan con el sudor de la frente”. Desobedecer los mandatos divinos te expulsa a un “valle de lágrimas”. Segunda, lo primero de lo que toman conciencia cuando adquieren la capacidad de conocer, es que están desnudos, que son frágiles y débiles. El primer conocimiento que tenemos es, pues, sobre nosotros mismos.
- ✓ Expulsados del Edén de la obediencia, junto al conocimiento llegan también los sentimientos. Sienten vergüenza de estar desnudos y sienten, además, envidia con tal intensidad que lleva a Caín a matar a su hermano Abel y, luego, a mentir negándolo (“¿acaso soy el guardián de mi hermano?”).
- ✓ La pugna entre someterse a la obediencia a los designios de un ser externo y todopoderoso o, hacer uso del libre albedrío y alcanzar el autoconocimiento acompañado de sentimientos, se ejemplifica en Abraham, el único profeta común a las tres religiones monoteístas, a quien Dios le exige sacrificar a su hijo en su honor y, aun sin comprenderlo, Abraham decide hacerle caso siendo salvado en el último momento por un ángel y recompensado por un Dios que agradece así la confianza y la obediencia ciega.

- ✓ La felicidad se obtiene, pues, en la obediencia a lo que se decide fuera de nosotros y nos es mandado, mientras que la libertad de elección que nos lleva al conocimiento rompe la armonía de la convivencia al poner en juego la razón, pero, también, los sentimientos humanos, llegando incluso al asesinato entre hermanos. ¿Qué peor “miedo a la libertad”? Quizá por ello, adquiere toda su relevancia el aforismo griego atribuido a Heráclito de, “conócete a ti mismo” como primer paso del conocimiento. Hoy, esta misma idea, es expresada todavía por multitud de escuelas de psicoanálisis e, incluso, de autoayuda.
- ✓ En la medida en que los “designios” de Dios son interpretados y canalizados hacia los humanos a través de una religión instituida en Iglesia (o similar), el debate entre obediencia y criterio propio se ha desviado a lo largo de la historia en un elevado poder institucional de la religión organizada, en la atribución a los mandatarios (reyes) de un poder adquirido “por la gracia de Dios” y un modelo social donde se impone la obediencia por el miedo hacia lo que acarrea la desobediencia (incluso el infierno) y se castiga el conocimiento no controlado (Inquisición, Galileo, etc) en una actitud que llega hasta nuestros días con los actuales fundamentalismos terroristas.
- ✓ En ese contexto, se entiende mejor el inmenso esfuerzo realizado por el conjunto de pensamientos y acciones englobados bajo el nombre de la Ilustración (siglo XVIII) que proclamó “la mayoría de edad del ser humano” (Kant) al depositar su destino en sus propias decisiones adoptadas a partir del estudio, del conocimiento, del saber y de la razón. El pensamiento ilustrado da la vuelta como un calcetín a la historia contada por la Biblia y que había sido hegemónica hasta entonces: ahora, obedecer sin más, está mal visto y rebelarse contra la autoridad externa y buscar autonomía en las decisiones basadas en cuanto mayor conocimiento mejor, es una opción buena moralmente. Es el ser humano quien debe adoptar sus propias reglas de convivencia tras un proceso racional de análisis y negarse a seguir aquellas reglas que sean impuestas desde fuera por la religión, sin más argumento que la superior bondad de la obediencia a alguien que nos hace dependientes.
- ✓ El movimiento ilustrado inicial, del que la Revolución Francesa, Kant y los avances de la ciencia son sus primeros frutos, extrema su oposición a la tradición de obediencia centrándose, casi de forma exclusiva, en resaltar

la razón y tiende a “olvidar” los sentimientos que son rápidamente recuperados por el movimiento romántico que contrarresta, complementa y, a veces, sustituye a la ilustración en un baile con alternativas razón-sentimientos, razón-irracionalidad en el que todavía estamos y del que el siglo XX, con el Holocausto y las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, serían sus peores representaciones hasta la fecha.

- ✓ Superado hoy en día, salvo para los fundamentalistas religiosos, la oposición radical entre obediencia y conocimiento autónomo (incluso hay destacados científicos que hacen compatible su actividad con ser creyentes religiosos), el gran problema, como hemos visto, es respecto a cuanta “razón” y cuantos “sentimientos” son necesarios para desarrollar el conocimiento y cómo interrelacionan entre sí para este fin y si el resultado depende de esta interacción.

Por ello, “si queremos vivir juntos en armonía, es fundamental que podamos mantener debates sensatos sobre aquellos asuntos que agitan profundamente nuestras pasiones” (K.A. Appiah, “Las mentiras que nos unen” Taurus) Y, en especial, sobre dos asuntos: aquellos que configura nuestra “identidad” que nos hace iguales con unos, pero distintos frente a otros, es decir, las identidades, unen y dividen al mismo tiempo.

El segundo aspecto sobre el que debemos mantener debates sensatos y sobre el que es imprescindible alcanzar una situación de “concordia” (Cicerón) es sobre “quién debe mandar”, sobre cómo se legitima el poder en una sociedad, para que pueda ser aceptado por una amplia mayoría y, junto al debate sobre el sujeto del poder, concordia también sobre cuánto nos debe mandar, los límites del poder.

Teniendo en cuenta que esa dualidad de los seres humanos que nos hace capaces de hacer “lo mejor y lo peor”, también tiene su traslación al ámbito social, donde las tendencias positivas hacia la socialización tienen que convivir con tendencias negativas antisociales que también existen y son connaturales. Ello justifica lo absurdo de pensar en “sociedades perfectas”, sean utopías comunistas o liberales del libre mercado que se ajusta solo consiguiendo un óptimo social. Como dice Ortega: “cuando los seres humanos llegan a desconfiar mutuamente de su propia

humanidad procuran interponer entre sí, para poder tratarse y traficar, algo premeditadamente inhumano: la ley” (“Del Imperio romano”. Revista de Occidente 1960).

Matizando a Marx, la historia de la humanidad es la historia de las luchas por el poder y las historias (ideologías) que nos inventamos para justificarlo. Entendido poder, en el sentido polisémico de Foucault: de unos grupos sociales sobre otros, de unos humanos “dentro de la norma” sobre otros humanos “fuera de la norma”, de una raza sobre otra, de una nación sobre otras, de los hombres sobre las mujeres, de los padres sobre los hijos, de los “sanos” sobre los “enfermos”, de las instituciones sobre los individuos, de los humanos sobre la naturaleza y el resto de animales...

El elefante (emociones) suele aceptar la fuerza (no se puede hacer nada) y la tradición (siempre ha sido así, por algo será) como argumentos suficientes para legitimar el poder. Las emociones representan al ser humano en su parte social, colectiva, comunitaria y solo entiende, frente a los abusos del poder, la revuelta.

El jinete (razón), cuando actúa solo y no como generador de relatos para el elefante, tiende a preferir que el poder esté basado en reglas de acceso y, sobre todo, esté sometido a control y a contrapesos (si el poder corrompe, el poder absoluto corrompe absolutamente). Nuestra parte racional concibe a los seres humanos como individuos, dotados de dos derechos fundamentales: igualdad y diferencia. Su respuesta al poder excesivo es cambiar de gobierno o, incluso, las reglas, siempre de forma democrática. El jinete puede entender que, para pasar de un poder legitimado en la fuerza y la tradición, a otro basado en normas democráticas, sea preciso ejercer la fuerza e, incluso, llegar a una revolución como la francesa de 1789 que cambió un modelo basado en la fuerza y en la tradición, a otro fundado en la libertad, la igualdad y la fraternidad, aún imperfectas en su concreción paulatina.

La Revolución Francesa negó el poder del rey y de la nobleza, hereditario y basado en la tradición o “en la gracia divina” y puso en marcha el

reconocimiento de que la soberanía está depositada en “el pueblo”, en la nación de ciudadanos libres e iguales (principal valor proclamado por la Ilustración que buscaba, en palabras de Kant, “la mayoría de edad de los seres humanos” para coger su destino en sus manos).

Esta alternativa entre poder absoluto en manos de un rey cuyas potestades se heredan, o república con una soberanía popular que elige a quien ejerce el poder con arreglo a normas establecidas y conocidas, forma parte sustancial de nuestra historia reciente. Por lo menos, entre la Constitución de Cádiz (1812) y la Constitución de la Transición (1978). Periodo cargado de enfrentamientos, inestabilidad, guerras civiles (las guerras carlistas, lo fueron), avances y retrocesos, alguno tan pintoresco, desde el punto de vista analizado aquí, como la dictadura franquista, clara heredera de la fuerza manifestada en una larga y cruenta matanza entre españoles, pero que buscó “legitimarse” arrojándose el dictador atributos reales como fueron, el designar títulos nobiliarios, declararse “caudillo por la gracia de dios” y elegir a su sucesor.

La estabilidad de un sistema que legitima el poder sobre la soberanía popular, los derechos humanos y la democracia necesita mantener una sociedad cohesionada en base a un relato convincente, asumido de forma mayoritaria, que respalde la equidad social, la concordia sobre los elementos esenciales constitutivos del sistema y una capacidad real de cambio político. Consenso sobre lo esencial que dota de sentido a la comunidad política (Constitución y políticas de Estado) y discrepancia efectiva sobre otros muchos aspectos que configuran la convivencia (alternativa real). De manera gráfica, una sociedad que tenga las características de tal, debe estar articulada por cuatro niveles de asuntos:

- A. Visión compartida de la comunidad
- B. Reglas del juego sobre el poder
- C. Asuntos importantes a medio plazo (políticas de Estado)

- D: Debate y alternativas sobre políticas concretas de organización de lo común, desde el Gobierno.

A y B son el cimiento común que da sentido a la comunidad. Se suele concretar en una Constitución y un grupo de leyes que la desarrollan (electoral, etc) que se establecen para durar y que se suelen revisar poco y muy de tarde en tarde y con causas muy justificadas. Los nuevos acuerdos sobre estos dos puntos, deben consensuarse.

C es el terreno de asuntos importantes a largo plazo que van más allá de las opciones partidistas: defensa, política exterior, instituciones...

D es el campo normal de juego para la política partidista con revisiones cada cuatro años.

En los últimos años hemos visto como este reparto tradicional de una democracia social-liberal se ha visto deteriorado. Por una parte, porque los cambios estructurales del escenario político mundial (globalización, mercados financieros internacionales, etc.) han estrechado las diferencias prácticas en D, hasta el punto de que, a menudo, cuesta diferenciar las actuaciones en este campo de gobiernos de diferentes partidos. Por otra parte, por la aparición de nuevos asuntos que deberían estar en C, aunque suelen tratarse en D: cambio climático, digitalización...

Por último, porque la confrontación típica de los asuntos en D, se ha ido extendiendo, como consecuencia de la polarización, a las reglas de B e, incluso, a los asuntos que debían ser compartidos de A: el propio concepto de nación, un deseo común de proyecto futuro, etc.

Con ello, el juego democrático de pacto, consenso, más discusión y alternativas se ha emborronado y ahora, todo parece abierto en canal, sin que quienes se empeñan en abrirlo parezcan ser conscientes de que, con ello, cuestionan las bases mismas de existencia del país como tal. Hemos pasado de una actitud cooperadora que actúa según el principio, que puedo aportar para mejorar esta situación, a otra extractiva que se mueve según el principio: que puedo sacar de esta situación que me beneficie.

En España, en esta última categoría, habría que colocar, claramente, quienes dicen no compartir ya más la idea de nación unida y desean independizarse, pero, también, quienes defienden una idea pobre, limitativa y reducida de España que solo podrán imponer por la fuerza o expulsando al resto de españoles que no comparten esa idea excluyente.

En ambos casos, porque no quieran seguir en una España unida o porque no quieran seguir en una España plural y diversa, ambas posiciones confrontan con la Constitución del 78, a la vez que ninguna es capaz de proponer una visión y unas reglas de juego que puedan ser ampliamente compartidas por el resto, aun desde la discrepancia.

13. Seis brechas que rompen la sociedad española

Las brechas sociales son diferencias reales, existentes, convertidas en discriminación cuando no directamente en desigualdades que no se sostienen desde la razón, sino desde los prejuicios de quien eleva los muros interiores que quebrantan la sociedad. Es decir, con mucha frecuencia, las brechas proceden o derivan en injusticias sociales. Por eso decimos que las brechas carcomen la cohesión social, rompen la unidad y el propósito común de la sociedad y son agujeros por los que se va colando el populismo y el totalitarismo que ponen fin a una convivencia democrática en sociedades plurales como las nuestras. Por eso es tan importante conocerlas, analizarlas y combatirlas. Para evitar que vayan a más y den lugar a confrontaciones sociales por fuera del marco democrático.

En España, la profunda huella de la última década – la crisis, la depreciación de los salarios, el recorte en el gasto social, más una recuperación que no está llegando a todos por igual – está abriendo demasiadas brechas sociales que se han convertido en caldo de cultivo para el populismo, el neo autoritarismo y el bloqueo de la situación política, con cuatro elecciones en cinco años y una probada incapacidad

para formar gobiernos y mayorías parlamentarias estables. Ello, a su vez, dificulta todavía más la adopción de las medidas necesarias para reducir dichas brechas, por lo que la insatisfacción ciudadana crece al ver que nadie hace (aparentemente) nada para resolver “su” problema, incluso, que “su” problema no es fácilmente reconocido y valorado por los poderes públicos y los medios de comunicación, salvo que lo saquen a la calle e incrementen su nivel de agresividad, convencidos de que, solo así, encontrarán esos diez minutos de atención que la sociedad de redes sociales está dispuesta a conceder a cualquier asunto. No es casualidad que “los políticos y la política” ya sea considerado el segundo problema para los ciudadanos en España según el CIS, tras el paro. De ello sólo cabe deducir una extendida desconfianza de los ciudadanos hacia quienes protagonizan la democracia, como espacio de convivencia y de resolución eficaz de problemas mediante el debate y el acuerdo.

Sin embargo, aunque la atención mediática sea perecedera, los problemas reales existen y la gente real los sigue sufriendo aunque ya no salgan en la tele. Esa realidad casi estructural de los problemas englobados en las brechas sociales que analizamos es lo que dota de sentido a su estudio y al esfuerzo por presentar, desde la sociedad civil, ideas que puedan ayudar a solucionarlos, con el objetivo de resolver problemas existentes, que afectan a personas y colectivos existentes.

En este trabajo analizaremos seis brechas que dividen transversalmente a la sociedad española de hoy. Puede que falten algunas, pero creemos que no sobra ninguna, aunque no todas tienen la misma intensidad, ni el mismo peso. De momento. Pero en tiempos en los que los riesgos de ruptura territorial de España (de nuevo el nacionalismo destructor puesto en marcha) han tomado un protagonismo incuestionable y casi monotemático, nos ha parecido oportuno recordar que España no sólo se puede romper geográficamente, sino que se está rompiendo ya socialmente al haberse desatado las fuerzas que ponen en cuestión la cohesión social necesaria, compatible con una sociedad democrática. Y tomar conciencia de ello alinea las fuerzas sociales y políticas de otra manera distinta a como lo hace el debate territorial.

Del mismo modo, nos ha parecido importante señalar que no sólo la desigualdad es la explicación del malestar existente, aunque las brechas interaccionen entre ellas. Por ejemplo, la pobreza influye sobre la salud, los resultados educativos, o afecta de manera distinta a jóvenes y a mayores, a hombre o a mujeres. Pero, como cuestión de principios, queremos señalar que las situaciones de dominación de un grupo social sobre otro, de unos individuos sobre otros, no provienen exclusivamente de la economía. Por ello son varias las fuerzas en marcha que definen un momento social concreto en un país.

De manera esquemática, las brechas que analizaremos serán las siguientes:

1. Ricos - Pobres

Uno de los resultados más relevantes de la última década es el rotundo incremento de la desigualdad y de los niveles de pobreza y exclusión social que golpean a la sociedad española, sobre todo a ciertos colectivos especialmente vulnerables. Una parte de la sociedad que, además, soportó las mayores agresiones y efectos de la pasada crisis y, a su vez, ha sido la menos favorecida por el crecimiento económico de estos últimos años.

Como consecuencia, se evaporaban los logros alcanzados durante décadas, en especial por la clase media española, al tiempo que empeoran las situaciones de vulnerabilidad para aquellos que menos tienen mientras que las clases altas concentran cada vez más mayor renta, riqueza e influencia, en toda su amplitud. Y, junto a esta segmentación social, provocada por las fracturas del “ascensor social” y del “estado del bienestar”, emergen nuevas realidades. Una brecha que rompe la sociedad española y nos hace más vulnerables y que requiere de medidas y políticas que den respuesta a las necesidades del presente pero, también, a los grandes retos de futuro.

2. Mujeres - Hombres

Las movilizaciones por la igualdad de género, especialmente multitudinarias en los últimos años, son el mejor reflejo de la fractura de género que existe (no solo) en nuestro país. Esta brecha de género se manifiesta en los distintos ámbitos de la vida de los ciudadanos. Una de las fracturas más notorias es la existente en el mercado laboral, con una aún alta brecha salarial, un techo de cristal que sigue sin romperse o unos elevados niveles de precariedad. Junto a ello, la brecha de género está en gran parte ligada a la maternidad y a la “economía del cuidado”. A su vez, todos estos factores combinados tienen diversos efectos las mayores situaciones de vulnerabilidad económica y de bienestar de las mujeres, especialmente en ciertos colectivos como el de las familias monomarentales, que además se enfrenta a situaciones de mayor desprotección de las transferencias públicas a las mujeres

Esta fractura nos preocupa aún más si miramos al futuro y a los grandes desafíos que tenemos por delante como la emergencia climática o la revolución tecnológica. Cerrar esta brecha es una cuestión de justicia social, dignidad de las personas y calidad democrática. Pero, además, es clave para el bienestar social y el desarrollo de un país pues supone aprovechar el 100% de su potencial y talento. ¿De verdad estamos dispuestos a desaprovechar la mitad de nuestro talento?

3. Jóvenes – Mayores

España presenta una brecha generacional que no es solo un problema del presente sino también de nuestro futuro como sociedad. De un lado, jóvenes que crecieron durante la crisis económica y que ahora se enfrentan a grandes dificultades para desarrollar sus proyectos vitales; fueron el grupo más perjudicado por la recesión y están siendo los grandes olvidados en el reparto de las ganancias de la recuperación en un contexto marcado por la incertidumbre. Del otro lado, el grupo de mayores de 65 años, un colectivo esencial para el mantenimiento de familias enteras y que han soportado mejor los efectos de crisis. Y, aunque esta brecha es planteada por muchos como un problema o una

cuestión de rivalidad entre generaciones, el debate debería centrarse en cómo mejorar el bienestar de ambos grupos de edad.

4. Mundo rural – Mundo urbano

La cuarta ruptura viene impuesta por la dinámica territorial a la que nos lleva la especialización geográfica de la economía, que concentra, cada vez más, la creación de riqueza y empleo en unas zonas (ciudades y zonas costeras), con el riesgo creciente de despoblación de amplias zonas rurales y del interior del país. Esta brecha tiene importantes y diversas consecuencias en términos sociales, económicos, medioambientales e, incluso políticos. Sus efectos son diversos y, junto a las tensiones territoriales, se le suman consecuencias demográficas, de convivencia social, de presiones sobre el Estado del Bienestar, etc.

Encontrar un equilibrio entre lo urbano y lo rural, entre el interior y la costa, debería ser una prioridad política para que miles de ciudadanos no se vean obligados a abandonar su lugar de residencia por cuestiones distintas a la voluntad.

5. Turbocapitalismo - Retrocapitalismo

La globalización y la rápida transformación tecnológica y digital han derivado en dos modelos económicos que coexisten: uno, al que llamaremos "turbocapitalismo", que compite globalmente por el valor añadido que aporta, es decir, porque es capaz de hacer las cosas mejor que otros; y otro, más cercano a un "retrocapitalismo", que resiste solo compitiendo por hacer las cosas más baratas o por actuar en mercados protegidos. Ello está segmentando a las empresas en dos grupos. Por un lado, un grupo de empresas capaces de adaptar sus modelos productivos a las nuevas realidades, incorporar los avances tecnológicos e internacionalizar sus servicios; y otro grupo de empresas que se están quedando rezagadas y cuya supervivencia depende mucho de la protección que les ofrecen las administraciones públicas.

Un claro ejemplo de la brecha entre el turbocapitalismo y el retrocapitalismo es la distinta actuación y evolución del sector público y privado. Las administraciones públicas no son una excepción al rápido progreso tecnológico y a los efectos de la globalización. Por ello, deben hacer un esfuerzo de actualización y cambio de un modelo de organización y de gestión de recursos humanos más propios de siglos pasados y que no es capaz de dar respuestas a retos del siglo XXI.

6. Analógicos - Digitales

La revolución tecnológica que sacude el mundo, conocida como Revolución 4.0, está generando una brecha entre aquellos a los que nos referiremos, siguiendo el *La sociedad que seremos* de Belén Barreiro, como "analógicos", es decir, personas que se van quedando rezagadas en el camino de lo digital, incapaces de incorporar esta revolución a sus formas de vida (incluidos sus trabajos) y aquellos que denominaremos "digitales", es decir, personas -especialmente jóvenes- para las que lo digital forma parte de su vida (y su empleo) como una plena normalidad.

Debemos ser capaces de encontrar las herramientas que cierren esta brecha. Una fractura realmente peligrosa de cara al futuro para las generaciones más jóvenes si no somos capaces de actuar a tiempo, prepararnos y mejorar las oportunidades de los jóvenes para un futuro del empleo totalmente diferente donde las empresas ya empiezan a demandar nuevas competencias que, más allá de lo técnico, incluyen factores como la resiliencia, la flexibilidad o la polivalencia.

Bibliografía

- Adam Przeworski. "Crises of Democracy". CUP. 2019
- Amartya Sen. "La desigualdad económica". FCE 2001
- Andrés Ortega. "Votar más, protestar más". El País 28/12/19
- Anthony B. Atkinson. "Desigualdad". FCE. 2016
- A. V. Banerjee y Esther Duflo. "Repensar la pobreza". Taurus. 2015
- Lluís Bassets: "Saltan los guardarraíles" El País 4/1/20
- A. Applebaum, "El ocaso de la democracia". Debate 2021
- A. Appiah: "Las mentiras que nos unen" Taurus 2019
- Bill Drayton. "Entrevista: La mitad de la humanidad está fuera de juego". El País 10/11/2019"
- Branko Milanovic. "Capitalism Alone; The future of the system that rules the world". Harvard University Press. 2019.
- Branko Milanovic. "La crisis of capitalism' is not the one Europeans think it is". The Guardian. 27/11/19
- Bruno Latour. "Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política". Taurus. 2019
- Christian Salmon. "La era del enfrentamiento. Península". 2019
- Christophe Guilluy. "La batalla de los chalecos amarillos". Artículo El País 18/11/2019

Daniel Innerarity. “Una democracia irritada”. El País 28/11/19
Daniel Innerarity. “Una teoría de la democracia compleja”. Galaxia Gutenberg. 2020

Dani Rodrik. “Tackling Inequality from the middle”. Project Syndicate. 11/12/19

D. Di Cesare : “El tiempo de la revuelta”. Siglo XXI, 2021

Francis Fukuyama. “Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento”. Deusto 2018

Francis Fukuyama. “Against Identity politics. The new tribalism and the crisis of democracy”. Foreign Affairs. 2018

International Monetary Fund. “Inequality of opportunity, inequality of income and economic growth”. WP/19/34

James K. Galbraith. “La próxima gran transformación”. El País. 5/1/2020

Joaquin Estefanía. “El modo de vida Europeo”. El País. 5/1/2020

Jonathan Haidt. “La mente de los justos. Por qué la política y la religión dividen a la gente sensata”. Deusto 2019
haid

Jordi Sevilla. “Para qué sirve hoy la política. Una democracia para escépticos.” RBA 2012

Jordi Sevilla. Informe “Reforzar el bienestar social: del ingreso mínimo a la renta básica”. Observatorio Social de La Caixa. 2019

Jordi Sevilla. “Vetos, pinzas y errores. Por qué no fue posible un gobierno del cambio” Deusto. 2017

Joseph E. Stiglitz. “Capitalismo Progresista”. Taurus 2020

J. Haidt: “La mente de los justos”. Deusto, 2019

Levitsky y Ziblatt. “Cómo mueren las democracias”. Ariel 2018

María Antonia Sánchez-Vallejo. “Silenciar voces”. El País 4/1/2020

Mark Lilla. “The once and future liberal. After identity politics.” Harper Collins 2017
McKinsey Global Institute. “Inequality: A persisting challenge and its implications.” 2019

M.C. Nussbaum: “La monarquía del miedo” Paidós 2019

M.A. Maldonado: “Desde las ruinas del futuro” Taurus 2020

Nancy Fraser y Heseli Honneth. “¿Redistribución o reconocimiento?”. Morata. 2006

OCDE. “Under Pressure: the squeezed middle class”. Abril 2019

P. Blom :”Lo que está en juego” Anagrama 2021

P. Mishra: “La edad de la ira” Galaxia Gutenberg 2017

P. Martin-Aceña: “Grandes pandemias de la historia” Galaxia Gutenberg 2021

Raghuram G. Rajan. “Grietas del sistema”. Deusto 2011
Ricardo Dudda. “La política es hoy...”. El País 30/12/19

R. González Ferrari: “La ruptura, el fracaso de una (re)generación” 2021

R. Douthat: “ La sociedad decadente” Ariel 2021

T. Green “The Covid Consensus”. C Hurst&Co. 2021

Victor Lapuente. “Los infelices veinte”. El país 31/12/19

W. Brown: “En las ruinas del neoliberalismo” Traficantes de sueños.2021



Fundación "la Caixa"